

**Maestría en Psicoanálisis**  
**Facultad de Psicología**  
**Universidad Nacional de Rosario**

**TESIS**

**Título: *FENÓMENOS PSICOSOMÁTICOS.***  
***CUERPO Y ESCRITURA.***

**Tesista: Martina Elizalde**

**Directora de Tesis: Silvia Amigo**

**Febrero de 2010**

*A mis hijos*  
*Carla, Luciana y Santiago.*

## I- INTRODUCCIÓN

### Planteamiento del problema

El presente trabajo de tesis tiene como tema central interrogar la especificidad de los fenómenos psicosomáticos, abordados a partir de la lógica del significante y de los tres registros propuestos por Jacques Lacan. Se pretende analizar esta temática intentando establecer articulaciones entre dos ejes centrales: *cuerpo y escritura*. Estos dos ejes centrales requieren en sí mismos un trabajo de indagación acerca de las particularidades del fantasma y el goce en las afecciones investigadas. Si bien no se sitúan como base de los demás términos, permitirán ordenar un camino de acceso a la temática propuesta.

Cabe mencionar, que la inclusión del concepto “estructuras clínicas” -en los puntos en que se las trate- no será en un sentido nosográfico sino como forma de nominar las particularidades de ciertos casos en los cuales las afecciones corporales nos permiten suponer posiciones subjetivas específicas.

### Motivación

Nuestro interés por la especificidad de los fenómenos psicosomáticos se enlaza a interrogantes surgidos en el tratamiento psicoanalítico de algunos pacientes, en los que en su reiteración dichas afecciones parecían ‘indelebles’ al recurso analítico de la interpretación.

Así mismo, la temática elegida se vincula a cuestiones surgidas en el propio análisis.

Por otra parte, la tesis se relaciona con investigaciones en desarrollo sobre temáticas afines.

El intento de poner en relación la temática de la escritura y los fenómenos psicosomáticos quizás sea en sí mismo un esfuerzo por escribir, inscribir, algo acerca de aquello que, tanto en la clínica como en la teoría, suponemos se halla en una cierta “insuficiencia” de escritura. Insuficiencia que parece presentarse en la base del fenómeno psicosomático mismo, así como en las elaboraciones teóricas al respecto. Parafraseando la lógica propuesta por Horacio González<sup>1</sup> al decir que el problema del

---

<sup>1</sup> González, H., “Elogio del ensayo”, *Babel* N ° 18, 1990.

ensayo es a la vez el ensayo de un problema, y recogiendo ese espíritu, esta tesis sobre los fenómenos psicosomáticos busca articular una escritura sobre la cuestión de la escritura en dichos fenómenos. Busca escribir allí donde pareciera haber una falla de escritura - que los fenómenos psicosomáticos ponen en evidencia-.

Los fenómenos psicosomáticos se presentan en el trabajo analítico con una particularidad que los distingue de los síntomas de conversión, en los cuales también se encuentra afectado el cuerpo<sup>2</sup>, pero a partir de una operatoria diferente. Si en los síntomas de conversión un órgano o una parte del cuerpo se encuentra afectado, la afección obedece a una operación que recorta un significante en el cuerpo. En términos freudianos, el síntoma es el resultado de un retorno de lo reprimido, realización de un deseo inconsciente que disfrazado retorna en el padecimiento. La operación central es en este caso la represión y el retorno de lo reprimido en un sentido simbólico, lo que le permite decir a Freud que el síntoma al igual que los sueños son susceptibles de *interpretación* pues poseen un sentido, y dicho sentido es siempre la realización de un deseo inconsciente. Ante estos síntomas, el trabajo analítico recurrirá a la interpretación como manera de afectar, de “tocar” el síntoma.

Por su parte, los fenómenos psicosomáticos no resultan igualmente afectados por este modo de intervención analítica, abriéndose así interrogaciones acerca de modos posibles de intervención para el “tratamiento” de dichos fenómenos. En tal sentido, resultará interesante indagar en qué medida el concepto de *construcción* permitiría intervenir en la dirección de la cura, de modo tal que el fenómeno cese o disminuya en su aparición. Se utiliza en forma intencional el término *aparición*, para dejar en cuestión el término *repetición*. La repetición da cuenta del retorno de lo reprimido que opera en una cadena significativa, en donde un significante representa a un sujeto para otro significante. En el movimiento que se inicia en dicha cadena puede aparecer el sujeto del inconsciente, sujeto del deseo inconsciente. Si las afecciones psicosomáticas poseen una “materialidad” específica, los modos de intervención requerirán a su vez cierta especificidad. Esta cuestión deberá ser pensada, entonces, en forma simultánea al debate teórico que estos fenómenos plantean.

---

<sup>2</sup> Usamos la palabra “cuerpo”, por ahora, en un sentido general; pero se trata de un término que deberá ser reconsiderado en su especificidad, al tratarse de uno de los ejes del presente trabajo.

Tal como se vislumbrará en el capítulo dedicado al estado de la cuestión en esta Tesis, los debates teóricos y las diferentes posturas nos posibilitan abrir varias líneas de interrogación, que se encuentran articuladas entre sí y que permitirán “rodear” el tema planteado, contornearlo. Se trata de “puertas de acceso” a la indagación y conceptualización dentro del plan de trabajo:

- La temática de la escritura para el psicoanálisis. Escrituras en el cuerpo; la holofrase; la inducción significativa.
- El cuerpo; diferencia entre cuerpo y soma; el/los goces. Diferentes consistencias del cuerpo. Especificidad de articulación de los tres registros en el fenómeno psicosomático.
- La constitución del sujeto y la temática de las identificaciones.
- Alienación y separación. Sus avatares en las afecciones psicosomáticas.
- El nombre propio; su estatuto y sus particularidades en los fenómenos psicosomáticos.
- La insuficiencia de la interpretación. La cuestión de la intervención analítica en un tratamiento posible de los fenómenos psicosomáticos.

### **Objetivo general**

El objetivo general de este trabajo radica en indagar la especificidad de los fenómenos psicosomáticos, intentando establecer articulaciones a partir de dos ejes centrales dentro del marco teórico psicoanalítico: *cuerpo y escritura*

Estos ejes señalan circuitos de recorrido o atravesamiento del tema, cada uno de los cuales requerirá abordajes específicos.

### **Recorrido de la Tesis**

La presente Tesis se compone de diversos avances en torno a un interrogante central, desarrollados a partir de los siguientes apartados:

II- Las cuestiones metodológicas y el recurso al ensayo: en este capítulo se exponen los criterios metodológicos a los que se apela para la construcción de la tesis, haciendo especial hincapié en el recurso al ensayo como forma y como

procedimiento metodológico. Para esto se articulan reflexiones sobre la relación entre verdad y saber en el marco psicoanalítico.

III- Fundamentación y Marco Teórico: en este punto se argumenta la importancia del tema elegido en la clínica psicoanalítica. Así mismo, se exponen algunos de los conceptos fundamentales del psicoanálisis a partir de los cuales poder pensar la especificidad de los fenómenos psicosomáticos.

IV- Estado de la cuestión: en este apartado se detallan algunos de los planteos actuales sobre el tema, interrogando ya sus supuestos e implicancias teóricas y clínicas, a partir de las categorías conceptualizadas en el marco teórico y en función de los ejes de la tesis.

V- Constitución del sujeto e identificaciones: en este capítulo intenta un recorrido en torno al concepto de ‘identificación’ y sus implicancias en la constitución subjetiva, considerada como concepto fundamental en cuanto a sus ‘efectos de escritura’. En tal dirección, se interroga aquello que denominamos “lógica” de las identificaciones, en correlación con el tema de los fenómenos psicosomáticos, deteniéndonos especialmente en las particularidades de la identificación primaria.

VI- Alienación y separación: este apartado desarrolla e interroga dos momentos del planteo de Jacques Lacan sobre el tema, por considerar que estas operatorias y sus avatares permiten esclarecer la especificidad de las afecciones psicosomáticas.

VII- Consistencias del cuerpo: se exponen en este capítulo se retoma la temática de las identificaciones, para pensar las posibles consistencias del cuerpo y sus eventualidades. Se explora la idea de ‘fallos de escritura’ para interrogar la particularidad, los modos de inscripción y los avatares identificatorios en aquellos sujetos que presentan fenómenos psicosomáticos.

VIII- Nombre propio y fenómenos psicosomáticos: A partir de una hipótesis de Jean Guir, este apartado recorre algunos articuladores conceptuales con relación al

estatuto del nombre propio, su función y su articulación a la letra, indagando sus vicisitudes en los fenómenos psicosomáticos.

IX- La inducción significativa en los fenómenos psicosomáticos: este capítulo retoma desde un nuevo ángulo la cuestión de la ‘escritura’, para interrogar la inscripción significativa y su déficit en las afecciones psicosomáticas. Así mismo, se exponen algunos desarrollos de Claude Lévi- Strauss articulados al planteo lacaniano.

X- La intervención analítica: en este capítulo se despliegan interrogantes a partir de ciertos fragmentos clínicos, así como algunos cuestionamientos sobre la eficacia de la interpretación y de la construcción como modos de la intervención analítica en un tratamiento posible de los fenómenos psicosomáticos.

XI- A modo de conclusión: en este punto se formulan algunas conclusiones acerca del estudio realizado sobre los fenómenos psicosomáticos, incluyendo los avances elaborados así como los temas ‘pendientes’ del trabajo.

XII- Bibliografía: En este apartado se especifica la bibliografía utilizada para la elaboración de la tesis. Se incluye la bibliografía vinculada a la temática tratada y a los recursos metodológicos empleados.

## II- LAS CUESTIONES METODOLÓGICAS Y EL RECURSO AL ENSAYO

### El recurso al ensayo

En el presente apartado, trataremos de especificar algunas cuestiones metodológicas ligadas a la elaboración de la tesis.

En el recorrido de la misma, se intenta “entrar en debate” con ciertas postulaciones actuales dentro del campo psicoanalítico en torno a un tema central, “leer” los planteos de algunos autores y “ensayar” ciertas hipótesis que se vinculan por un lado con una toma de posición teórica, pero al mismo tiempo con la propia experiencia clínica. Al tratarse en psicoanálisis de conceptos con un *valor conjetural*, la forma de abordar los problemas del método, será acorde a esta toma de posición inicial.

Cabe mencionar que hemos recurrido al *ensayo* en tanto forma y procedimiento a la vez. En este sentido, entendemos al ensayo como un recurso que -lejos de eludir la tensión entre lo académico y la escritura en psicoanálisis- permite producir ciertas elaboraciones en un campo atravesado por dicha tensión.

En este sentido, nos interesa el ensayo por su “destino exploratorio”<sup>1</sup>, necesario para quienes nos encontramos “en trance de saber”:

“(…) el ensayo se presenta como un campo de resistencia a la homogeneización y el disciplinamiento porque no niega, sino que explota las posibilidades de su ineficacia. (...) el ensayo se afirma como una posibilidad de extraviarse, demorarse en curiosidades, retroceder y cambiar de orientación o moverse sin una orientación precisa en el transcurso de una búsqueda crítica, menos por diletantismo que por afán de encontrar conceptos *justos* (ni adecuados, ni pertinentes; *justos*). El ensayo ofrece al crítico la posibilidad de no reducir sus hallazgos e incertidumbres, de no llegar a tiempo (e incluso de no llegar nunca) al momento de la verificación y la “transferencia de resultados” y de *aprovechar esos*

---

<sup>1</sup> Alberto Giordano analiza en algunos de sus artículos la cuestión del “recurso al ensayo”. Tomamos ciertas ideas de sus planteos, fundamentales para pensar las operaciones de lectura y de escritura en psicoanálisis. De dicho autor, pueden verse: “La crítica de la crítica y el recurso al ensayo”, *Actas del Sexto Congreso Internacional del CELCIRP*, Nueva York, 1998; “Lo ensayístico en la crítica académica”, *La escritura y los críticos*, UNMdP, Mar del Plata, 2001.



*intervalos de indeterminación que su discurrir abre en las disciplinas e instituciones para volver a preguntarse por su lugar intransferible dentro de ellas*".<sup>2</sup>

La cita precedente nos interesa en tanto señala en la escritura y en el discurrir mismo la indeterminación, y lejos de censurarla, la ubica como un recurso ineludible, en la medida en que se escribe "no para reproducir lo ya sabido, sino para saber".<sup>3</sup>

Otra cita, de un artículo de Carlos Kuri, sitúa al ensayo en esa misma condición:

"Entiendo que la intrusión de la subjetividad sirve para indicar la naturaleza diferente de esa relación entre lengua y saber que llamamos ensayo. Pero en cuanto a esto, que sería una condición general, prefiero reservar la idea de intervalo en el discurso del saber. (...) el sujeto es así huella de la alteración del saber como propiedad epistemológica".<sup>4</sup>

Entendemos que se trata de un intervalo o "suspense argumental" que no concluye en un sistema de pensamiento o totalidad teórica; se trata más bien de una alteración del discurso del saber que genera nuevos márgenes.

En tal sentido, en el presente escrito se recurre al *ensayo* entendido como modalidad de producción teórica y como recurso metodológico que posibilita "poner a prueba" o "ensayar" ciertas hipótesis entre los márgenes de la teoría y la práctica clínica. Este recurso metodológico se fundamenta a partir del estatuto de los conceptos en la producción teórica del psicoanálisis, convergente a su vez con el estatuto del saber y la verdad en el discurso analítico mismo.

## **La cuestión de la verdad y el saber en psicoanálisis**

---

<sup>2</sup> Giordano, A., "La crítica de la crítica y el recurso al ensayo", *Actas del Sexto Congreso Internacional del CELCIRP*, Nueva York, 1998, p. 55-56. Las últimas cursivas son nuestras.

<sup>3</sup> Alberto Giordano, "Lo ensayístico en la crítica académica", *La escritura y los críticos*, UNMdP, Mar del Plata, 2001.

<sup>4</sup> Kuri, C., "De la subjetividad del ensayo (problema de género) al sujeto del ensayo (problema de ensayo)", *El ensayo como clínica de la subjetividad*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 2001. p. 107.

En este apartado nos interesa detenernos en algunas de las formulaciones de J. Lacan con relación a la verdad y al saber, tratando de hilvanar la especificidad de este tema en el campo del psicoanálisis.<sup>5</sup>

Para esto, tomaremos algunos recortes de Lacan en los cuales recurre, a veces de manera explícita y otras de modo tácito, al pensamiento del filósofo Martin Heidegger. Y es quizás por intermedio de este pensador por quien Lacan apela a los pensadores presocráticos, trazándose así una propia genealogía del psicoanálisis en el debate sobre el tema de la verdad. Pero esta genealogía presocrática del psicoanálisis, como la llama Alain Badiou<sup>6</sup>, no es sin el trabajo inaugural y fundacional de Sigmund Freud.

Para poder recorrer el entramado de esta temática, nos interesa ubicar primero algunos planteos de Heidegger en su retorno a los presocráticos, para enlazar luego el planteo de Lacan y su retorno a Freud.

El planteo de Heidegger podría situarse como un modo de aproximarse a la cuestión del ser, que produce un corte con los modos científico, religioso y filosófico. Señalando a la “época técnica” como la consumación del olvido del ser, *olvido de la pregunta por el ser*, olvido del olvido, se propone la tarea de pensar por fuera de la metafísica, cuestionando la *ratio* (razón) a partir del *logos*. Desde la antigüedad el *logos* (λόγος) tomó diferentes acepciones, como *ratio*, *verbum*, ley del mundo, lo lógico y la necesidad del pensar, el sentido, la razón. En contraposición a estas interpretaciones propone entenderlo como decir, hablar, enunciar.

Pero *logos*, a partir de su raíz etimológica, indica además otro rasgo:

“decir y hablar esencian como el dejar-estar-justo-delante de todo aquello que está presente extendido como desocultamiento. (...) El desocultamiento de lo oculto entrando en lo no ocultado es la presencia misma de lo presente. Llamamos a esto el Ser del ente”<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> Retomamos aquí algunas cuestiones de nuestro trabajo *La cuestión de la verdad en psicoanálisis*, Seminario “Interlocutores filosóficos de Lacan”, dictado por Nora Trosman, Maestría en Psicoanálisis, UNR, 2005.

<sup>6</sup> Badiou, A., “Lacan y los presocráticos”, *El ser y el acontecimiento*, Manantial, Buenos Aires, 1999.

<sup>7</sup> Heidegger, M., “Logos”, *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994. p. 183.

Heidegger enlazará al logos con la cuestión del ser y con el estatuto de la verdad, poniendo de relieve justamente al lenguaje como la morada del ser, coligación originaria, posada que recoge y liga, pero, como veremos más adelante, a partir de un olvido radical. “El *λόγος* pone delante a lo presente en la presencia y lo de-pone, es decir, lo re-pone. Esenciar en presencia (...) quiere decir: *una vez llegado delante, morar y perdurar en lo desocultado*”. Desocultar, des-albergar, *aletehia*, *ἀληθεσία*:

“El *λόγος* es *en sí mismo y a la vez* des-ocultar y ocultar. Es la *Ἀληθεσία*”<sup>8</sup>.

Se establece de esta manera una relación entre el ser, el lenguaje y la verdad. Todo este recorrido trae fuertes resonancias de algunos planteos de Lacan, quien a partir del descubrimiento de Freud, bordeará las orillas del discurso heideggeriano, pero sin abandonar el surco propio de lo inconsciente en tanto sexual.

En un texto sobre Heráclito, Heidegger<sup>9</sup> interroga al pensamiento filosófico mismo, y sus valores de objetividad, subjetividad y las pretensiones de adecuación entre ambos términos, como rasgo característico del pensamiento moderno. Se pregunta así sobre el estatuto de la verdad para los presocráticos, y lleva adelante un verdadero trabajo de desmenuzamiento, de deconstrucción<sup>10</sup> del término *aletehia*, *ἀληθεσία*, para diferenciarlo de la idea de razón, *ratio*, instituidos por los Padres de la Iglesia como términos equivalentes.

Sobre *aletehia* nos dice en primera instancia que se trata de un término marcado por un *á-* privativo inicial, que surcará toda la elaboración de Heidegger y que será un punto de articulación de Lacan, por cuanto sitúa un rasgo de *negación en el inicio, una marca fundante que atañe a la verdad misma y su relación con el saber*. Esto posibilitará a Lacan argumentar sobre la relación del sujeto con la verdad, el saber y el lenguaje, retornando a la vez a lo más subversivo del descubrimiento de Freud.

“Freud fue en la lectura de Lacan profundamente “antifilósofo”, ha desmontado la metafísica de la razón y la emancipación iluminista, a la luz de la experiencia de lo que marcha a contramano del progreso, es decir, la pulsión de muerte, la repetición, el trauma. El mito del progreso cae a pedazos mostrando su

---

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 191.

<sup>9</sup> Heidegger, M., “Aletheia”, *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994.

<sup>10</sup> Lacan dirá que Heidegger lleva a cabo un trabajo con el significante.

inconsistencia: las luces son interpretadas por el “factum” del inconsciente freudiano”<sup>11</sup>.

*ληθε (lete)*, olvido, nos conduce al mito griego de Lethé, hija de Eride, la Discordia, que dio su nombre a un río ubicado en el Hades, del que bebían las almas luego de la muerte para olvidar su anterior vida en la tierra. Según el mito<sup>12</sup>, las almas recuperaban algo de lo olvidado por la acción de Lethé, al introducirse en el río Mnemósine (memoria). En este punto, *lethé* se enlaza a la idea de un olvido radical, sin retorno, del que sólo se recuperará algo por *mnemósine*. *Lethé* da cuenta del olvido, pero también del estar o permanecer oculto, del ocultamiento. Esta secuencia conduce a pensar que *aletheia* pueda ser interpretada como desocultamiento, sacar del olvido radical del que nada retorna. Para Heidegger *aletheia* pone de manifiesto que “el rasgo fundamental de la presencia misma está determinado por el permanecer oculto y el permanecer no oculto ... la presencia de lo presente llega a dejarse ver *en el lenguaje* sólo en el parecer, darse a conocer, estar delante, emerger, engendrarse (llevarse-ahí-delante)”<sup>13</sup>. Cabe señalar aquí la estrecha vinculación que señala Heidegger entre la verdad, lo oculto y el lenguaje, terreno privilegiado del psicoanálisis.<sup>14</sup>

Dice Heidegger, siguiendo el párrafo anterior:

“Todo esto, en su imperturbado acorde, sería impensable dentro de los límites del pensar griego y de su lengua si no fuera porque el permanecer-en-lo-oculto-permanecer-en-lo-no-oculto no prevaleciera como aquello que no se tiene que llevar primero a la lengua de un modo propio, porque *es desde ello que la lengua misma viene*”.<sup>15</sup>

Este párrafo pone de relieve que la verdad como presencia de lo que permanece oculto y permanece no oculto en el lenguaje, está determinada por la estructura misma del lenguaje y no por una intención expresiva o de ocultamiento. La presencia toma entonces el carácter del despejado ocultarse.

---

<sup>11</sup> Trosman, N., *Interlocutores filosóficos de Lacan*, inédito.

<sup>12</sup> Steuding, H., *Mitología griega y romana*, Editorial Labor, Barcelona, 1930.

<sup>13</sup> Heidegger, M., *op. cit.* p. 229. Las cursivas son mías.

<sup>14</sup> Remarcamos aquí la articulación entre el permanecer oculto y el permanecer no oculto en el lenguaje como rasgo que permite articular el pensamiento freudiano, tal como este lo expresa en “La interpretación de los sueños”.

<sup>15</sup> Heidegger, M., *op. cit.* p. 230. Las cursivas son nuestras.

Heidegger se pregunta qué significa olvidar. La palabra griega que corresponde a esta se menciona en el estar oculto:

“Lo presente se hunde de mí y desaparece en el estado de ocultamiento, de tal modo que yo, en este mismo ocultamiento, permanezco oculto a mí mismo como aquel para quien lo presente se retira”.<sup>16</sup>

Olvidar se tratará entonces de un estado de ocultamiento que no es una acción del hombre; se trata de un movimiento en el que se olvida, se olvida el olvido y cae el hombre mismo en el ocultamiento. Olvidar “ nombra el rasgo fundamental... con relación a lo presente y lo ausente, sino el rasgo fundamental de la presencia y la ausencia mismos”<sup>17</sup>.

El fragmento 123 de Heráclito dice: “*a la esencia de las cosas le gusta esconderse*”.

“Para los griegos, desde un principio, la ocultación prevalece como un esconderse a sí misma la esencia del Ser y, por consiguiente, también determina al ente en su presencia y accesibilidad (“verdad”) (...) Verdad significa primariamente lo arrancado con lucha a la ocultación en que yacía”.<sup>18</sup>

La presencia significará pues entrar, emerger, desde el ocultamiento al desocultamiento y perdurar en él, por lo que el despejar desoculante-ocultante atañe a la presencia de lo presente.

En diferentes partes de su obra, Lacan retoma algunas de las cuestiones trabajadas por Heidegger, reconociendo una relación de fraternidad<sup>19</sup> con el decir heideggeriano sobre la *aletheia*. ¿Qué nos permiten pensar estos desarrollos sobre *aletheia*? ¿Qué nombra *aletheia* de la verdad del inconsciente?

Una de las cuestiones nodales que trabaja Lacan a partir de este término es el estatuto de lo simbólico, en su relectura de los textos freudianos, para pensar el núcleo de la represión.

---

<sup>16</sup> *Ibid.* p. 231.

<sup>17</sup> *Ibid.* p. 232.

<sup>18</sup> Cancina, P., *Coloquio Lacan y los filósofos. Platón y la cuestión de la aletheia*, mimeo, p. 3.

<sup>19</sup> “Fraternidad” que no debería deslizarse en el sentido de “armonía”, pero sí de reconocimiento.

“Sería entonces preciso hacer intervenir nociones heideggerianas. Toda entrada del ser en su morada de palabras supone un margen de olvido, un *λήθη* complementario de toda *ἀλήθεια*”.<sup>20</sup>

Lacan indica en su seminario a *aletheia* como punto de referencia para pensar la *función de la verdad*:

“Es Aletheia, esta figura ambigua de lo que no podría revelar sin ocultar. Esta Aletheia de la que un Heidegger nos recuerda, en un pensamiento que es el nuestro, la función inaugural.”<sup>21</sup>.

*Aletheia* posee entonces una función inaugural, y da cuenta de lo que está abandonado de raíz, irremediablemente reprimido, *Urverdrangung*. Lacan indica una similitud entre la temática freudiana de la represión y la articulación heideggeriana entre verdad y olvido.

“Interesa a Lacan que, como lo remarca Heidegger, se oiga *lethé* (el río del olvido) en *alétheia*, la verdad”.<sup>22</sup>

El movimiento entre lo oculto y lo desoculto se presenta como marca fundamental de la presencia- ausencia. No se tratará, por tanto, de ninguna dialéctica superadora ni supresora de esta ambigüedad estructural, con relación a la cual el saber no podrá recuperar lo originariamente olvidado (*Urverdrangung*). *Aletheia* parece nombrar así el núcleo de la represión, pero a la vez el “no todo” constitutivo de la verdad.

“Si entendemos a Heidegger muy cerca del decir de Heráclito y de la lectura que Lacan realiza, hay un real sustraído y, como tal, lo simbólico podrá sólo bordearlo conservando ese núcleo originario”.<sup>23</sup>

En “La interpretación de los sueños”, Freud señala la necesidad de ciertas renunciaciones que deberá asumir el analista: renunciar a los ideales de *certeza* y de *completud* en la interpretación, dando cuenta de su posición con respecto a la verdad y el saber en el psicoanálisis. Y es justamente al indagar la cuestión del olvido de los sueños que plantea:

---

<sup>20</sup> Lacan, J., *Seminario I*, clase del 19/05/54, versión digital.

<sup>21</sup> Lacan, J., *Seminario XIII*, clase 12/02/66, versión digital.

<sup>22</sup> Badiou, Alain, *op. cit.* p. 209

<sup>23</sup> Trosman, N., *Verdad, represión y olvido: Lacan con Heidegger*, mimeo.

“Aún en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar, pero que tampoco, han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Entonces ese es el *ombligo del sueño*, el lugar en que él se asienta en lo no conocido. Los pensamientos oníricos con que nos topamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin clausura alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestro mundo de pensamientos. Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio”.<sup>24</sup>

Un ombligo, nudo de un corte, nombra la zona en la que se vislumbra lo no conocido del entramado de los pensamientos oníricos, y que en cuanto tal no podrá ser representado. La verdad (*aletheia*) del sueño se presenta, se aloja en el decir (*logos*) del sueño, des-oculta sobre un *ombligo* radicalmente olvidado (*lethé*).

En otro de sus textos<sup>25</sup> Heidegger analiza el giro que sufrió la significación del término *aletheia* desde su inclusión en los textos heracliteanos, a partir de la doctrina de Platón, fundamentalmente en la llamada “Alegoría de la caverna”<sup>26</sup> donde el filósofo griego desarrolla un relato metafórico sobre la verdad. El análisis de esta alegoría pone de relieve el enlace que efectúa Platón entre la verdad, la idea y la *paideia* (*Bildung*, formación), entendida como la acuñación y el acompañamiento mediante una imagen tal, que desplaza al hombre a su lugar esencial y a éste lo acostumbra. En este giro, la *aletheia* como desocultación queda subsumida bajo otra esencia de la verdad.

“La alegoría se funda en el proceso tácito del predominio de la idea sobre la *aletheia*. (...) la idea (...) es la soberana en cuanto otorga la desocultación (a lo que se muestra) y simultáneamente, la percepción (de lo desoculto)”.<sup>27</sup>

En este viraje de la esencia de la verdad se produce a la vez un *cambio del lugar de la verdad*, pues si bien como desocultación es aún un rasgo del ente mismo,

---

<sup>24</sup> Freud, S., “La interpretación de los sueños”, *Obras Completas*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1981. Las cursivas son nuestras.

<sup>25</sup> Heidegger, M., *La doctrina de Platón acerca de la verdad*, traducción de N. Silveti, Inst. de Filosofía, UBA, Buenos Aires, 1952 / 1953.

<sup>26</sup> Platón, *La república*, Centro Editor de Cultura, Buenos Aires, 2003.

<sup>27</sup> Heidegger, M., *op.cit.* p. 14.

como justeza del mirar deviene la característica del accionar humano con relación al ente. Si bien hay aún aquí una ambigüedad en la determinación de la esencia de la verdad, será luego dejada de lado en lo que Heidegger llama “todo el pensar occidental”, para el cual la esencia de la verdad se transformará en la justeza del representar enunciativo. En Platón, el pensar va en dirección a las ideas, ser del ente, regidas por la idea suprema causa de la consistencia y el aparecer del ente. “Desde la interpretación del ser como idea, el pensar con relación al ser del ente es metafísico, y la metafísica es teológica”.<sup>28</sup>

“Es aquí donde la exégesis de Heidegger va a desentrañar lo tácito en la alegoría de la caverna, lo no dicho en lo dicho por Platón, y que es la mutación que se produce en la doctrina platónica de la verdad, mutación que ha producido efectos en una noción de la verdad que alcanza a nuestra contemporaneidad: la concepción de la verdad como adecuación del intelecto a la cosa”.<sup>29</sup>

Así, la idea se presentará plena, en tanto que la verdad, *aletheia*, desoculta, a la vez que algo permanece en estado de ocultamiento.

Volvamos una vez más a Martin Heidegger. A partir del aforismo de Heráclito “¿Cómo puede uno albergarse ante algo que nunca zozobra?”, Heidegger plantea que “lo que nunca zozobra” es aquello que nunca entra en un ocultamiento, lo que está emergiendo siempre, lo que continuamente está saliendo de lo oculto, lo que siempre está emergiendo como presente. Resuena aquí la idea freudiana del ombligo del sueño, lo real para Lacan.

En el Seminario XII, Lacan plantea que en la práctica analítica la verdad como *ἀληθεία*, como cuestión del ser, se llama el sexo. Si en el análisis se produce un cierto saber, este tiene trazas que descubrir, revelar; trazas que en decir de Freud “aún no han sido traducidas” y que para Lacan dicen de un **a**:

“ (...) cuando la muestro, a esa verdad, la bienamada, es **a** el que muestro”.<sup>30</sup>

¿Cuál es entonces el estatuto de la verdad en psicoanálisis y el valor de la producción del saber en el trabajo de un análisis? ¿Cuál es su especificidad en tanto la verdad es no toda?

---

<sup>28</sup> *Ibid.* p 17.

<sup>29</sup> Cancina, P., *op.cit.* p. 3.

<sup>30</sup> Lacan, J., *Seminario XXI*, clase del 19/02/74, versión digital.



El campo específico del psicoanálisis es el de la verdad del sujeto, la realización de la verdad del sujeto, verdad, *aletheia*, represión primaria, que determina un modo propio de relación a lo real.

“La verdad tiene una relación laxa con lo real; se trata de un desocultamiento que oculta”.<sup>31</sup>

En el decir de Lacan, en el psicoanálisis de lo que se trata es de “una puesta a prueba del saber respecto de la verdad, de lo que respecta o no del verdadero saber. (...) lo que está abandonado de raíz, irremediablemente reprimido, la *aletheia*, la *Urvendrängung*, —sino es así que la nombra, es así que podemos definirla”.<sup>32</sup>

En un tiempo posterior de su enseñanza, Lacan insiste en su “diálogo” con Heidegger para plantear la cuestión de las relaciones entre lo Simbólico y lo Real y el estatuto de la verdad. En una crítica de lo verdadero, se pregunta qué es lo verdadero sino lo verdadero real. Así, lo verdadero está del lado de lo Real. “Lo real se encuentra en los embrollos de lo verdadero”<sup>33</sup>, tratándose de un verdadero, un real, que se autoperfora, aspirado por la imagen del agujero corporal del que es emitido, la boca en tanto *zona erógena*.

Retorno del decir de Freud: lo erógeno, lo sexual, la pulsión como *concepto límite*; aproximaciones a lo real ya esbozadas en sus primeros trabajos y en sus cartas a Fliess, en donde anuncia la idea de un aparato psíquico organizado en capas sucesivas de re-inscripción de trazas mnésicas, en donde la defensa se produce contra una “traza mnésica aún no traducida” y donde la condición de tal defensa (represión) “es la naturaleza sexual del acontecimiento”.<sup>34</sup> Y es lo sexual y la consideración por el goce, a nuestro entender, el punto que nombra a su vez la diferencia, la distancia entre el decir heideggeriano y el de Lacan.

Distancia que lejos de ser un obstáculo, nos invita a recorrerla, nos convoca al “saludable peligro de ser tocado por la verdad de un pensar.”<sup>35</sup>

---

<sup>31</sup> Cancina, P., Seminario “Investigación en Psicoanálisis. Problemas de especificidad”, clase del 13/08/04.

<sup>32</sup> Lacan, J., *Seminario XIII*, clase del 09/02/66, versión digital.

<sup>33</sup> Lacan, J., *Seminario XXIII*, clase del 10/02/76, versión digital.

<sup>34</sup> Freud, S., *Carta 52*, traducción de Pura Cancina, mimeo.

Por otra parte, el recorrido de esa distancia puede pensarse como la experiencia de cruzar un río; uno parte de una orilla, se aventura a llegar al otro lado, y regresa, pero la corriente del agua lo ha arrastrado a otro lugar.

### **Sobre el estatuto de la escritura**

Este apartado intenta recorrer algunas preguntas y posibles argumentaciones con respecto al estatuto de la escritura en psicoanálisis y el valor de la misma en la medida en que creemos tienen un carácter conjetural. En esta dirección, entendemos a la elaboración conceptual - y más aún la escritura de esos conceptos- como un trabajo suplementario, en la medida en que cada concepto opera como suplemento de la trama conceptual. Cada concepto, suplemento del tejido conceptual, descompleta dicho tejido, pone en movimiento o desplaza aquella diferencia que se articula en el trabajo mismo de elaboración, en una *relación de suplementariedad*, en el sentido que Derrida da al *pharmakon* platónico.<sup>36</sup>

Para argumentar esta conjetura, formularemos algunos planteos de Derrida sobre la escritura<sup>37</sup>:

“Sólo una lectura miope o tosca pudo en efecto propagar el rumor de que Platón condenaba simplemente la actividad del escritor. Nada resulta aquí de una sola pieza y el Fedro *juega* también, en su escritura, a salvar –lo que es también perder- a la escritura como el mejor, el más noble, *juego*”.<sup>38</sup>

Será por este sesgo, entonces, que la escritura opera en el juego mismo del texto, en el diferir-se de las oposiciones entre la presencia y la ausencia, lo serio y el juego, el habla y la escritura.

Recurramos a otra cita:

---

<sup>35</sup> Bella y valiosísima frase de Martin Heidegger, en “Aletheia”, *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994. p. 228.

<sup>36</sup> Derrida, J., “La farmacia de Platón”, *La diseminación*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1997.

<sup>37</sup> Exponemos aquí algunas ideas trabajadas en escritos de nuestra autoría: *Literatura < escritura > Psicoanálisis*, Maestría en Psicoanálisis, UNR, 2006, y *Escritura, diferencia y nombre propio*, Doctorado en Psicología, UNR, 2002.

<sup>38</sup> Derrida, J., *La diseminación*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1997. p. 97. El señalamiento es propio.

“La oposición *spude / paidia* no será nunca de simple simetría (...) Es que no existe el *como tal* de la escritura y del juego. No teniendo esencia, introduciendo la diferencia como condición de la presencia de la esencia, abriendo la posibilidad del doble, de la copia, de la imitación, *del simulacro*, el juego y la grafía van desapareciendo incesantemente. No pueden, por afirmación clásica, ser afirmados sin ser negados”.<sup>39</sup>

No se tratará entonces de una oposición clásica entre el juego y lo serio, puesto que la dualidad se desbarata, el juego cuestiona lo serio y se hace algo serio, y ambos se inscriben en el territorio del *simulacro*, de la *ficción*.

Se produce, en este sentido, un corrimiento, un deslizamiento de las oposiciones, juego de la diferencia que no se deja tomar en una unidad ni en su contrario.

“Así podríamos tomar todas las parejas de oposición sobre las cuales se ha construido la filosofía (...) no para ver borrarse esa oposición, sino para ver cómo se anuncia una necesidad tal que uno de los términos aparezca como *différance* del otro, como el otro diferido en la economía de lo mismo (...) A partir de este despliegue como *différance* se anuncia la mismidad de la diferencia y de la repetición en el eterno retorno”.<sup>40</sup>

El corrimiento que Derrida pone en funcionamiento sobre las parejas de oposición de términos metafísicos, interesa para pensar la escritura como *pharmakon*. Leer implicará entonces *efectuar un corte y añadir un suplemento* por necesidad de un juego, el juego del texto y sus hilos. Leer conlleva así una añadidura tal que lo añadido descompleta, destotaliza, descose la trama del texto.

## **Simulacro y verdad**

Siguiendo el planteo de Nicolás Rosa, podemos pensar que la literatura y el psicoanálisis comparten su contextura de *ficción*, esto es, de *simulacro*, entendida no en el sentido de una supuesta ‘simulación’ sino, por el contrario, en tanto discurso.

“(…) la Teoría es un conjunto de ficciones en el sentido de estructuras discursivas donde el sujeto y el predicado de los enunciados “científicos” no poseen estructura de enunciados objetivamente lógicos, regidos por la exigencia de posibilidad, de realidad referencial y de valor de verdad de la predicación que repone

<sup>39</sup> *Ibid.* p. 238. “*Spude*” es traducido como “lo serio” y “*paidia*” como “juego infantil”.

<sup>40</sup> Derrida, J., “La *différance*”, *Márgenes de la filosofía*, Ed. Cátedra, Madrid, 1998. p. 67.

la verdad del sujeto, sino que son verdaderos simulacros de axiomas lógicos, donde los procesos de deducción y de inferencia lógica son simulados por las estrategias del discurso”.<sup>41</sup>

Si bien la cita precedente apunta a señalar el carácter ficcional de las teorías científicas, de la Teoría con mayúscula -haciendo referencia fundamentalmente a los criterios del positivismo lógico en cuanto al lenguaje-, nos permite vislumbrar el carácter *ficcional de todo escrito*.

Si tal cómo lo desarrolla Derrida, ‘Platón condena bajo el nombre de *fantasma* o *simulacro* lo que hoy se postula, en su más radical exigencia como escritura’<sup>42</sup>, vale la pena detenernos en ello: “La Ficción entendida como *simulacro*, no recae sobre la mera representación que presupone siempre la existencia previa de lo representable, y ni siquiera sobre la *idea* de re-presentación que de alguna manera es una operación de la repetición: ya no es una *representación de la repetición* sino que, como en Borges, es la *repetición misma propuesta como modelo*. Lo ficticio y lo ficcional son el registro de toda letra, la letra histórica, sociológica, antropológica, psicoanalítica”.<sup>43</sup>

Esta perspectiva afirma que la ficción es propia de todo aparato discursivo elemental, donde la letra opera como anterioridad lógica de todo discurso. En esta direccionalidad, surge una nueva hipótesis, *la literatura surcando los bordes de los otros discursos*:

“Si la literatura soporta la hipótesis de *máxima ficcionalidad* frente a la mínima *ficcionalidad* del discurso científico, en el imaginario fantasmático de la crítica contemporánea, la escritura -la letra- aparece como el simulacro especular donde se constata y se dirime la legalidad de los otros discursos sociales”.<sup>44</sup>

Así, la ficción no resulta ya un ‘dato secundario’ subordinado a una supuesta realidad que la precedería, sino que la instauración del discurso en el cual se genera el sujeto de la enunciación resulta consustancial a la ficción, por lo que la misma se instaure como matriz inicial. *El sujeto resulta, por lo tanto, consustancial a la ficción*.

---

<sup>41</sup> Rosa, N., *El arte del olvido. Sobre la autobiografía*, Puntosur editores, Buenos Aires, 1990. p. 29.

<sup>42</sup> *Ibid.* p. 45

<sup>43</sup> *Ibid.*

<sup>44</sup> *Ibid.*

Al decir de Lacan:

“En la dimensión de la verdad, es decir, la totalidad de lo que entra en nuestro campo como hecho simbólico, la verdad antes de ser verdadera o falsa, -según criterios que les indiqué-, no son simples de definir, ya que siempre hacen entrar, por un lado, la cuestión del ser y, por el otro, la del encuentro, justamente como lo que está en cuestión, con la verdad. Y *la verdad entra en juego, restaura y se articula como primitiva ficción* alrededor de la cual va a tener que surgir un cierto orden de coordenadas de las que se trata, para no olvidar la estructura antes de que cualquier cosa pueda seguirse validamente de su dialéctica”.<sup>45</sup>

Vemos aquí el estatuto nodal de la ficción en tanto articuladora de una verdad que atañe al sujeto.

Detengámonos en esta articulación entre los términos verdad y ficción. En su crítica a la teoría de los ‘actos de habla’ -J. Searle, P. Lejeune- Nicolás Rosa<sup>46</sup> nos conduce a formular ciertos interrogantes acerca de *la verdad como ficción y la ficción de la verdad*:

“Si las novelas –generadoras de ficción- son más *verdaderas* que las autobiografías de lo verdadero del secreto de la vida, es porque dicen lo que deben decir y como se debe decir: la verdad no puede ser dicha toda, sólo puede decirse a medias y transformada, la verdad siempre se dice indirectamente, y los novelistas son profundos cuando dicen que no dicen y cuando dicen la forma del no decir”.<sup>47</sup>

Coincidentemente con estas argumentaciones, el poeta Juan Gelman nos dice:

“Cada libro es obediencia a una obsesión particular que buscaba agotarse. De ahí la diversidad de expresión de estos poemas, cuya unidad tal vez resida en el deseo – y su fracaso- *de dar con la palabra que calla lo que dice*”.<sup>48</sup>

---

<sup>45</sup> Lacan, J., *Seminario XIII*, clase del 12 de enero de 1966., versión digital. Las cursivas son nuestras.

<sup>46</sup> Rosa, N., *op. cit.* p. 50

<sup>47</sup> *Ibid.*

<sup>48</sup> Gelman, Juan, *En abierta oscuridad*, Siglo XXI, México, 1993. Citado por Jorge Fondebrider en la Introducción a la *Antología Poética*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1994. La marcación del texto es propia.

En todo discurso el enigma de la ficción se disemina, y extiende consigo la verdad en su decir:

“Es claro que la Palabra no comienza sino con el paso de la ficción al orden del significante y que el significante exige otro lugar -el lugar del Otro, el Otro testigo, el testigo Otro que cualquiera de los participantes- para que la Palabra que soporta pueda mentir, es decir plantearse como Verdad. Así, es de un lugar otro que la Realidad a la que concierne de donde la Verdad saca su garantía: es de la palabra. Como es también de ella de quien recibe esa marca que la instituye en una estructura de ficción”.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1985, p. 787.

### III- FUNDAMENTACIÓN Y MARCO TEÓRICO

Desde sus orígenes, la medicina ha oscilado entre dos tendencias opuestas en cuanto a sus concepciones: una basada en el análisis específico y mecanicista de la enfermedad que busca minuciosamente la lesión anatomoclínica y otra que concibe la enfermedad como una reacción global de la persona (incluyendo su “personalidad” o “temperamento”) y que por tanto, tiene en cuenta los aspectos psicológicos. Esta última concepción holística y dinámica prefigura el acercamiento psicosomático moderno.

Si bien la relación entre lo psíquico y lo somático ha sido tema de reflexión e indagación desde los inicios de la filosofía occidental y de las primeras teorizaciones médicas<sup>1</sup>, el presente escrito se centrará específicamente en los diferentes criterios dentro del campo psicoanalítico, para indagar el tema propuesto.

La problemática relación entre lo psíquico y lo somático fue para Sigmund Freud un interrogante que abordó a lo largo de toda su obra; así también, a lo largo de la misma intentó establecer la especificidad de los síntomas de conversión y distinguirlos de otras manifestaciones que afectarían el cuerpo. La posible relación entre lo psíquico y lo somático derivó en un pasaje del cuerpo como organismo a la idea de cuerpo erógeno, ligado a la noción de pulsión.

Sami-Ali<sup>2</sup> plantea que en la elaboración de Freud, lo somático es situado como aquello sobre lo cual se apoya lo psíquico, reconociéndolo a la vez como lo que no puede integrarse en él, definiendo positiva y negativamente lo somático:

“Esta definición forma parte de un modelo teórico cuya finalidad en Freud es articular lo somático y lo psíquico en torno a la oposición de lo actual y lo neurótico”.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> La problemática de las enfermedades y su vinculación con lo “psi” y el “soma”, nos remite a una historia que surge en el período de la cultura griega antigua. Nacida con Hipócrates, de la Escuela de Kos, la medicina psicosomática aborda a la vez el cuerpo y el espíritu y, más específicamente, la relación entre soma y psique, describiendo la manera en que las enfermedades orgánicas son provocadas por conflictos psíquicos. Hipócrates sostenía que la enfermedad se originaba en el interior del cuerpo como consecuencia de un desequilibrio de los líquidos corporales, bajo la influencia del entorno, factores físicos externos, de los líquidos corporales y del temperamento.

<sup>2</sup> Sami-Ali, *Pensar lo somático. El imaginario y la patología*, Paidós, Buenos Aires, 1991.

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 16.

Este autor menciona tres niveles de análisis de la perspectiva freudiana. El *primer nivel, nosográfico*, pone de relieve que los síntomas de las *psiconeurosis* resultan del proceso de represión, fracaso de la represión y retorno de lo reprimido; se encuentran así provistos de un sentido primario. Se distinguen en esto de las *neurosis actuales* (neurastenia, neurosis de angustia e hipocondría) que reflejan sin mediación psíquica una economía sexual perturbada. Dicha economía es concebida como un proceso metabólico en el cual la “toxina sexual” (por exceso o falta de descarga) perturba tanto el equilibrio psíquico como el somático. Se crean, en la confluencia de lo psíquico y lo somático, formaciones que derivan de la transformación de lo cuantitativo en cualitativo. Así, dichas formaciones son corporales pero en un sentido difuso, sin lugar de fijación preciso; “nerviosidad” más que neurosis, no tendrían ninguna significación psíquica, pero pueden adquirir un sentido secundario.

El *segundo nivel, genético*, situaría a las neurosis actuales como fase preliminar de las psiconeurosis, análogo al pasaje de lo simple a lo complejo, de lo somático a lo psíquico. Se ubica así a la histeria precedida por la neurastenia, a la histeria de angustia por la neurosis de angustia y a la parafrenia (demencia precoz y paranoia) por la hipocondría, como si cada psiconeurosis encerrara un núcleo de neurosis actual.

El *tercer nivel, teórico*, plantearía que lo neurótico reposa (noción de apoyo) sobre lo actual como lo psíquico sobre lo somático, “de modo tal que un compromiso corporal real del pasado lejano puede dar lugar a una conversión histérica que lo integra y lo actualiza”.<sup>4</sup>

Aunque Freud no se interesó en forma explícita por los fenómenos psicosomáticos, sin duda él fue su inspirador al destacar la intrincación e influencia de los factores psíquicos en lo biológico y, concretamente, en la formación de síntomas somáticos. Esta línea de trabajo aparece presente ya en sus escritos de 1890<sup>5</sup>:

---

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 18. El autor comenta que para Freud su teoría de la neurosis actuales resultó una “laguna enojosa” sin que se haya resuelto a abandonarla. Por otra parte, en el capítulo 1 del texto, Sami-Ali analiza los criterios sobre este tema de ciertos autores posfreudianos (Groddeck y Reich fundamentalmente) de los que efectúa una crítica pormenorizada.

<sup>5</sup> Freud, S., “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)”, *Obras Completas*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.



*“Los médicos se vieron así frente a la tarea de investigar la naturaleza y el origen de las manifestaciones patológicas en el caso de estas personas nerviosas o neuróticas llegándose a este descubrimiento: al menos en algunos de estos enfermos, los signos patológicos no provienen sino de un influjo alterado de su vida anímica sobre su cuerpo. Por tanto, la causa inmediata de la perturbación ha de buscarse en lo anímico. En cuanto al otro problema, el de saber cuáles son las causas más remotas de esa perturbación que afecta a lo anímico, que a su vez ejerce después una influencia perturbadora sobre lo corporal, podemos despreocuparnos de él por el momento. Pero la ciencia médica había hallado aquí el anudamiento para atender en su plena dimensión al aspecto descuidado hasta entonces: la relación recíproca entre cuerpo y alma”.*

Dentro de la historia del psicoanálisis, varias líneas de indagación sobre psicósomática se desarrollaron en el mundo, primero con George Groddeck, su principal inspirador, y después alrededor de Franz Alexander (Escuela de Chicago) en los Estados Unidos, Alexander Mitscherlich en Alemania y Pierre Marty (1918-1993) y Michel de M'Uzan en Francia (Escuela de París)<sup>6</sup>. Algunos autores plantean que si bien la psiquiatría ha servido de puerta de ingreso para la introducción de las teorías psicoanalíticas sobre las psicosis, fue a través de la medicina llamada psicósomática como la clínica freudiana se introdujo en la medicina (general o especializada), y en particular en los grandes servicios hospitalarios (hematología, urología, oncología general, etc.), donde el enfoque psicoanalítico ha resultado fundamental para el tratamiento de los problemas psíquicos de los pacientes afectados de enfermedades orgánicas crónicas o agudas.

Tal como lo mencionáramos, Freud diferenció las psiconeurosis de defensa (histeria, obsesión, fobia) de las neurosis actuales (neurosis de angustia, neurastenia e hipocondría), tratándolas como tipos de neurosis con una etiología diferente. Mientras que las manifestaciones corporales de las psiconeurosis responderían a mecanismos de conversión de tipo histérico, las neurosis actuales estarían más cerca de la problemática psicósomática. Esta diferenciación derivó en al menos dos grandes planteamientos a la hora de entender lo psicósomático.

---

<sup>6</sup> Roudinesco, E. y Plon, M., *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.

Un *primer enfoque* trata de dar una continuidad a los fenómenos somáticos entendiéndolos como parte de un universo simbólico, como “mensajes corporales” que podrían ser interpretados al igual que los síntomas de conversión<sup>7</sup>.

Un *segundo enfoque* trata de establecer la diferencia entre lo conversivo y lo psicosomático. Mientras que la sintomatología conversiva se hallará estructurada por un sostén simbólico, siendo entonces una forma de manifestación de una conflictiva psíquica, en los fenómenos psicosomáticos dicho material simbólico estaría ausente, predominando una psicodinámica vacía, deslibidinizada y sin sentido. Esta segunda postura intenta diferenciar las psiconeurosis de las neurosis actuales -o dicho de otro modo, el síntoma conversivo histérico del fenómeno psicosomático- con el fin de vincular estos últimos con una falla en la elaboración psíquica o simbólica. Esta postura se encuentra representada por la *Escuela de Chicago* y, posteriormente, por la *Escuela de París*.

Los autores de la *Escuela de Chicago* se encargaron inicialmente de apartar la atención del problema histérico conversivo (con disfuncionamiento en la musculatura de inervación voluntaria), comenzando a centrarse en las alteraciones de los órganos del sistema vegetativo, entendidas como enfermedades psicosomáticas a las que equipararon con una serie de perfiles de personalidad y conflictos psicológicos específicos. Cabe mencionar que el concepto de “alexitimia” surgió en este período en forma paralela a las investigaciones realizadas con pacientes con afecciones psicosomáticas, aunque es aceptado que el síndrome alexitímico no es un equivalente de “lo psicosomático” sino que puede observarse en otras psicopatologías y en traumatismos pasajeros.<sup>8</sup> Franz Alexander (Estados Unidos, 1930) por su parte, hace

---

<sup>7</sup> Algunos autores cercanos al pensamiento kleiniano mantienen la teoría de la conversión histérica para entender cualquier fenómeno somático.

<sup>8</sup> Una de las consecuencias de las observaciones clínicas realizadas inicialmente sobre pacientes con enfermedades psicosomáticas fue la aparición del constructo *alexitimia*. Nemiah y Sifneos plantean que, a diferencia de los pacientes psiconeuróticos, muchos pacientes somáticamente enfermos presentan grandes dificultades para la expresión verbal de sus sentimientos, una notable coartación de la fantasía y un estilo cognitivo literal, sin matices y orientado hacia el exterior. Estos autores (al igual que harán en Francia Marty y M’Uzan con el término *pensamiento operatorio* para designar este tipo de funcionamiento) proponen un modelo de déficit estructural para comprender este estilo psicológico y los procesos psicosomáticos. Sifneos acuñó el término griego *alexitimia* (que significa etimológicamente “sin palabras para los sentimientos”) para englobar la constelación de

referencia a un esquema energético, planteando que las neurosis «ordinarias» implican una estasis de la energía en el aparato psíquico; esta energía puede también estancarse en un órgano o un aparato específicamente investido por la vida psíquica, creando así una *neurosis de órgano* y, en ciertos casos, lesiones orgánicas.

Por su parte, Dumbar relaciona algunas enfermedades con ciertos tipos de personalidad. Plantea entonces que la exclusión del conflicto fuera de la conciencia produce una suerte de cortocircuito a través de mecanismos subcorticales.

Dicha noción de “exclusión del conflicto” ha sido retomada por la *Escuela Psicosomática de París*, iniciadora de la investigación psicosomática en Francia, situando el proceso de somatización ya en el nivel de una deficiencia del funcionamiento mental, manteniendo la metáfora energética freudiana como fundamento de la teoría sobre las afecciones psicosomáticas. En tal sentido, según esta teoría, el peligro provendría de un real constituido por el «cuerpo de los comportamientos arcaicos y automáticos que podrían actualizarse en cualquier momento por efecto de un exceso de estimulación o de un desfallecimiento del funcionamiento mental».<sup>9</sup>

La Escuela Psicosomática de París separó radicalmente el fenómeno conversivo del psicosomático como dos tipos de patología con un trasfondo estructural completamente diferente. Los síntomas de tipo conversivo se incluirían dentro del registro neurótico y las afecciones psicosomáticas en un registro más próximo a la psicosis que a la neurosis. Así, los autores de esta escuela describen características de personalidad propias del paciente psicosomático que no se podrían vincular a la histeria. A partir de 1963, P. Marty y M’Uzan abordan la temática, describiendo en numerosos pacientes psicosomáticos un modo de pensamiento particular, al que califican de «pensamiento operatorio», presentando los siguientes rasgos: se trataría de un pensamiento que no tiende a significar la acción sino a duplicarla; presenta los rasgos del superyó; el otro se presenta como idéntico; se presentan fenómenos de “seudo desplazamientos” sin tratarse de metáforas

---

factores cognitivo-afectivos considerados específicos del estilo comunicativo de los ‘pacientes psicosomáticos’ en la consulta: dificultad en identificar y describir sentimientos; dificultad para distinguir entre sentimientos y sensaciones corporales propias de la activación emocional; proceso imaginario constreñido, evidenciado por la escasez de fantasías; estilo cognitivo orientado hacia el exterior.

<sup>9</sup> Chemama, R. y otros., *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.

concientes ni lapsus; parece faltar la actividad fantasmática; el sujeto está presente pero es vacío.

## Los aportes de Jacques Lacan

Jacques Lacan se acercará a la problemática de las enfermedades psicosomáticas a partir de lo que denominará “fenómeno psicosomático” puesto en relación con la *noción de cuerpo*, noción que el autor trabajará a lo largo de toda su obra. La cuestión del cuerpo, desde esta perspectiva psicoanalítica, puede ser pensada a partir la articulación de los tres registros (R, S, I) y del concepto de identificación.

En diferentes pasajes de la obra de Lacan, se hace referencia explícita a los fenómenos psicosomáticos. Detengámonos en los mismos, intentando situar el punto de articulación conceptual que el autor busca señalar, en la puesta en relación entre dichos fenómenos y la idea de holofrase, e interrogando la especificidad de los mismos con relación a la constitución del sujeto.

El término *holofrase* aparece en la obra de Lacan ya en el *Seminario I Los escritos técnicos de Freud*, a partir del trabajo del autor sobre el orden simbólico, la idea de símbolo y el plano del lenguaje. En este seminario, la idea de holofrase<sup>10</sup> surge de los usos de ciertos pueblos, en los cuales algunas frases o expresiones “*no pueden descomponerse*, y (...) se refieren a una situación tomada en su conjunto”<sup>11</sup>. El registro etnográfico de referencia la sitúa en una “situación entre dos personas, mirándose una a otra, esperando cada una que la otra ofrezca hacer algo que ambas partes desean pero que no están dispuestas a hacer”<sup>12</sup>.

A partir de esta observación etnográfica, Lacan señala que no se trataría de una situación intermedia entre el ‘lenguaje’ animal y el lenguaje humano, sino que por el contrario, se trata de una particularidad del lenguaje en donde lo que es del registro de la composición simbólica se encuentra definido en el límite, en la periferia. Vale la pena señalar, de este pasaje, una primera cuestión de la holofrase en tanto se indica su *situación de periferia*, su *posición al límite en el orden simbólico*.

---

<sup>10</sup> Lacan trabaja en base a un texto, *Historia del nuevo mundo llamado América*. Seminario I, *Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Barcelona, 1986. Pp. 328 - 329.

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 328. La marcación del texto es propia.

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 329.

Esta idea parece reforzarse en el párrafo siguiente, donde se explicita que “toda holofrase está en relación con situaciones límites, en las que el sujeto está suspendido en una relación especular con el otro”.<sup>13</sup>

En el *Seminario II El yo en la teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica*, vuelven a aparecer ciertos interrogantes sobre los fenómenos psicosomáticos, en su relación con la constitución del yo a partir del estadio del espejo y de la distinción entre *narcisismo* y *autoerotismo*.

Aquí Lacan nos indica que para que haya relación con el objeto es preciso que exista ya una relación narcisista del yo con el otro:

“Se trata de saber cuáles son los órganos que entran en juego en la relación narcisista, imaginaria con el otro, donde se forma, *bildet*, el yo. La estructuración imaginaria del yo se efectúa alrededor de la imagen especular del cuerpo propio, de la imagen del otro. Ahora bien, la relación del mirar y el ser mirado atañe efectivamente a un órgano, el ojo, para llamarlo por su nombre. Pueden ocurrir cosas sorprendentes allí. ¿Cómo abordarlas, dado que en todos los temas de la psicosomática reina la mayor de las confusiones?”.<sup>14</sup>

La distinción entre narcisismo y autoerotismo parece conducir a Lacan a una línea divisoria entre el campo de las neurosis y los fenómenos psicosomáticos:

“Detrás del narcisismo tiene usted el autoerotismo, a saber, una masa investida de libido en el interior del organismo, de la que diré que se nos escapan tanto sus relaciones internas como su entropía. (...) *Las investiduras propiamente intraorgánicas que en análisis llamamos autoeróticas desempeñan un papel muy importante, por cierto, en los fenómenos psicosomáticos*. La erotización de tal o cual órgano es la metáfora que más frecuentemente aparece, a causa de la sensación que induce en nosotros el orden de fenómenos que se halla en juego en los fenómenos psicosomáticos. Y la distinción de Perrier *entre la neurosis y el fenómeno*

---

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 329. Aquí Lacan reintroduce la temática de la relación intersubjetiva a partir de la dialéctica del amo y el esclavo. Sería interesante poder interrogar este punto desde los desarrollos del *Seminario XI*, en donde los términos *alienación* y *separación* parecieran circunscribir desde la operatoria simbólica, aquello que en el Seminario I se plantea a partir de la relación imaginaria.

<sup>14</sup> Lacan, J., *Seminario II El yo en la teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica*, clase 8, del 26/01/55, versión digital.

*psicosomático está marcada, precisamente, por esa línea divisoria que el narcisismo constituye*".<sup>15</sup>

La línea divisoria del narcisismo parece situar pues la zona de la cual los fenómenos psicosomáticos quedan fuera:

"Si algo sugieren las reacciones psicosomáticas como tales, es que están *fuera del registro de las construcciones neuróticas. No se trata de una relación con el objeto.* Se trata de una relación con algo que se encuentra siempre *en el límite* de nuestras elaboraciones conceptuales, algo en lo cual siempre pensamos, de lo que a veces hablamos y que, para ser precisos, no podemos alcanzar y, sin embargo, no lo olviden, está allí: les hablo de lo simbólico, de lo imaginario, pero también está lo real. Las relaciones psicosomáticas se sitúan a nivel de lo real".<sup>16</sup>

Estos párrafos nos conducen a pensar a los fenómenos psicosomáticos en cierta exterioridad de la constitución narcisista, nuevamente situados *en el límite* de la neurosis, enraizados en lo real, y dentro de una cierta "relación":

"Por el contrario, cuando se trata de las investiduras llamadas autoeróticas no podemos distinguir entre la fuente y el objeto. No sabemos, pero es posible concebir que se trata de una investidura sobre el órgano mismo".<sup>17</sup>

Si el objeto, en la relación narcisista, se recorta en la dialéctica del yo con el otro, en los fenómenos psicosomáticos pareciera tratarse de un momento lógico previo a dicha relación especular constitutiva del yo, en tanto el objeto coincide con la fuente pulsional, en una suerte de insuficiencia simbólica que obstaculiza recortar el objeto a partir de un soporte imaginario.

Si 'lo real carece de fisura', y no hay ningún otro medio de aprehender lo real sino por intermedio de lo simbólico, los fenómenos psicosomáticos parecen mostrar un cierto déficit del registro simbólico:

"La distinción se establece entre lo que está incluido en la relación narcisista y lo que no lo está. La diferenciación se sitúa en la juntura de lo imaginario y lo real".<sup>18</sup>

---

<sup>15</sup> *Ibid.* La marcación del texto es propia.

<sup>16</sup> *Ibid.* La marcación del texto es propia. Aquí Lacan sitúa a las afecciones psicosomáticas en lo real, observando además que habla de "relaciones psicosomáticas".

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> *Ibid.*

En el *Seminario III, Las psicosis*, Lacan introduce a los fenómenos psicosomáticos a partir de un punto de articulación con el campo de las psicosis y de los síntomas hipocondríacos en tanto específicos de estas:

“De entrada se encuentra allí ese algo particular que está en el fondo de la relación psicótica, así como de los fenómenos psicosomáticos, de la que esta clínica se ocupó esencialmente, y que son ciertamente para ella la vía de introducción a la fenomenología de este caso. Allí pudo tener la aprehensión directa de *fenómenos estructurados de modo totalmente diferente a como lo están en las neurosis*, a saber, donde hay no sé que impronta o *inscripción directa de una característica*, e incluso, en ciertos casos, de un *conflicto, sobre lo que puede llamarse el cuadro material* que presenta el sujeto en tanto que ser corporal. Un síntoma como una erupción, diversamente calificada dermatológicamente, del rostro, se movilizará en función de tal o cual aniversario, por ejemplo, de manera directa, sin intermediario, sin dialéctica alguna, *sin que ninguna interpretación pueda marcar su correspondencia con algo que pertenezca al pasado del sujeto*”.<sup>19</sup>

Surge en esta cita un camino interesante a recorrer, por cuanto se vinculan los fenómenos psicosomáticos con los síntomas hipocondríacos en tanto ‘inscripciones sobre el cuadro material’, estructurados de manera diferente a las neurosis, haciendo, por la condición misma de estos fenómenos, inviable la interpretación analítica.<sup>20</sup>

En el *Seminario VI, El deseo y su interpretación*, se menciona nuevamente la idea de holofrase, esta vez a partir del cuestionamiento de las relaciones entre deseo, realidad y significante:

“La parte superior del gafo representa esta cadena bajo la forma punteada, poniendo el acento sobre el *elemento de discontinuidad del significante*; mientras que la cadena inferior del grafo, la representamos *continua*; y por otra parte, les he dicho que, bien entendido, en todo proceso están interesadas las dos cadenas. (...) La cadena inferior, a nivel de la demanda, de la que les he dicho que *el sujeto en tanto hablante tomaba allí esta solidez prestada de la solidaridad sincrónica del significante*, es bien evidente que hay algo que participa de la unidad de la frase, algo

---

<sup>19</sup> Lacan, J., *Seminario III, Las psicosis*, clase del 04/07/56, versión digital. La marcación del texto es propia.

<sup>20</sup> Nos interesará detenernos más adelante en este punto, vinculado como veremos a la noción de “inducción significativa” empleada por Lacan.

que hace hablar de una manera que ha hecho correr mucha tinta: de la *función de la holofrase* de la frase, en tanto todo consiste en que la holofrase existe. No hay duda; la holofrase tiene un nombre: es la interjección. Si quieren, para ilustrar a nivel de la demanda lo que representa la función de la cadena inferior, es "pan", o "socorro".

Existe otra forma de frase, diría incluso que en ciertos casos toma un valor totalmente urgente y exigente. Es de eso de lo que se trata; es la articulación de la frase, es el sujeto en tanto que esa necesidad que, sin duda, debe pasar por los desfiladeros del significante en tanto que necesidad, es expresada de una manera deformada pero, al menos, *monolítica*, a poco que *el monolito del que se trata, es el sujeto mismo a ese nivel que lo constituye*".<sup>21</sup>

Esta extensa cita nos permitirá puntualizar nuevos interrogantes; si la holofrase da cuenta de una cadena significativa monolítica, compacta, ¿en qué situación estructural queda el sujeto? ¿Es el sujeto mismo monolítico, en el sentido en que su división constitutiva se encuentra ‘comprimida’? ¿O se trataría más bien de un modo de inscripción<sup>22</sup> sin posibilidades de transcripción, sin la potencia metafórico-metonímica que el mismo juego significativo aporta? Por otra parte, ¿qué es aquello inscripto en ‘la materialidad’ del cuerpo, tal como Lacan lo indica en el *Seminario III*?<sup>23</sup>

En este punto, resulta interesante<sup>24</sup> pensar cierto aspecto común entre las psicosis y los fenómenos psicosomáticos, en la medida en que *lo monolítico*, como nombre de cierto límite de la analizabilidad, parece jugarse en ambos casos. Si el estatuto del saber se articula a partir de la lógica misma del significante y de la función de la diferencia en tanto tal, *lo monolítico* indica un cierto vaciado de sentido o elementos extremadamente cargados de sentido, en ambos casos inefable, en una ‘escritura holofrasística’ que no pone en juego el saber.

<sup>21</sup> Lacan, J., *Seminario VI, El deseo y su interpretación*, clase del 03/12/58, versión digital. La marcación del texto es propia.

<sup>22</sup> Recordemos que en este Seminario Lacan viene tras la pista del término transcripción - *Niederschrift* - en la obra de Freud, tal como éste lo utiliza en la Carta 52 y en “La interpretación de los sueños”, para dar cuenta del funcionamiento del proceso primario.

<sup>23</sup> El texto mencionado nos conduce, por otra parte, a la temática de la demanda; se abren en este punto nuevos interrogantes acerca del registro de la demanda del Otro.

<sup>24</sup> Seguimos aquí el planteo de Isabel Steinberg, clase del 23/09/05, Seminario “Neurosis, ética del psicoanálisis y reacción terapéutica negativa”, Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNR.



Los fenómenos psicosomáticos, ¿indicarán, pues, una suerte de sentido monolítico mudo con registro en el cuadro material orgánico -soma-, sin el soporte significativo que incluiría la dimensión del sin sentido?

Siguiendo pues, esta lógica de la repetición, en los fenómenos psicosomáticos no se pondría en juego la repetición por no estar jugada la autodiferencia significativa; por el contrario se trataría de una *reproducción de un efecto* siempre igual a sí mismo, por cuanto ‘no tiene nada que decir’ en el sentido de sus posibilidades metafóricas y metonímicas.

Lacan, en el *Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, pone nuevamente en relación los fenómenos psicosomáticos con una modalidad de la cadena significativa a la que denomina *holofrase*. Situemos el contexto en el cual aparece esta referencia<sup>25</sup>. A partir de interrogar el concepto de transferencia e introducir la noción de sujeto supuesto al saber, Lacan conceptualiza al deseo del sujeto como deseo del Otro en su articulación con la lógica significativa, puntualizando la afánisis del sujeto en dicho significativo. Se detiene entonces en las experiencias de condicionamiento realizadas por Iván Pavlov.<sup>26</sup> Las críticas que realiza Lacan a las conclusiones elaboradas por el fisiólogo ruso se orientan a señalar que en dichos experimentos lo que se pone en juego no es la asociación de un ‘signo’ a una ‘cosa’, sino por el contrario, la asociación de un *significante* que como tal instituye un *corte del deseo en la organización orgánica de la necesidad*:

---

<sup>25</sup> Lacan, J., *Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1991. Capítulo XVIII.

<sup>26</sup> Conocidos son dichos experimentos en los cuales se condicionaba a los perros a salivar ante ciertos sonidos o luces, tal como originalmente lo hacían ante la comida. Por otra parte, Pavlov elabora una teoría del lenguaje según la cual, éste equivaldría a un segundo sistema de señales, en tanto que los estímulos naturales corresponderían al primer sistema de señales, teniendo ambos la capacidad de provocar el mismo tipo de efectos o respuestas en el organismo del animal sometido a la experimentación. Se deduce de esto un criterio de continuidad entre la naturaleza -estímulos naturales- y el lenguaje. Se trataría de una sustitución plena, sin pérdida, en tanto la palabra sustituiría al objeto de modo acabado. Ver Pavlov, I.: *Reflejos condicionados e inhibiciones*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1986.

“La experiencia puede provocar en el animal todo tipo de desórdenes, de *trastornos*, pero, como hasta ahora no es un ser que habla, el animal *no está llamado a preguntar por el deseo del experimentador*”.<sup>27</sup>

A partir de este nexo, Lacan se detiene en los ‘efectos’ psicosomáticos para indicar una cierta ligazón con las experiencias pavlovianas. En tal sentido, plantea: “Hasta me atrevería a formular que *cuando no hay intervalo entre S1 y S2*, cuando el primer par de significantes se *solidifica*, se holofrasea, obtenemos el modelo de toda una serie de casos - si bien hay que advertir que el sujeto no ocupa el mismo lugar en cada caso”.<sup>28</sup>

Detengámonos en estos planteos. ¿Cuál es el estatuto de la referencia a los experimentos de Pavlov?

Un camino posible es pensar que, como en dichos experimentos, el ‘efecto’ o ‘trastorno’ en el organismo se produce cuando opera el significante proveniente del campo del Otro, pero sin embargo no hay hiancia tal que posibilite al sujeto interrogarse acerca del deseo de ese Otro. Tomando la mención de los experimentos en un sentido metafórico, podríamos señalar que así como el perro no puede interrogarse sobre el deseo del experimentador / amo, así el niño, en ciertos casos, no podrá interrogarse acerca del deseo del Otro / madre, tal que en el sitio de manifestación del deseo surge el fenómeno psicosomático. En la medida en que no se articule en cierto punto la falta en el Otro - falta que justamente se pone en juego en la distancia entre S1 y S2- no habrá lectura del deseo del Otro como enigma.<sup>29</sup>

El seminario que venimos tratando, nos conduce a su vez a pensar otros posibles ligamientos del tema. Un camino interesante es aquel que se abre a partir de

---

<sup>27</sup> Lacan, J., *op. cit.* p. 245. La marcación del texto es propia. La pregunta por el deseo del experimentador, del Otro en el caso del niño, será crucial para la constitución del sujeto, y su ausencia, la ausencia de dicha pregunta, resultará clave para la aparición de lesiones o trastornos psicosomáticos.

<sup>28</sup> *Ibid.* p. 254. La marcación del texto es propia.

<sup>29</sup> Surgen en este punto nuevas complicaciones teóricas, por cuanto la posibilidad de interrogar el sujeto el deseo del Otro, abre a la posibilidad lógica de constitución del fantasma. Vemos aquí nuevos interrogantes acerca de la relación entre los fenómenos psicosomáticos y la lógica del fantasma. Nos animamos a pensar que los fenómenos psicosomáticos quedan en cierta medida por fuera del fantasma, o al menos resultan como un punto destejido con respecto al resto de la trama -como aquellos puntos que en un tejido se sueltan, quedando allí un desentramado de los hilos-.

la lógica de la alienación y la separación, constitutiva del sujeto. En esta dirección, en el capítulo XVII Lacan señala que aunque lo psicosomático no es un significante, sólo es concebible:

“en la medida en que la *inducción significativa* a nivel del sujeto ocurrió de una manera que no pone en juego la *afánisis* del sujeto. (...) Sólo en la medida en que una necesidad llegue a estar involucrada en la *función del deseo* podrá concebirse lo psicosomático como algo distinto a la monserga que consiste en decir que lo que sucede en lo somático tiene una réplica psíquica”.<sup>30</sup>

En este sentido, lo psicosomático implicará la intervención del deseo aunque sin la función de *afánisis* del sujeto<sup>31</sup>. Detengámonos en sus implicancias.

Según el seminario de referencia, la constitución del sujeto se origina a partir de la estructura misma del significante, basada en la *función de corte*. Plantea Lacan que la relación del sujeto con el Otro se genera en un proceso de hiancia tal que al producirse en el campo del Otro, el significante hace surgir el sujeto de su significación; más sólo actúa como significante anclando, petrificando al sujeto a no ser más que un significante. Se trata del movimiento de *afánisis* o desaparición, en tanto el sujeto se manifiesta en un movimiento que lo hace desaparecer bajo el significante, se ‘hace presente’ desapareciendo en este paradójico desvanecimiento.

La relación del sujeto con el Otro es entendida entonces como un *proceso de borde*, circular y asimétrico, a partir de dos operaciones. La primera operación en juego es la *alienación*, operación fundante del sujeto que lo constriñe a aparecer sólo en una división tal, que si aparece de un lado como sentido producido por el significante, del otro aparece como afánisis. La *segunda operación* en juego articula una circularidad y una torsión. Si en el primer tiempo opera un vel de reunión, en el segundo se pondrá en juego un *vel de intersección o producto*; allí se producirá una *separación* a partir del encuentro con la falta en el Otro, que el sujeto leerá en los intervalos del discurso del Otro. El sujeto situará en los intervalos de la estructura significativa el deseo del Otro, iniciándose el movimiento del deseo.

Estos desarrollos nos permiten pensar que si en los fenómenos psicosomáticos se pone en juego el significante pero sólo en tanto holofraseo del S1 y el S2, no sólo la afánisis se verá obstaculizada, sino más puntualmente la operación

---

<sup>30</sup> Lacan, J., *op. cit.* p. 235. En el capítulo que mencionamos, Lacan señala la función del número como pura frecuencia, y su incidencia en los experimentos pavlovianos.

<sup>31</sup> Dedicaremos luego en un capítulo específico sobre este punto.

de separación, por cuanto el sujeto no podrá ‘leer’ una hiancia que habilite el movimiento deseante. En esta misma dirección, ‘lo monolítico’ se vislumbrará no sólo en la cadena significativa -en tanto holofrase- sino en la relación del sujeto al Otro -en tanto impedimento de separación-.

Algunas observaciones clínicas nos orientan en esta dirección:

“Si se examinan las circunstancias de desencadenamiento de los fenómenos psicosomáticos, por ejemplo de las crisis de rectocolitis hemorrágica, se comprueba que son acontecimientos bastante diversos: separación, duelo, examen, compromiso, cruce de fronteras, etc., pero que tienen como punto en común la imposición de una pérdida, la instauración de un límite; dicho de otro modo, ponen en juego la significación fálica (V. Nusinovici). Muy a menudo, la respuesta somática a este acontecimiento castratorio no ha sido precedida por una angustia, señal que se desencadena en presencia del deseo inconsciente, ni por una vacilación, sino solamente a veces por un pensamiento obsesivo, sin límite, sin corte. Esta ausencia de angustia es tanto más significativa cuanto que el mismo sujeto puede experimentarla en otras circunstancias.”<sup>32</sup>

Esta cita nos permite señalar -de modo muy general pues no implica singularidad alguna- que cierto límite que no ha operado justamente en tanto función de separación. La ‘ausencia de angustia’ señalada, ¿no indica justamente una imposibilidad de registro de la separación? La “imposición de una pérdida”, ¿no actualiza justamente aquélla que no ha sido inscripta en la dialéctica del sujeto?

Siguiendo con los aportes de Jacques Lacan, en el *Seminario XX*<sup>33</sup>, planteará el desanudamiento del nudo borromeo cuando alguno de sus redondeles es retirado, deshaciéndose así toda la cadena. Si por acción de la forclusión el Uno se ha retirado de la cadena significativa -Uno en tanto elemento que cohesiona la cadena y reúne el conjunto de la misma- toda la cadena se deshace. Si el Uno del elemento es también el Uno que da unidad a la cadena, cada uno de estos elementos puede tomar la función de Nombre del Padre; se entendería así por *forclusión* el retiro de ese Uno a la cadena significativa. En este sentido, Lacan ha puesto aquí en serie la

---

<sup>32</sup> Chemama, R. y otros, *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital. La marcación del texto es propia.

<sup>33</sup> Lacan, J., *El Seminario. Libro 20. Aun* (1972/1973), Ed. Paidós, Buenos Aires, 1998.

psicosomática con la psicosis; la holofrase también conllevaría una forclusión porque se trataría de un Uno que se le ha retirado a la cadena, quedando por tanto fuera de discurso.

Desde esta línea de indagación, el Uno de la psicosomática en particular debería ser situado en el ámbito de la repetición biológica, en la frecuencia y en los ciclos de comportamiento de los órganos, entendido como un segmento de lenguaje forcluido que ha afectado la regularidad del funcionamiento de algún órgano, lesionándolo.

Años más tarde, en la *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma*<sup>34</sup> (1975), Lacan responderá acerca de los “pacientes psicosomáticos”:

“Finalmente, es de todos modos del orden de lo escrito. En muchos casos no sabemos leerlo. Tendría que decir aquí algo que introdujese la noción de escrito. *Todo sucede como si algo estuviese escrito en el cuerpo*, algo que nos es dado como un enigma”.<sup>35</sup>

En tal sentido, indica que el fenómeno psicosomático se asemeja más a un *jeroglífico* que a un grito. Insiste en esta observación el estatuto de la escritura, de la inscripción más que un llamado al otro. A su vez, la idea de jeroglífico parece indicar un modo muy particular de combinatoria y de desciframiento, una particular “configuración del rasgo”.

Lacan plantea aquí que la palabra hace su brecha mediante el escrito:

“(…) el escrito de lo que se llama las cifras, porque no se quiere hablar de números. (...) Alrededor del rasgo unario gira toda la cuestión de lo escrito”.<sup>36</sup>

Ubicará al síntoma como un Uno de goce fuera del inconsciente, como una letra que hace “*fixion*”<sup>37</sup>, con lo cual se percibe la estructura de aquel como semejante a la del fenómeno psicosomático, en tanto que ambos están del lado del Uno de goce. Se señala aquí, entre el síntoma y el fenómeno psicosomático, un punto en común en

---

<sup>34</sup> Lacan, J., “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma”, *Intervenciones y textos 2*, Editorial Manantial, Avellaneda, 1993.

<sup>35</sup> *Ibid.* p. 137. Las cursivas son nuestras.

<sup>36</sup> *Ibid.* p. 139. Las cursivas son nuestras.

<sup>37</sup> Lacan indica en los fenómenos psicosomáticos cierta fijación, *Fixierung*. La intervención analítica debería apuntar a revelar el goce específico, a “darle sentido a aquello de lo que se trata”.

lo que respecta al escrito: “el cuerpo se deja llevar a escribir algo del orden del número”, “el cuerpo, en el significante hace trazo, y trazo que es un Uno”. Pero a pesar de este punto común entre ambos, la diferencia o especificidad de cada uno debería evaluarse a nivel del goce.

Al respecto podemos puntualizar que el fenómeno psicossomático es del orden del escrito (punto de encuentro con el síntoma), hay un goce específico que lo sostiene (diferente del síntoma) y se encontraría anclado en lo Imaginario. Pareciera entonces situarse una diferencia sustancial en lo que al síntoma respecta, puesto que el fenómeno psicossomático se plantearía como una imaginarización de lo simbólico. Y es justamente al nivel de ese goce específico que Lacan nos invita a interrogarnos, advirtiendo que:

“Es por ese sesgo, por la revelación del goce específico que hay en su fijación, como siempre debe tenderse a abordar al psicossomático. En esto podemos esperar que el inconsciente, *la invención del inconsciente* pueda servir de algo. Lo que esperamos es *darle el sentido de aquello de lo que se trata*”.<sup>38</sup>

Nos interesa esta cita porque indica que la cura debería orientarse a la ‘invención del inconsciente’ allí en el punto de la afección psicossomática. Esto implica que en dicho punto el inconsciente no opera en su lógica de inscripción y reinscripción, hay que inventarlo allí donde no lo hay.

En el inicio de esta conferencia, Lacan señala cierta ligadura entre el pensamiento - en tanto envasamiento en lo imaginario- y el cuerpo, en la medida en que la imagen del cuerpo captura al hombre, haciendo que éste corporeifique el mundo que lo rodea. Así mismo, indica que el cuerpo adquiere su peso por la *mirada*, sobre lo cual se arraiga el pensamiento.

Estos señalamientos nos llevan a interrogarnos acerca de la especificidad del término ‘imaginario’ en este contexto, para poder desplegar la afirmación de que el fenómeno psicossomático se plantearía como una imaginarización de lo simbólico. Cabe recordar aquí una cita precedente en la que el mismo Lacan señalaba que ‘las relaciones psicossomáticas se sitúan a nivel de lo real’<sup>39</sup>. Vemos pues que en los

---

<sup>38</sup> Lacan, J., *op. cit.* p. 139. Las cursivas son nuestras.

<sup>39</sup> Lacan, J., Seminario II *El yo en la teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica*, clase 8, del 26/01/55, versión digital.

movimientos de la elaboración conceptual se abren ángulos diversos para la interrogación sobre estas afecciones psicosomáticas.

Otro punto a pensar sobre esta conferencia es la prevalencia, en los fenómenos psicosomáticos, de la ‘cifra’ por sobre la del ‘número’. ¿Se trataría del mismo estatuto que le otorgara en el *Seminario XI* en el que plantea la función del número como pura frecuencia?

Atendiendo a la problemática del goce, como otra de las puertas de ingreso al tema, los textos de Lacan nos conducen a señalar dos modos: “*jouis-sens*” en la intersección de lo imaginario y lo simbólico, y “gocce del Otro” en la intersección de lo imaginario del cuerpo con lo Real. Este goce del Otro se situará fuera de lo simbólico, pero no fuera del cuerpo, mientras que el goce fálico se situará fuera del cuerpo pero no fuera de lo simbólico. Así como el síntoma fija el goce fálico en una letra que ex-iste al inconsciente, el fenómeno psicosomático fija con un trazo (número) el goce del Otro, un goce otro que fálico, constituyendo un cuerpo otro. El fenómeno psicosomático esquivaría en este sentido al Otro del significante, pero no así al cuerpo Otro.

Si “el Otro, es el cuerpo” <sup>40</sup>, el Otro está en cuestión en el fenómeno psicosomático, pero lejos de ser el lugar del Otro que puede ser ocupado por otro sujeto, este Otro es el cuerpo propio. Se perfila aquí la distinción en la cual el síntoma funciona como insignia del sujeto, mientras que el fenómeno psicosomático opera como estigma - en la ambigüedad del término, como señal y como lesión- del Otro, en el cuerpo como Otro.

---

<sup>40</sup> “No es con el goce propio de un cuerpo, en tanto el goce lo define, un cuerpo es algo que puede gozar, solamente se lo hace aparecer como la metáfora del goce de otro (...) la función del cuerpo, lo hemos repetido siempre, es ser el lugar del Otro”. Jacques Lacan, *El Seminario, Libro XIV, La lógica del fantasma*, clase del 7 de junio de 1967, versión digital.

#### IV- ESTADO DE LA CUESTIÓN

A partir de la obra de Freud y de Lacan, en la actualidad varios autores han abordado la cuestión de las afecciones psicosomáticas, aunque en algunos casos de modo tangencial. Nos detendremos en aquellos que consideramos aportan ciertos avances o que proponen una perspectiva propia.

##### **La perspectiva de Sami-Ali**

##### Criterios generales sobre lo psicosomático

En su texto *Pensar lo somático. El imaginario y la patología*<sup>1</sup>, este autor explicita su criterio acerca del tema que nos ocupa. Detallaremos algunas de sus consideraciones.

En el texto de referencia, el eje teórico se ubica en la noción de lo imaginario en tanto función que se actualiza por oposición a lo real, y que determina positiva o negativamente, todo el funcionamiento psicosomático. Lo imaginario se actualiza en una serie ininterrumpida de fenómenos que corresponden al sueño, el delirio o el fantasma – en tanto variantes del sueño fuera del reposo-. En ellas, se proyecta una subjetividad por intermedio de un cuerpo entendido como esquema de representación, constituyendo así un espacio, un tiempo y un objeto; el cuerpo subyace a toda representación.<sup>2</sup>

El autor señala tres modalidades de la somatización -lo figurado, lo literal y lo neutro- como modos de relación con lo imaginario, que implicarían diversas formas patológicas, en tanto fallas en la función de lo imaginario. Lo figurado indicaría el fracaso de la represión en un sentido análogo a la psicopatología freudiana; el éxito de la represión daría cuenta de la patología de la adaptación, en donde predominan lo literal y lo neutro; una tercer forma mostraría la oscilación entre el fracaso y el logro de la represión. Dentro de estas posibilidades, la

---

<sup>1</sup> Sami-Ali, *Pensar lo somático. Imaginario y patología*, Paidós, Buenos Aires, 1991.

<sup>2</sup> Estaremos atentos a esta idea para sondear si el cuerpo sería, para este autor, un dato primero. De todos modos, se indica aquí una relación entre el cuerpo y una inscripción, tema de nuestro interés.



somatización es el resultado de factores internos y de una determinada situación sin salida.

Se propone un modelo multidimensional, compuesto por doce pares conceptuales:

1. Cuerpo real-cuerpo imaginario.
2. Sentido primario- sentido secundario del síntoma orgánico.
3. Imaginario (proyección) – banal (ausencia de proyección).
4. Función psicosomática constituida- función psicosomática en vías de constitución.
5. Regresión – imposibilidad de regresión.
6. Síntoma neurótico o psicótico (formación simbólica) – equivalente orgánico de un síntoma neurótico o psicótico.
7. Represión lograda – represión fallida.
8. Represión de un contenido imaginario – represión de la función de lo imaginario.
9. Impasse superado (psicosis) – impasse no superable (somatización).
10. Causalidad lineal – causalidad circular.
11. Somatización reversible – somatización irreversible.
12. Pasaje de lo psíquico a lo somático – pasaje de lo somático a lo psíquico.

El cuadro precedente se fundamenta en ciertas correlaciones entre proyección y somatización:

- a. positiva, dando lugar en la conversión histérica a una psicopatología por exceso de lo imaginario.
- b. Negativa, por una falta de lo imaginario.

Así, para el autor, *toda somatización implica una falla, por falta o por exceso, de lo imaginario*. Sin embargo, la somatización no histérica, implicaría un impasse, una estructura lógica de contradicción sin salida análoga a lo impensable psicótico; establece entonces un lazo de *afinidad entre las psicosis y la somatización*, cuestionando la noción de “neurosis de órgano”.

Citemos al autor:

“Teniendo en cuenta la diversidad de los fenómenos de somatización, que constituyen *aspectos de un mismo proceso psicosomático*, el modelo aquí propuesto distingue tres niveles de somatización que van de lo visible a lo invisible, de lo

localizable a lo ilocalizable, de la superficie a las profundidades: lo figurado, lo literal y lo neutro. *Grados de pasaje* del cuerpo imaginario al cuerpo real, pasaje que no significa que haya dos entidades corporales distintas, sino dos funciones dialécticas que hacen aparecer al cuerpo bajo el ángulo de lo imaginario y de lo real, según que esté o no llevado por la proyección”.<sup>3</sup>

Esta cita parece condensar las ideas del autor, situando las diferentes afecciones del cuerpo en una *continuidad* fundamentada en los avatares de la proyección. Continuidad que se ve reflejada ya en los títulos de los diversos capítulos, en los que figura la idea de una “teoría psicosomática”. Para este autor, no se tratará ya de “fenómenos psicosomáticos” sino de una teoría que engloba o aúna todas las afecciones del cuerpo. Creemos, en este sentido, que al hacer una teoría psicosomática en lugar de una lectura psicoanalítica de un fenómeno, corre el riesgo de perder de vista cierta especificidad de dichos fenómenos. Así mismo, se pierde la especificidad psicoanalítica de la noción de inconsciente en la medida en que el autor propone entender al ser humano en tanto “unidad psicosomática”.<sup>4</sup>

### Sobre la histeria

En el capítulo destinado a la histeria<sup>5</sup>, el autor considera que así como en la imagen del sueño, el síntoma histérico expresa lo verbal por medio de lo figurativo, tal que el cuerpo histérico materializa significaciones que él mismo crea por proyección. La histeria implica así, el *fracaso de la represión de lo imaginario y el retorno de lo reprimido*, distinguiéndose de la somatización no histérica en la que se pone en juego el éxito de dicha represión.

La histeria, nos dice el autor, compromete al cuerpo imaginario como transposición fantasmática del cuerpo real, basada en una representación visual de la lengua hablada. Así, la representación es equiparable a una proyección que mediatiza la relación del sujeto con el objeto y con el cuerpo, dando lugar a la *imagen del cuerpo* entendida como el ser mismo del sujeto encarnado como ser imaginario.

---

<sup>3</sup> Sami-Ali, *op. cit.* p. 30. Las cursivas son nuestras.

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 60.

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 53.

Nos interesa detenernos ahora en un pasaje, en el cual el autor hace referencia un caso. Se trata de B., joven mujer que en un momento del análisis padece una anorexia histérica. Sami-Ali indica allí que dicha anorexia expresa el deseo de castrar a la madre castrándose, de vengarse de ella por haberla privado definitivamente del padre:

“La problemática fálica en B. hace entrever de entrada que el cuerpo y el sueño pertenecen a la misma esencia imaginaria. Así, en un sueño B. le muestra a su analista unas estrías en el muslo. Y asocia: estrías (*vergetures*) = vergas duras (*verges dures*). Es el cuerpo imaginario el que mediatiza este juego de palabras”.<sup>6</sup>

Vemos aquí, que el autor parece equiparar la noción de lo imaginario a lo que desde nuestro marco teórico (Freud – Lacan) indicamos como simbólico. En este sentido, la lectura que lleva a cabo del caso se corresponde con la perspectiva freudiana. Sin embargo, insiste en considerar dos registros (real e imaginario) y dos procesos (somatización y proyección) como determinantes de las posibilidades del sujeto. Creemos que en este punto, en ciertos pasajes tiende a simplificar el análisis de los casos para justificar la validez de los argumentos teóricos.

### Sobre las psicosis

En el capítulo referido a la *psicosis*, el autor centra su argumentación en la *represión lograda sobre la función misma de lo imaginario*, y no ya sobre un contenido determinado como sucedería en la histeria. En este caso, el cuerpo se transformaría en un cuerpo funcional cuya subjetividad se encuentra oculta por la prótesis en que se ha convertido. Esta *patología de la adaptación* predispone a somatizaciones despojadas de valor expresivo y relacionadas con el cuerpo real, de sentido simbólico secundario.

Nos interesa detenernos especialmente en el apartado sobre “*alergia-psicosis*”. Considerado como síndrome psicósomático por excelencia, la alergia podría manifestarse en forma esporádica como respuesta a situaciones extremas o en forma permanente como modo de relación con el mundo. Este último caso sería propio de la *personalidad alérgica*, que se organiza en el límite entre lo psíquico y lo somático para poder *enfrentar permanentemente lo excesivo*.

---

<sup>6</sup>*Ibid.* p. 66.

“Igual y diferente de sí, el mundo de la alergia se despliega en convivencia con el cuerpo a una profundidad donde puede discernirse lo elemental de una relación con el afuera y el adentro, al mismo tiempo que una proximidad donde todo lo que sucede, sucede en el cuerpo. (...) Aquí está en juego esta presencia demasiado fuerte de lo que el cuerpo mediatiza y sitúa afuera como *tentativa de crear una distancia allí donde cuesta hacerlo. Distanciar, distanciarse, es también introducir, en esta masa equívoca formada por el cuerpo y el mundo, una diferencia, un límite, una polaridad*”.<sup>7</sup>

Este párrafo pone de relieve un punto que creemos importante en cuanto a los FP. En la alergia, nos dice Sami-Ali, hay una tentativa de introducir una *diferencia en una masa equívoca*. En este sentido, la idea se relaciona con el planteo de Lacan acerca de los FP: la holofrase como “masa equívoca” entre S1 – S2 y la necesidad de introducir una diferencia parecen nodales en los FP.

Otra cita de Sami-Ali parece conducirnos en esta misma línea:

“Ahora bien, toda alergia es un cuestionamiento de lo que es uno mismo y lo que no es uno mismo. *Cuestionamiento de la raíz del ser justo antes de la bifurcación en sujeto y objeto*”.<sup>8</sup>

Siguiendo esta línea de pensamiento, el cuerpo en la alergia no es el cuerpo erógeno de la histeria, pues las somatizaciones alérgicas no se delimitan en tanto zonas erógenas. Para este autor, entonces, la alergia es una afección en la que cierta “bifurcación” no parece haber operado, *bifurcación en sujeto y objeto*. En términos de Lacan -según el planteo del Seminario XI<sup>9</sup>- bifurcación / separación entre el sujeto y el Otro, con la consecuente caída del objeto *a* en tanto resto de la operatoria. Esta cita de Sami-Ali parece indicar un momento lógico en la constitución subjetiva “anterior a”, “antes de” que cierta diferencia se inscriba. Esta es una hipótesis que nos interesará trabajar a lo largo de la tesis, a partir de otros recursos teóricos que desplegaremos en capítulos venideros, pero que creemos importante señalar aquí. Si bien en ciertos momentos del planteo, Sami-Ali prioriza la justificación de su modelo teórico, en otros la riqueza clínica permite interrogar y formular caminos posibles para nuestra tesis.

---

<sup>7</sup>*Ibid.* p. 108. Las cursivas son nuestras.

<sup>8</sup> *Ibid.* Las cursivas son nuestras.

<sup>9</sup> Lacan, J., *Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1991.

Sami-Ali señala que la alergia es ante todo una disfunción del sistema inmunológico, que fabrica anticuerpos frente a algo que en realidad no amenaza al organismo. En dicha modificación del funcionamiento convergen a su vez el terreno alérgico y la relación precoz madre-hijo; estas condiciones subyacen a la diversidad de los órganos atacados en los que se fijan los anticuerpos, dando lugar a la “ilusión del sentido ligado a la localización”.<sup>10</sup> De este modo, *el sentido de la somatización alérgica* – en referencia al sentido del síntoma en la histeria- *sólo puede ser secundario*, “debido a la pura extrapolación e indicador del punto de llegada, y no de partida, de un funcionamiento cuyo origen está en otra parte”.<sup>11</sup> Para Sami-Ali entonces, *los fenómenos alérgicos no poseen un sentido primario sino secundario*, diferenciación que creemos fundamental en su distinción de la erogeneidad histérica:

“El sentido simbólico de un órgano no interviene en modo alguno en la etiología de la alergia, en la “elección del órgano” como blanco. (...) En la alergia, el sentido simbólico remite a los sentidos del cuerpo, y éstos al funcionamiento biológico. Sin embargo, si bien el funcionamiento revela, en el nivel del sistema inmunológico, una anomalía característica, ésta se produce en un *contexto relacional cuyo prototipo es la relación precoz madre-hijo*. (...) De manera que aunque el síntoma alérgico se refiera apenas a una significación simbólica que, por otra parte, existe, pero en una primera aproximación sigue siendo sin embargo el índice de *lo que se anuda y se desanuda en el cuerpo entre uno mismo y el prójimo, la huella de una relación infrasimbólica fundamental que preexiste a los términos que supuestamente enlaza*”.<sup>12</sup>

Estas indicaciones apuntan a señalar que la cuestión del sentido en los FP se pone en juego secundariamente, sobre un nudo previo en el cual la relación precoz madre-hijo es el prototipo, y en la que lo simbólico no parece haber logrado todo su estatuto operatorio. Al respecto, creemos que estas observaciones podrán ser retomadas a la luz del Seminario XI de Lacan, considerando la alienación y la separación en la constitución del sujeto. *Relación infrasimbólica*, dando a entender quizás que no opera allí lo simbólico, ni siendo posible en su abordaje clínico hacia el significante y el sin sentido; en esta dirección, las afecciones alérgicas no podrían ser interpretadas en el sentido freudiano del término. Vemos que estas afecciones

---

<sup>10</sup> Sami-Ali, *op. cit.* p. 109.

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 109.

<sup>12</sup> *Ibid.* pp. 109-110. Las cursivas son nuestras.

plantean interrogantes acerca de la modalidad de su tratamiento posible, cuestión que retomaremos más adelante.

Sami-Ali señala, así mismo, que los alergenicos (sustancias que determinan la producción de anticuerpos específicos) no poseerían significaciones simbólicas sino que son equivalentes biológicos de dichas significaciones, y por ende, algo general que refleja el clima de la primera relación madre-hijo. Toda perturbación precoz se impregna de dicho clima, y las funciones fisiológicas elementales están mediatizadas por una figura materna que configuraría la matriz del *superyó corporal*.<sup>13</sup>

Así, los alergenicos, componentes materiales de dicho clima, trazarían una frontera entre uno y el prójimo, y corresponderían al cuerpo materno considerado en su diferencia. La alergia tendría entonces como función la *demarcación* entre un adentro y un afuera, dándole a dicha afección un carácter espacial.

Podemos penar, a partir de los señalamientos de Sami-Ali, que la alergia es un *intento de trazar una demarcación o separación* entre dos espacios, adentro / afuera, cuerpo del niño / cuerpo de la madre, o quizás goce del niño / goce de la madre.

Para Sami-Ali, todos los índices mencionados señalan un interrogante acerca de la identidad personal, ligada al origen de la subjetividad, “que no agotan ni el nombre ni el sexo”.<sup>14</sup> Un nuevo señalamiento que parece conducir la problemática de la alergia a los primeros tiempos de la constitución subjetiva.

---

<sup>13</sup> En el apartado referido al hospitalismo y al autismo, Sami-Ali señala que la somatización de la “depresión anaclítica” no es de carácter simbólico, como sucede en las neurosis en las que se pone en juego un cuerpo imaginario y sus zonas erógenas; por el contrario, en estas depresiones de niños pequeños separados por un largo tiempo de su madre, se presenta un impasse, conflicto insoluble que golpea al cuerpo real. Lo que caracteriza a la somatización en este caso, así como en el hospitalismo, es su correlación negativa con lo imaginario. Sami-Ali logra vincular la función materna, implicada en sus falencias en el autismo y el hospitalismo, con la noción de superyó corporal, en tanto el contacto entre la madre y el niño es sustituido por imperativos o reglas de funcionamiento: “De modo que la madre, que deja de estar a tono con el niño, se transforma en superyó corporal y sustituye las vivencias subjetivas por los esquemas adaptativos más triviales y los intercambios relacionales por comportamientos socioculturales estereotipados (“números”, “respuestas condicionales”). (Sami-Ali, *Pensar lo somático. Imaginario y patología*, Buenos Aires, Paidós, 1991 (1987), p. 143. Se trata de la acción deletérea del superyó corporal, que prohíbe la subjetividad prohibiendo lo imaginario que podría atravesar el cuerpo.

<sup>14</sup> *Ibid.* p. 112.

En este punto de su desarrollo, Sami-Ali analiza -a partir de los planteos de Spitz- la cuestión del rostro en la relación madre-niño, y la *captación de la diferencia*<sup>15</sup>:

“(…) todo ocurre como si el niño debiera *afrentar inopinadamente la diferencia*, la cual, pase lo que pase, *no puede existir*. Así, la diferencia se torna irreductible de una situación que presenta todas las características del impasse y que determina la emergencia de lo otro como otro, tanto en sentido psíquico como inmunológico. Una sola y misma lógica regula estos dos niveles, oponiendo radicalmente uno mismo a uno no mismo, *con exclusión de la posibilidad de un tercer término*”.

Estos párrafos citados, ¿no parecen plantear acaso una contradicción teórica? Por un lado se plantea<sup>16</sup> a la alergia en tanto un intento o tentativa de crear una distancia allí donde cuesta hacerlo; más adelante<sup>17</sup>, indica que el sujeto se encontrará protegido contra la crisis alérgica tanto tiempo como se mantenga lo idéntico. Ahora bien, ¿se trata de una contradicción teórica, o, más bien, señala dos aspectos o lados superpuestos en la afección alérgica: marcar una diferencia y a la vez intentar anular toda diferencia? Estas cuestiones nos resultan fundamentales, pues dejan en claro que la dificultad, o quizás imposibilidad, de registro de la diferencia es central en estas afecciones.

En referencia al título de un apartado en el libro -“Alergia – psicosis”- el autor parece plantear una suerte de oscilación clínica entre ambos, como modos de asumir “lo impensable”, y en una relación de negatividad: la alergia como lo negativo de la psicosis. El autor relata fragmentos de casos clínicos en los cuales la desaparición de afecciones alérgicas dio lugar al surgimiento de la “elaboración psicótica”: “la psicosis triunfa allí donde fracasa la alergia (...) convirtiendo lo contradictorio en idéntico.”<sup>18</sup> La relación posible entre alergia y psicosis merece un tratamiento especial, que requeriría a su vez despejar las afecciones hipocondríacas en su especificidad. Creemos que si bien existen puntos de vinculación entre alergia y psicosis, no puede sostenerse la relación de negatividad entre ambas, en la medida en que la alergia se presenta a su vez en otras estructuras clínicas.

---

<sup>15</sup> *Ibid.* pp. 112-115.

<sup>16</sup> *Ibid.* p. 108.

<sup>17</sup> *Ibid.* p. 114.

<sup>18</sup> *Ibid.* p. 118.

## Sobre la intervención del analista

En este punto, nos interesa señalar algunos pasajes del libro que venimos analizando, pues permiten interrogar los modos y los efectos de la intervención del analista en la dirección de la cura.

Sami-Ali relata cómo a partir de ciertas intervenciones del analista, se producirían episodios de somatización<sup>19</sup>. Se trataría de episodios de somatización en el cuerpo real, durante un análisis, por efecto de la interpretación, que suspendería en forma momentánea lo imaginario. Dicha suspensión provocaría una regresión o pasaje del cuerpo imaginario al cuerpo real como reproducción de un estado anterior. Cabe preguntarse acerca del estatuto de dicho “pasaje al cuerpo real”. ¿Se trataría de una respuesta a una interpretación o más bien de una ausencia de interpretación? ¿Cuál es la lógica de una interpretación tal que provoque una afección somática?

“En ciertos momentos decisivos, imprevisibles, que la interpretación determina al volver inoperante un funcionamiento caracterial convertido en la actitud adaptativa predominante, asistimos a un cambio súbito de la sintomatología: de psíquica se transforma en somática (...) (como si) la interpretación viniera a crear un impasse (...)”.<sup>20</sup>

Sami-Ali puntualiza que la somatización en transferencia da cuenta de una actualización que implica una situación histórica, a la que restituye como proceso de repetición dentro de una óptica abierta, de modo tal que el síntoma físico conservará el misterio de su origen, pero “integrándose en un *contexto relacional que le otorga sentido, un sentido retrospectivo que se añade a posteriori pero que no es su origen*”.<sup>21</sup>

Se trataría entonces de dos movimientos distintos. Por un lado, ciertas intervenciones del analista que generan una afección somática no conversiva; por otro lado, el trabajo analítico podría favorecer la construcción de un sentido de las afecciones somáticas en transferencia. En este segundo caso, se trataría de un sentido *añadido*<sup>22</sup>, se trataría pues de una intervención por la vía de la construcción por su sentido histórico y no por la vía de la deconstrucción hacia el sin-sentido

---

<sup>19</sup> *Ibid.* p. 163.

<sup>20</sup> *Ibid.* p.162.

<sup>21</sup> *Ibid.* p. 165. Las cursivas son nuestras.



significante. Se añade un sentido como si se ensamblara allí “tardíamente” algo del registro simbólico que permitiría, en transferencia, otros caminos o vías.

A partir de un caso clínico, (Tarek), en el que la histeria coexiste con el asma, Sami-Ali señala que “el problema y su solución se insertan así en una *historia inscrita en el cuerpo* y que recomienza, sin encerrarse en sí misma, en el plano transferencial”.<sup>23</sup>

De esta cita, nos interesa remarcar la idea de que algo de esa historia se inscribe en el cuerpo. Vemos así, que el tema de la escritura resulta central. Nada dice Sami-Ali acerca de la especificidad de dicha escritura, tema que retomaremos a partir del aporte de Lacan.

En un texto posterior<sup>24</sup>, Sami-Ali expone varios casos, de los cuales mencionaremos al de una niña de 4 años (caso Natalia), que padece de tos asmática, resfríos, y que presenta una estructura alérgica.<sup>25</sup> El autor indica una doble fijación temprana entre la madre y la niña, que resulta en una suspensión del proceso evolutivo; la crisis alérgica estalla cuando se hace imposible mantener indefinidamente la *identificación* al rostro de la madre. En este punto, la actividad imaginaria llega al límite, pues no puede cerrarse ni abrirse, dando en un callejón sin salida que facilitaría la somatización al mantener al sujeto en una *fijación psicosomática*.

Marcamos ciertos términos de la elaboración – *identificación, fijación*- pues nos parecen centrales para ser retomadas en elaboraciones posteriores.

Así mismo, la intervención del analista en el caso de esta niña, nos parece interesante para ser interrogada. El analista “interpreta” la situación edípica a partir del dibujo y de la tos de la niña, luego de lo cual se manifiestan claramente las fantasías. Se nos dice que lo imaginario se desborda, por su gran producción, y que lo imaginario ocupa aquí el lugar de la somatización.

El caso de Nicolás, un niño de 10 años que presenta asma y comportamientos de manía o agitación difusa, le permite al autor señalar que la manía, equivalente

---

<sup>22</sup> Nos interesa el término *añadidura* desde la perspectiva de J. Derrida, como aquello que agrega y quita a la vez, aunque no aparece este sentido en la perspectiva de Sami-Ali.

<sup>23</sup> Sami-Ali, *op. cit.* pp. 173-174. Las cursivas son nuestras.

<sup>24</sup> Sami-Ali, *Cuerpo real, cuerpo imaginario. Para una epistemología psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 1977.

<sup>25</sup> *Ibid.* p. 93.

sintomático de la alergia, permite una “(...) identificación masiva con el objeto materno, que es a la vez pecho e instancia superyoica (...) llega a *suprimir una distancia* que, aunque mínima, se mantiene aún en la organización alérgica, que es frágil por cuanto depende del mismo objeto materno todopoderoso”.<sup>26</sup>

Esta breve reseña nos permite resaltar nuevamente la cuestión de la distancia, tema en torno al cual parece girar la problemática psicosomática; distancia que en tanto ausente en su función simbólica, nos permitirá repensar en la idea de holofrase propuesta por Lacan<sup>27</sup>.

Sami-Ali indica que la situación maníaca tiene, en este caso, el mismo valor sintomático que la alergia, pues se apoya en una situación edípica de la cual el padre está excluido realmente, lo que implica una dificultad para superar el conflicto y una regresión a una relación dual con la madre, favorecida por el asma.

En este punto -tal como se señala en los dos casos clínicos mencionados- se liga la afección psicosomática a la situación edípica en donde el padre aparece excluido; sin embargo nos interesa recordar que en el texto antes detallado de este autor, los fenómenos psicosomáticos parecían conducir a una problemática pre-edípica. Creemos importante retomar luego estas cuestiones.

## **La perspectiva de Jean Guir**

Jean Guir<sup>28</sup> indaga las afecciones psicosomáticas a partir de una lectura lacaniana, atendiendo a ciertos factores que provoquen lesiones corporales, factores que operarían como rupturas de la estructura del nombre propio y su degradación en nombre común, a partir de la propuesta de Lacan de cierta falla en la afánisis del sujeto.

---

<sup>26</sup> *Ibid.* p. 98. Las cursivas son nuestras.

<sup>27</sup> Trataremos este punto en otro apartado.

<sup>28</sup> Guir, J., *Psicosomática y cáncer*, Editorial Catálogos, Buenos Aires, 1984.

Así mismo, indica la importancia de ciertos “significantes fechables” equivalentes a una cifra real, testimonio de la muerte de un familiar, en tanto estigma de identificación paradójica con él.

Podemos ya preguntarnos en este punto, que estatuto tendría la “identificación paradójica”, y por qué la misma se inscribiría en la lesión y no por la vía histérica de conversión. ¿Se trataría de un modo o de una operatoria fallida en la identificación? ¿Cuál es el “déficit” por el cual el nombre propio en tanto función se degradaría en nombre común?

Para el autor, el órgano afectado se constituye en el representante del Otro sexo, cuyo goce imposible debería asumir el sujeto, dando cuenta pues de una *carencia en la captura del cuerpo en lo simbólico*, pero no en el sentido de una preclusión significativa<sup>29</sup>; el sujeto trataría de sustituir un *defecto en la filiación simbólica* por una filiación con el órgano de su enfermedad. En este sentido, los fenómenos psicossomáticos no incumben a la relación sujeto-objeto; *escapan a las construcciones narcisistas y a la fijeza del fantasma*, pues implican un real en cuya causalidad interviene la inducción significativa de modo tal que *la afánesis del sujeto no funciona*.

Vamos remarcando ciertos temas pues nos interesa interrogarlos. Resulta importante pensar en qué forma una afección del soma, como forma de inscripción del goce, escaparía al fantasma. Aquí cabría pensar entonces en la especificidad del término *fijación* -indicado por Lacan en la *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma*, así como específico en la estructura del fantasma-.

Otro punto interesante es que estos fenómenos ‘escapen al narcisismo’, nos da lugar a interrogar la constitución narcisista y sus avatares.

Valas<sup>30</sup> equipara la respuesta de los perros de Pavlov a los fenómenos psicossomáticos – retomando una indicación hecha por Lacan en el *Seminario XI*-, en tanto un reflejo condicionado a la señal que el experimentador impone o imposición significativa:

“El rasgo no representa el paso del sujeto, él es la marca, el signo mismo de su dependencia mortífera del deseo del Otro, cuyo goce imposible es el principio de la lesión que se engendra en el sujeto a través del dolor”.

---

<sup>29</sup> El término es utilizado por Patrick Valas en el Prólogo del texto de Guir, J., *Psicosomática y cáncer*, Editorial Catálogos, Buenos Aires, 1984.

<sup>30</sup> *Ibid.* p. 8.

En este contexto, el proyecto terapéutico apunta a dar al fenómeno psicossomático, signo de lo real, un estatuto de síntoma por “inmixión” significativa. Vemos aquí el uso de un término que no se desarrolla, pero que no se corresponde ni con la interpretación ni con la construcción.

Guir indica, a partir de la equiparación entre los fenómenos psicossomáticos y las respuestas condicionadas de los perros de Pavlov, el marco de la necesidad en la que se producen; se trata de una situación de dependencia entre el bebé y su madre, en una confusión entre el deseo y la necesidad tal que no se presentaría una verdadera dialéctica del deseo. En este punto Guir utiliza el término “sujeto psicossomático”<sup>31</sup>. ¿Cuál es el estatuto de tal sujeto? ¿Se trata de otro modo del sujeto? ¿No se corre el riesgo de hacer del término “psicossomático” en sí mismo una holofrase?

Para las entrevistas preliminares, Guir propone considerar: el diagnóstico médico, el nombre de la medicación (por su valor significativa), la explicación natural que el paciente hace de su enfermedad (fantasías, recuerdos, proceso de la enfermedad), un registro de la parentela (hasta la 3° y 4° generación) para registrar el linaje y las identificaciones (con especial atención a apellidos, nombres, fechas y afecciones de cada integrante). Estas entrevistas permitirían resultados parciales rápidos, que muestran la operatividad del lenguaje y permitirían al paciente tomar distancia con la lesión.

Guir plantea:

*“Pareciera que en un momento determinado, el significativa impone otra jerarquía a las funciones biológicas, evidenciado así los nuevos fenotipos del cuerpo: respuestas inadaptadas a una deficiencia del lenguaje que recae sobre las zonas menos especializadas del sistema nervioso”*.<sup>32</sup>

Cabe preguntarse entonces, de qué clase de deficiencia simbólica se trata, pregunta que surcará todo el recorrido de esta tesis.

En cuanto a la clínica de los fenómenos psicossomáticos, Guir indica tres tiempos:

1°- un primer tiempo de separación brutal de un ser querido en la infancia.

2°- se repite dicha separación o un conjunto significativa lo recuerda.

---

<sup>31</sup> *Ibid.* p. 14.

<sup>32</sup> *Ibid.* p. 18.

3º- aparece la lesión.

Guir refiere el primer tiempo de la separación a la lactancia; primer traumatismo no dialectizado, en el cual queda una marca como *inducción significativa* sin que el sujeto lo perciba. Cuando un factor de la realidad exterior restituye esa marca no integrada, aparecería la lesión. En este sentido, dicha lesión tendría un estatuto diferente a lo que ocurre en las psicosis, en donde hay un retorno en lo real de un significante forcluido. En el fenómeno psicosomático, se trataría de la *repetición de un traumatismo nunca asumido por la ausencia de un anclaje simbólico del sujeto en su linaje*.

Se privilegian, pues, ciertos significantes que revelan el fenómeno psicosomático:

- fechas (significantes que datan)
- degradación o derrumbamiento del nombre propio a la lectura corriente, soñando con una nueva identidad corporal
- la obligación de ser del sexo opuesto
- significantes implicados en el desencadenamiento del proceso psicosomático; muchas veces holofrases.

El autor señala lo que denomina una topografía o localización topográfica:

- la presencia del mimetismo con otro cuerpo, pero no en espejo; se trataría de la historia del cuerpo del otro tal que “el sujeto se constituye en representante orgánico de una historia de los cuerpos de su linaje, haciéndose eco de la *aberrante inscripción que consignan los significantes de su filiación*”.<sup>33</sup>
- el órgano afectado funciona como robado a otro, e intenta gozar como si perteneciera al otro – trozo del cuerpo de otro-.
- la identificación con otro por medio de una “escritura carnal”.
- La importancia de la pulsión escópica en los fenómenos psicosomáticos cutáneos – la lesión en tanto función de engaño -.

Para este autor, la afección psicosomática, como huella de lo Real, es un sello corporal de la historia familiar, como un modo de filiación “casi-orgánica”:

*“A las fallas que el lenguaje presenta en ciertos puntos del discurso, el cuerpo responde de una manera particular: la naturaleza y localización de estos*

---

<sup>33</sup>*Ibid.* p. 22.

fenómenos en los sujetos revelarán las *verdaderas estructuras elementales del parentesco* en el seno de la familia”.<sup>34</sup>

La pérdida de la identidad simbólica del sujeto sería compensada por una marca. Guir se detiene especialmente en las lesiones en la piel, y particularmente en el rostro. El mimetismo con un familiar da cuenta del lugar de goce de otro. A partir de las teorizaciones sobre el estadio del espejo de Lacan, Guir señala que una falla en dicho estadio se compensa a partir de un “trasplante imaginario”, en una suerte de *“suplencia orgánica” sobre una falla simbólica que modifica el fenotipo del sujeto*.

Creemos que esta hipótesis merece un espacio de análisis detenido, pues nos conduce a pensar en la insuficiencia identificatoria en los primeros tiempos de la constitución subjetiva, línea que nos interesa indagar.

Nos interesa plantear algunos interrogantes sobre la postura de Jean Guir, fundamentalmente a partir de los capítulos en los que presenta casos clínicos.

Una de las cuestiones es sobre del modo de abordar las lesiones psicosomáticas; Guir las aborda en forma directa ya desde las entrevistas preliminares, no “por añadidura” como indica Freud abordar el síntoma. Por otra parte, pareciera que el analista establece lazos genealógicos a partir del señalamiento de ciertos significantes (en general partes de nombres y números); no se trabajaría a partir del establecimiento transferencial o al menos no se alude a ello, como si el analista introdujera ya en el inicio del tratamiento la construcción de un sentido imaginario; ¿nueva compensación imaginaria supletoria? Creemos que los efectos “rápidos” de las entrevistas preliminares oscilan con la sugestión; esto no apunta a desechar la estrategia, pues hay casos límite, de riesgo, que parecen requerir efectos inmediatos; son señalados para poder interrogar la manera de intervención, la lógica de su efectividad. Sabemos, ya desde las experiencias de Bernheim<sup>35</sup> con la sugestión

---

<sup>34</sup> *Ibid.* p. 24.

<sup>35</sup> El médico francés Hippolyte Marie Bernheim (1837-1919), profesor de medicina de la Escuela de Nancy, investigó sobre el uso terapéutico de la hipnosis, en cuyo núcleo situaba la sugestión (influjo psicológico no patológico, análogo al sueño). Realizó numerosos experimentos, como por ejemplo de sugestión posthipnótica, planteando la existencia de una *memoria latente*. “Bernheim provocaba también por medio de la hipnosis *fenómenos físicos, como ampollas en la piel*, y alucinaciones, a las que llamó sueños artificiales”. Ackernelch, E., *Breve historia de la psiquiatría*, EUDEBA, Buenos Aires, 1979, p. 140. Las cursivas son nuestras.

—quien provocaba ampollas en la piel por sugestión hipnótica— que la posición del otro y su palabra pueden afectar el cuerpo no sólo en un sentido metafórico, sino en tanto lesión. Sabemos también de los efectos curativos de la palabra de chamanes<sup>36</sup> y “padres sanadores” por la posición que tienen para el sujeto. Sin descartar estrategias, sería interesante despejar la lógica y los fundamentos de tales intervenciones.

Otro punto a interrogar es el estatuto de la castración al considerar el libro de Fritz Zorn<sup>37</sup>. Guir sostiene que el fenómeno psicosomático emerge en el cuerpo:

“(…) en el lugar de uno de los Nombres del padre que no ha sido y que está obstaculizado por la madre (…). Para nosotros, lo que está en juego no es un Edipo invertido, sino una necesidad de evitar la castración (…). Hay una falla en la función del ideal del yo (imagen paterna)”.<sup>38</sup>

Creemos que este punto merece atención. Según el señalamiento de Guir, hay una falla del Nombre del padre que opera en la metáfora paterna barrando el deseo de la madre, en tanto operación propia del Complejo de Edipo. En los fenómenos psicosomáticos, ¿se trata de eludir la castración en la lógica de la trama edípica? ¿Se trata, pues, del nombre del padre obstaculizado “por” la madre o “en” la madre? ¿No podría pensarse, acaso, que en dichas afecciones se pone en juego una falla pre-edípica en donde la operatoria de la identificación primordial no ha operado en cierto punto? En este sentido, ¿se trataría pues, siguiendo esta última hipótesis, de “Edipo arrancándose los ojos”<sup>39</sup> ante el horror del incesto, o más bien de un niño que engeguece frente a la mirada devoradora de su madre?

En cuanto al planteo de otros autores, Guir efectúa una crítica del llamado “pensamiento operatorio” que se supone propio de los “pacientes psicosomáticos”; para este autor, la ausencia de fantasías es sólo una máscara.

---

<sup>36</sup> Claude Lévi-Strauss indaga este tema en “El hechicero y su magia” y en “La eficacia simbólica”, *Antropología Estructural*, EUDEBA, Buenos Aires, 1980.

<sup>37</sup> Guir, J., *op. cit.* p. 103. Se trata del libro “Mars” en el que Zorn relata sus padeceres psicosomáticos y hace una “teoría” acerca de los mismos. Guir establece relaciones entre la escritura en Zorn y el caso de Joyce, donde la escritura apunta a hacerse un nombre y sostenerse en el Nombre del padre. Por otra parte, Sami-Ali trabaja ese mismo texto de Zorn en *Pensar lo somático. Imaginario y patología*, Paidós, Buenos Aires, 1991.

<sup>38</sup> Guir, J., *op. cit.* p. 108.

<sup>39</sup> Alusión a la lesión de órgano que realiza Jean Guir, *Ibid.* p. 60.

En cuanto a la modalidad de intervención clínica, se diferencia de las psicoterapias que buscan la racionalización, puesto que el psicoanálisis apunta a la aparición de los significantes del sujeto en el curso de un análisis, en el cual quizás se presente la posibilidad de romper la falta de afánisis y de retomar las cadenas significantes que conducen a la castración simbólica para que el verdadero deseo se manifieste.

**Luis Chiozza**<sup>40</sup> plantea que la enfermedad del cuerpo es una formación del lenguaje; en tal sentido, comprender su significación implica cambiarla porque se la incluye en un contexto que la resignifica. Un cambio de significación, es también un cambio de estado, así el enfermo que no cambia es el que no ha logrado comprender.

**Emiliano Galende**<sup>41</sup>, por su parte, expone la tesis según la cual en las condiciones de la vida social actual y en ciertos valores culturales nuevos, se han generado condiciones para el funcionamiento subjetivo que incrementa la perturbación de la relación de los sujetos con el cuerpo y su representación, produciendo un mayor riesgo de enfermedades psicosomáticas.

Desde una perspectiva absolutamente diversa, **Erik Kandel**<sup>42</sup> ha desarrollado investigaciones en el campo de la biología, interesado en el tema de los procesos bioquímicos y neurobiológicos de la memoria. Retomando la perspectiva de Pavlov, realizó experiencias con animales simples, a los que condicionó frente a estímulos eléctricos; descubrió que el estímulo provoca que en la terminal nerviosa una proteína ingrese al núcleo celular, despertando ciertos ‘genes dormidos’ que se expresarán a partir de ese momento. En este sentido, Kandel propone que a partir de un estímulo se produce un cambio en la configuración biológica del animal. Este

---

<sup>40</sup> Chiozza, L., *¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo*, Alianza Ed., Buenos Aires, 1997.

<sup>41</sup> Galende, E., *De un horizonte incierto. Psicoanálisis y salud mental en la sociedad actual*, Paidós, Buenos Aires, 1997.

<sup>42</sup> Kandel, E., *En busca de la memoria. El nacimiento de una nueva ciencia de la mente*, Katz Editores, Madrid, 2008. Por los descubrimientos expuestos en este libro, que entrelaza temas de la más estricta biología con sucesos sociales y motivaciones personales, Kandel ha recibido el Premio Nobel en el año 2000.



planteo es de interés pues da cabida al azar entre los determinantes de la configuración biológica; no se trata de un criterio que resalte la exclusiva determinación genética sino que por el contrario los estímulos - nombre de la presencia del ambiente pero también del experimentador- poseen la capacidad de modificar el funcionamiento del organismo, aún en casos de organismos simples:

“De esta suerte, pese a todas las enseñanzas acerca de que los genes del cerebro gobiernan nuestro comportamiento y son los dueños absolutos de nuestro destino, esos experimentos demostraban que en el cerebro y en las bacterias por igual los genes también son sevidores del medio ambiente. Los acontecimientos del medio son su guía”.<sup>43</sup>

Retomaremos de modo tangencial estos trabajos, a fin de interrogar algunos aspectos de las afecciones psicosomáticas, tales como la inducción significativa.

**Liliana Szapiro y otros**<sup>44</sup>, plantean que en los pacientes afectados por fenómenos psicosomáticos estaría en juego una severa falla de la Función Paterna, y que trabajando en los tratamientos en la línea de una reparación de dicha función, se puede operar sobre la dolencia, manifestándose una atenuación o remisión de la misma. A partir del planteo de Lacan sobre el *sinthome*, entendido como aquello que permite a lo real, a lo simbólico y a lo imaginario mantenerse juntos en el nudo de cuatro, se postula que en caso de que el anudamiento en el nudo de tres haya fallado en dos puntos, el *sinthome* posibilitaría la reparación de la falla a partir de un cuarto toro.

Así, el fenómeno psicosomático podría pensarse en términos de escritura del nudo como un anudamiento diferente de los tres registros, como una escritura de anudamiento lábil donde el Nombre del Padre está en cuestión. Se plantea que la nominación es la operación que posibilita el anudamiento en la estructura por el

<sup>43</sup> *Ibid.* p. 308. Kandel y su equipo se han interesado, además del tema de la memoria a corto y largo plazo, por la atención, el aprendizaje y la conciencia. Como vemos, se trata de temáticas propias de la llamada Ciencia Cognitiva o ‘Nueva Ciencia de la mente’ – tal la nominación de H. Gardner- que en la actualidad tienen un gran desarrollo fundamentalmente en EEUU. El debate entre el psicoanálisis y esta ciencia de la mente acerca del psiquismo es vigente.

<sup>44</sup> Szapiro, L. y otros.: “Acerca de la clínica de las afecciones psicosomáticas. Un aporte desde la orientación lacaniana. Nominación, síntoma y psicosomática”, *Memorias X Jornadas de Investigación*, UBA, Buenos Aires, 2004. Tomo I, p. 106.

sinthome en tanto anudamiento más estable; esta operación articulada al Nombre del Padre es lo que posibilitaría el anudamiento por el cuarto toro. En esta línea de indagación, se indica que la articulación de los tres registros en el nudo, no es la misma cuando la falla en el anudamiento ha sido reparada precariamente por el fenómeno psicossomático, que cuando, a partir de la operación de la nominación, los tres registros se mantienen juntos por el *sinthome*.

**Silvia Amigo** lleva a cabo desarrollos<sup>45</sup> que si bien no se encuentran centrados únicamente en los fenómenos psicossomáticos, nos permiten introducir ciertas conceptualizaciones en torno a la cuestión del cuerpo. A partir de la distinción entre cuerpo y soma, y de la operación de anudamiento entre cuerpo y lenguaje por la intervención de la traza fálica, la autora se interroga acerca de los devenires subjetivos a partir de los posibles “accidentes de la entrada del lenguaje en el sujeto”.

“El soma o cuerpo biológico, base material sobre la que asienta lo real de la vida, debiera quedar afuera para el psiquismo desde el momento en que la identificación primaria –al Padre primordial, Falo como recta infinita que penetra el soma– lo pone fuera de juego, lo mortifica, lo *corpsifica*<sup>46</sup>, dejando en su lugar una imagen –no una materialidad, pues–, ahora sí, “corporal”. Este movimiento produce, junto con la *Bejahung* del falo, la *Ausstosung* a lo real del objeto *a*. Esta primera aparición del cuerpo no es aun especular, pero ya es pulsional, y constituye un narcisismo primario. Es por la eficacia de la segunda identificación, al trazo unario, que esta imagen se refleja en el Otro como cuerpo especular, la del narcisismo secundario. Recién por la tercera identificación esta imagen se retira del fondo del espejo, separándose nítidamente del objeto *a* –que pasa a alojarse detrás de pantallas mundanas–, para incorporarse como subelemento de la imagen real, alcanzándose por fin el cuerpo post–especular de doble consistencia, “irreventable”<sup>47</sup>. Este último

---

<sup>45</sup> Amigo, S., *¿Qué es, analíticamente hablando, la gravedad? Afecciones del soma, el cuerpo, el narcisismo*, mimeo.

<sup>46</sup> Lacan, J., *Radiophonie et télévision*, Ed du Seuil, Paris, 1974. (Citado por Silvia Amigo. *op. cit.*)

<sup>47</sup> “La doble consistencia del cuerpo es una noción clave elaborada por Lacan, quien prefiere referirla al concepto estoico de “incorporal”, que da cuenta de cómo lo simbólico es receptáculo para que se incorpore el cuerpo imaginario como subelemento. Lacan ya conocía

puede, por supuesto, ser afectado por el síntoma simbólico –recordemos la astasia– abasia de Isabel de R.–, pero de modo tal que baste con operaciones de lectura del inconsciente en transferencia para que el cuerpo recupere su función sin necesidad de operar en otro lugar”.<sup>48</sup>

Este planteo nos permitirá ingresar a la temática propuesta a partir de lo que podríamos denominar lógica de las identificaciones, en función de la cuales variará la “consistencia” del cuerpo. En esta misma línea de pensamiento, resultará interesante indagar las diferencias entre síntoma de conversión, fenómeno psicosomático<sup>49</sup> y afección hipocondríaca, en las cuales no se constata lesión orgánica alguna.

“La falla [en la hipocondría] lo es del cuerpo especular, gravado por un objeto del que el unario, operante en el hipocondríaco no psicótico, no ha podido hacer correcta línea de corte. Enfermedad del cuerpo especular encerrado en el fondo del espejo del Otro, el analista se verá llamado a intentar poner en función de corte en la imagen al trazo unario, con cuya eficacia metafórica se cuenta, pero cuya consecuencia metonímica, normativizante de la correcta separación de *a* del conjunto de *i'(a)* ha faltado a la cita. Traspie parcial de la segunda identificación, de consecuencia constatable sobre el cuerpo especular”.<sup>50</sup>

El desarrollo precedente nos permite puntualizar algunas interrogaciones sobre el tema propuesto<sup>51</sup>. ¿Cuál es la “afección del cuerpo” de que se trata en los fenómenos psicosomáticos? ¿Cuáles son los avatares específicos en la operatoria de las identificaciones, de manera tal que se produzcan esta clase de fenómenos?

Si en el caso de los fenómenos psicosomáticos el soporte significativo parece no intervenir, por cuanto hay efectivamente una *lesión* que marca no ya el cuerpo,

---

el formidable texto de Kantorowicz “*Les deux corps du roi*” (Ernst Kantorowicz, *Oeuvres*, Gallimard, 1989), donde describe la doble textura del cuerpo del monarca. Creemos que Lacan prefirió fundarse en los estoicos y evitó referirse a un tratado basado en la mística cristiana medieval”, Amigo, S. *op. cit.*

<sup>48</sup> Amigo, S.: *¿Qué es, analíticamente hablando, la gravedad? Afecciones del soma, el cuerpo, el narcisismo*, mimeo, p. 2

<sup>49</sup> “El fenómeno psicosomático afecta al soma, lesiona realmente una parte de la base material biológica y no a la imagen del cuerpo, aunque ésta pueda estar secundariamente afectada”. *Ibid.* p. 2.

<sup>50</sup> *Ibid.* p. 3

<sup>51</sup> Estos interrogantes serán retomados luego en capítulos específicos.

sino el soma: ¿Puede ser leído aquello inscripto en el soma? ¿Cuáles son las condiciones para que dicha lectura resulte posible?

**Eduardo Foulkes**<sup>52</sup> se interesa a su vez por la relación entre la palabra y el cuerpo, y puntualmente por lo que denomina la ‘falla somato-significante’. Indica que la apropiación del cuerpo a partir del nombre propio implica una necesaria vacilación, tal que el sujeto padece en su cuerpo de una exterioridad estructural. Desarrolla la relación primordial con el Otro materno que con su demanda topologiza al sujeto, construyendo un adentro y un afuera para el sujeto, una particular anatomía erógena. En este sentido, establece diferencias entre el orden de la palabra en tanto signo y el orden del discurso, que con su potencia significativa impone un corte entre el cuerpo biológico y el cuerpo erógeno. El estatuto del ‘agujero’ se vincula aquí a las posibilidades del discurso materno en tanto vehiculizadora del Nombre del Padre entendido como dimensión simbólica de la función paterna.

Foulkes resalta la importancia de la función del Ideal del Yo en la constitución del cuerpo, en la medida en que su función permitirá que el cuerpo se transforme en la materia de lo indesignable del deseo y a la vez posibilitará la recuperación de goce por la satisfacción pulsional.

“Tener un cuerpo propio es una ilusión que es necesario adquirir y no siempre es posible mantener, ilusión sin la cual la propia supervivencia del sujeto se ve comprometida y ni el amor ni el deseo encontrarían el único territorio posible para su dialéctica”.<sup>53</sup>

La ‘palabra anatómica’ es para el autor, aquella que perfora la maquinaria biológica, impone una suerte de ‘corte y confección’, por la acción del corte significativo y la confección que la voz configura en el cuerpo erógeno. El cuerpo erógeno es entendido, entonces, como un agujero en el cuerpo orgánico.

En cuanto a los fenómenos psicosomáticos, Foulkes señala que se trataría de una ‘tiranía de un significante / signo’. Si en la captura significativa del cuerpo se trata de la inscripción del mismo en la cadena significativa inconsciente, tal que la libido labre un agujero en el soma para erogeneizarlo, en los fenómenos psicosomáticos se presenta un defecto en el borde de la separación. Al agujero le

---

<sup>52</sup> Foulkes, E., *Palabra anatómica y orden libidinal*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1998.

<sup>53</sup> *Ibid.* p. 56

falta pues consistencia cuando el habla es plena de sentido. Se trata entonces, de fenómenos de pegoteo entre el cuerpo y la palabra, análogos a los signos pictóricos y musicales, en los que no existe hiancia entre el significado y el significante.

Nos interesa detenernos en otro de los señalamientos hechos por Foulkes acerca de la madre -en tanto función primordial en la constitución del sujeto- en las afecciones psicosomáticas. La madre otorga o rechaza credibilidad al significante; cuando no legitima los significantes de las necesidades corporales del hijo, se genera un obstáculo para la construcción del sujeto como efecto. Así, en los fenómenos psicosomáticos, en algún punto del deseo materno el falo claudica por haber desertado de la cadena significante. La madre señala o designa en una parte del cuerpo del hijo su objeto de deseo, sin funcionar como metáfora de un objeto faltante. Hay allí un pegoteo entre el significante y la necesidad que implicará la captura de funciones corporales entendidas como un ‘desorden libidinal’.<sup>54</sup> En ese punto, el cuerpo no se sometería al significante, al deseo y a la fantasía inconsciente, sino por un significante que desencadena una descarga directa.

A partir de esta afirmación, nos interesa pensar en las consecuencias para una posible intervención del analista con respecto a los fenómenos psicosomáticos. Al tratarse de un significante que no se articula a la cadena en tanto materialidad del deseo y del sujeto, no se trataría de una interpretación. ¿Se podría pensar entonces en intervenciones que apunten a profundizar, a remarcar esa separación insuficiente entre el sujeto y el Otro, entre el deseo y la necesidad, entre el cuerpo y el goce, entre la palabra signo y el cuerpo?

Foulkes propone en el tratamiento de estas afecciones incorporar ese significante estancado al resto de la cadena significante y al deseo. Si en los

---

<sup>54</sup> Recordamos que Foulkes propone la idea de un ‘orden libidinal’ para pensar lo erógeno, en reemplazo del término ‘organización libidinal’: “Hablar de un ORDEN LIBIDINAL plantea una petición de principio: referir el cuerpo erógeno, con sus fantasías y sensaciones, a un orden que sólo puede ser discursivo (...) Se trata de penetrar en los recovecos simbólicos de la configuración imaginaria del cuerpo y el deseo, para poder observar los resortes de los que dispone el discurso sobre todo el dominio corporal. Determinar las condiciones a partir de las cuales ese cuerpo se ordena desde afuera, siguiendo los carriles significantes que le tiende el deseo materno, para continuar después con los condicionales estructurales a los cuales el propio deseo materno se ve sometido”. *Ibid.* p. 112.

fenómenos psicosomáticos el significante del deseo materno abandona el discurso<sup>55</sup>, no hace agujero corporal y se torna signo o señal, tal que en lo real del cuerpo enferma. Allí, en ese punto, el sujeto se encuentra afectado:

“El significante ofrece entonces al neurótico lo que el psicosomático o el psicótico no “saben” aprovechar. Cuanto más del sin sentido de la asociación significante pueda tolerar la estructura subjetiva de un sujeto, se encontrará a mayor resguardo de la estatuaría representación del psicótico o de la pobreza de la ligazón significante del psicosomático (...) Desear no es sólo anhelar algo que no se tiene, sino lograr reconocer en ese no tener el estar en la ruta del deseo y del ser por lo tanto. Esta ligazón es la mejor prevención contra el FP y la psicosis, y debe ser tomada en cuenta a la hora de la psicoterapia en ambas afecciones. *Se habrá de hacer una y otra vez el desmenuzamiento de la representación en representantes hasta ese momento inexistentes, o mejor, inoperantes*”.<sup>56</sup>

Foulkes cita y coincide con el planteo de Jean Guir en cuanto a que en estas afecciones opera una degradación del nombre propio en nombre común.<sup>57</sup> ‘Úlcera’, ‘asma’, ‘psoriasis’, absorben la identidad del nombre propio, por una falla de la ‘falla’ que constituye al sujeto.

Podemos pensar aquí si, quizás, las afecciones psicosomáticas ‘hacen’ identidad, otorgando una consistencia imaginaria a partir de una insuficiencia o ineficacia simbólica en un punto de la cadena en el que se produce un desprendimiento significativo.

Foulkes señala que en los fenómenos psicosomáticos el significante se equipara a un signo que ata una parte del cuerpo del sujeto al goce, preguntándose quién goza allí. Creemos que es esta una pregunta fundamental, planteada ya por Lacan en su *Conferencia de Ginebra sobre el síntoma*, cuando sugiere interrogarse por la particularidad del goce en esta clase de fenómenos. Foulkes dice:

“¿Quién goza en ese lugar designado por los caprichos del Otro? Goza cualquier cosa menos el sujeto. Por el contrario, el sujeto es gozado en ese punto por el goce del Otro. He propuesto considerar que en ese goce se produce una actividad

---

<sup>55</sup> Remarcamos esta idea de que en el fenómeno psicosomático hay un punto de la cadena que queda ‘fuera de discurso’.

<sup>56</sup> Foulkes, E., *op. cit.* p. 83. Las cursivas son nuestras.

<sup>57</sup> Trabajaremos este sesgo de manera específica en un capítulo posterior.

unificadora en el individuo que se debe considerar anterior al Yo de la Introducción al Narcisismo y se comporta como aquello que lo antecede: el autoerotismo”.<sup>58</sup>

Encontramos aquí otro punto que consideramos central para pensar las afecciones psicosomáticas, en tanto se trata, a nuestro criterio, de ‘trastornos’ propios de los primeros tiempos de la constitución subjetiva. En este sentido, el planteo de Foulkes es concordante en la medida en que no se trataría del narcisismo sino del autoerotismo -y aquí nuevamente recordamos una indicación que hace Lacan en su *Seminario II*<sup>59</sup>-.

Foulkes señala que los objetos autoeróticos se constituyen como perdidos cuando por la demanda aparece el objeto del deseo como inexistente en el mundo. Recurre al término ‘Ego’ para dar cuenta del goce autoerótico, diferente al ‘Yo’ del narcisismo en tanto unidad resultante de un acto psíquico de constitución del Yo y, a la vez, resultado de una pérdida. El narcisismo, con su correlativo sentimiento de completud, implica una incompletud originaria, y el Yo puede entenderse como una adquisición psíquica del ser hablante que posibilita crear una figuración no especular de unidad corporal dependiente del significante. Esta ‘unidad significante’ organiza la unidad corporal partiendo de su agujero - orden libidinal-. En este sentido, el narcisismo – que rellena y agujerea a la vez el imaginario corporal- es respuesta al llamado de una falla en la completud producida simbólicamente, y se efectiviza desde otro símbolo, el falo.<sup>60</sup>

El planteo precedente nos induce a pensar que en los fenómenos psicosomáticos, el sujeto está obligado a responder a la demanda del Otro, en la medida en que no entra en juego la pregunta acerca del deseo. En dichos fenómenos, en falo no opera en ese punto en forma eficaz, logra anudar lenguaje y soma pero no

---

<sup>58</sup> *Ibid.* p. 80.

<sup>59</sup> Recordemos la cita: “Las investiduras propiamente intraorgánicas que en análisis llamamos autoeróticas desempeñan un papel muy importante, por cierto, en los fenómenos psicosomáticos. La erotización de tal o cual órgano es la metáfora que más frecuentemente aparece, a causa de la sensación que induce en nosotros el orden de fenómenos que se halla en juego en los fenómenos psicosomáticos”. Lacan, J., *Seminario II El yo en la teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica*, clase 8, del 26/01/55, versión digital.

<sup>60</sup> Encontramos aquí ciertas coincidencias con los planteos de Silvia Amigo, que luego retomaremos en capítulos específicos. Por ejemplo, el tema de una falla anterior al narcisismo, en el movimiento de anidamiento del lenguaje el soma por la intervención del falo.

en su faz significante; por lo tanto no logra vaciar al órgano de goce produciéndose la lesión, entendida como marca de un goce específico.

Pensamos que si el falo, en su eficacia simbólica, implica un acto de escritura en tanto marca simbólica organizadora del cuerpo erógeno, en fenómeno psicosomático equivale a una marca de la ineficacia del falo en tanto significante; marca de la inoperancia de la marca fálica.

Volvamos al texto de Foulkes; el autor plantea - a partir de exponer sus criterios sobre el falo y el orden libidinal- que la palabra puede desertar del discurso y volverse una con el significado –como en la holofrase o la interjección-, y funcionar como objeto, de modo tal que es el significante el que goza del cuerpo y no el cuerpo del significante. La idea de un cuerpo erógeno es posible en su articulación al goce fálico, distinto del goce del autoerotismo entendido como Otro goce.

La psicoanalista **Viviana Dreidemie** se aboca al estudio de los fenómenos y enfermedades psicosomáticas. Al respecto, se detiene en el ‘desconocimiento del duelo en la madre y enfermedad y fenómenos psicosomáticos en la hija’<sup>61</sup>. Señala, a partir de fragmentos de un caso clínico, la articulación entre la ausencia de duelo en la madre por la muerte de su esposo, los problemas en relación con el duelo de la hija por la muerte de su padre, y el lugar de impotencia en que esa madre deja a su esposo muerto. Si para la madre no hay duelo sino denegación de la pérdida, se pondrá en juego para esa hija una falla en la mostración del significante de la falta:

“Cuando ya adulta, con la estructura que la habita debe realizar otros duelos, surge la pérdida primordial, (dice Lacan: “[...] la de La Cosa en el objeto”) y, al no lograrlo, una escritura silenciosa invade su cuerpo. Escritura como enfermedad psicosomática que la hipertensión arterial esencial es, con su devastador efecto en el momento del accidente cerebrovascular sufrido”.<sup>62</sup>

La autora plantea que los duelos no procesados parecen surgir de una falla estructural posible de leer en lo contingente. En el caso tratado, la denegación de la pérdida por parte de la madre y su imposibilidad de acompañar el duelo en la hija, hacen que quede sin formular “por la hija la pregunta ‘mi madre ¿puede perderme’ Y,

---

<sup>61</sup> Tal el título de uno de sus escritos: *La tragedia del deseo. Desconocimiento del duelo en la madre y enfermedad y fenómenos psicosomáticos en la hija*, Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

<sup>62</sup> *Ibid.*



en caso de perderme ¿puede sustituirme por otra?”<sup>63</sup> Aquí la autora nos recuerda la operación de separación planteada por Lacan:

“Lacan introduce como un segundo momento la operación de separación. Si en la alienación el significante es la causa del sujeto, en la separación se producirá el objeto *a* como causa. El sujeto necesita guarecerse de su desvanecimiento en la *afánesis* y para hacerlo ataca al intervalo de la cadena S1-S2. La pregunta: “Me dice esto, pero ¿qué quiere?” lo lleva al encuentro de la causa del deseo del Otro, a la que no puede responder con su presencia, sino con su propia pérdida. Lacan pone allí al fantasma melancólico del niño que se pregunta por lo que sufriría el Otro con su desaparición: ¿Puede perderme?”.<sup>64</sup>

Esta cita nos interesa en la medida en que muestra una dificultad en la operación de separación, punto de cruce con los fenómenos psicosomáticos. Tal es así, que Dreidemie señala que las carencias e inscripciones fallidas de funciones maternas primordiales, operan en las lesiones psicosomáticas. El caso que nos presenta, la llevan a plantear que es el deseo de la madre el que rige la enfermedad psicosomática de la hija; ‘torturas corporales’ sufridas son entendidas como marcas escriturales indescifrables en el nivel significante. Así, los cortes en lo real son la inscripción fallida de la castración simbólica, cicatrices del déficit de la función materna en su cuerpo y de un padre que dejó de sostenerla.

En cuanto a las intervenciones del analista, la autora indica que la eficacia analítica posibilitará marcas escriturales fuera del cuerpo, permitiendo la construcción en transferencia de un texto cifrado.

En su libro *El hombre de la casa blanca. Un historial psicoanalítico*, Dreidemie se aboca a un pormenorizado estudio del caso del Presidente Wilson<sup>65</sup>. Nos interesa detenernos en algunos de sus capítulos, pertinentes para la presente tesis.

Una de las primeras cuestiones que señala es el tema de las identificaciones de Wilson, a la madre – en la depresión, los malestares físicos invalidantes, en su

---

<sup>63</sup> *Ibid.* La madre había sustituido muy rápidamente al marido muerto por otro.

<sup>64</sup> *Ibid.*

<sup>65</sup> Recordemos que Sigmund Freud y William C. Bullitt, escribieron *El presidente Thomas Woodrow Wilson, un estudio psicológico*. La autora considera este estudio -entre muchos otros- pero va más allá de él en sus observaciones, a partir de los aportes teóricos de J. Lacan.

malhumor-, al padre – la voz y la oratoria-, a Jesucristo –hijo de un Dios padre del que es heredero y con una misión a cumplir a la que se somete-, a los soldados muertos en la guerra – identificación que considera mística-. A partir de un extenso recorrido en torno a estos puntos, se interrogan las modalidades del goce, y se señala la carencia en tiempos constitutivos, de la función libidinizadora del cuerpo del hijo por parte de la madre, que producirían como intento restitutivo (no de la represión sino del narcisismo primario) los síntomas psicosomáticos con goce en el cuerpo. Esto no impediría el goce de la palabra dentro del orden fálico, ni cierta convivencia en alternancia de goces.

La autora plantea que a partir de ese error estructural por la carencia de investidura libidinal materna en tiempos constitutivos<sup>66</sup>, aparecen no sólo las afecciones psicosomáticas sino también un saber-hacer-ahí una obra, efecto de la repetición del acto creador del sujeto que modifica su destino:

“Hacerse un nombre a través de la oratoria es haber puesto en juego no sólo su visión del mundo e ideas para mejorarlo, sino su historia significativa, su cuerpo, su vida, su deseo es atreverse a dar su obra al reconocimiento simbólico de la cultura. Hacer una creación aleja, en quien lo logra, a nivel de la estructura, graves problemas que están en la vecindad”.<sup>67</sup>

Pero es específicamente en el capítulo X, “Los síntomas barrocos”, en el que Dreidemie se detiene a conceptualizar las afecciones psicosomáticas de Wilson. La autora los distingue de las formaciones del inconsciente interpretables analíticamente a la manera del síntoma de conversión histérica o el chiste; entiende pues a los fenómenos psicosomáticos como ‘síntomas barrocos’. Propone entender el arte barroco como el corte de dos planos – lo absoluto y lo contingente, la mitología y lo picaresco, las esplendideces y el mal olor-; dicotomía que opone los problemas del

---

<sup>66</sup> La hipótesis se sostiene en el hecho de que la madre de Wilson había perdido de niña y recién arribada a Norteamérica a su propia madre, ocupando su lugar y asumiendo sus funciones junto al padre. Una interesante foto presenta a la madre de Wilson mostrando un portarretrato con dos lugares: en una se encuentra el padre y en la otra un lugar vacío. Vemos aquí que la autora presenta nuevamente su hipótesis de que un duelo no resuelto en la madre marca estructuralmente al hijo en sus dificultades de inscripción del significante fuera del cuerpo biológico, con la consecuente aparición de lesiones y fenómenos psicosomáticos.

<sup>67</sup> Dreidemie, V., *El hombre de la casa blanca. Un historial psicoanalítico*, ACME agalma, Buenos Aires, 1997. p. 283.

cuerpo a los del alma, y en la que el cuerpo se presenta como el lugar de la laceración cristiana:

“El síntoma es barroco porque el barroco transmuta en expresión la impotencia de una síntesis. En ese estilo la imposibilidad tiene valor expresivo, es expresión. Y en los problemas de los que nos estamos ocupando, la enfermedad se transforma en recurso expresivo”.<sup>68</sup>

Así, en Wilson se trataría de una ofrenda del cuerpo por amor y de la vida como don sacrificial, como signo de amor. El encierro con el Otro materno y una fallida investidura libidinal en tiempos constitutivos, han configurado el síntoma barroco en tanto goce en el sufrimiento, sin sujeto.<sup>69</sup>

El síntoma barroco se presentaría pues como intento de restitución del orden, donde un goce fuera de la palabra invade el cuerpo y debe ser regulado.

Dreidemie indica que Lacan aconseja al analista el dar sentido al síntoma barroco. A diferencia del tratamiento del síntoma de conversión histérica, entiende pues que remite a otro tiempo lógico de la falla constitutiva, falla por carencia de sentido que en la estructura se ubica en el tiempo lógico de alienación en que madre e hijo forman una díada narcisista, tiempo de investidura de sentido libidinal fálico del hijo por la madre. “La mirada es el objeto que predomina en esa operación”.<sup>70</sup> Más adelante plantea, en esta misma dirección:

“Estamos en el área de máximas dificultades de Wilson, que reafirman nuestro pensamiento en un error estructural producido en el momento de constitución imaginaria del cuerpo, allí donde la mirada materna de amor, cumple función instituyente en, al menos dos, tiempos lógicos de la función materna”.<sup>71</sup>

---

<sup>68</sup> *Ibid.* p. 293. ¿Se desprende del párrafo anterior que la lesión psicosomática se dirige a otro, se ofrece a la lectura? En este sentido, observamos que en otros pasajes la autora plantea a las afecciones psicosomáticas como una ‘mostración’. Sería interesante indagar la diferencia entre ‘dar a leer’ y ‘mostrar’.

<sup>69</sup> “El movimiento de torsión, de distorsión de las formas “biológicas”, clásicas del Renacimiento, y su exageración, configuran el barroco en la forma manierista. Es por esto que, en lugar de fenómenos psicosomáticos, yo hablo de síntomas barrocos, porque tienen todo el peso de un fenómeno sintomal como lo conceptualiza el psicoanálisis, y muchas características que lo asimilan al barroco. Y aquí, lo expuesto es la ineficacia de lo simbólico para limitar el goce que ha tomado cuerpo”. *Ibid.* p. 293.

<sup>70</sup> *Ibid.* p. 295.

Creemos que estas citas merecen ser consideradas en varios puntos. Por un lado, cabe interrogarse si en los fenómenos psicosomáticos se trata del momento de la diada narcisista entre madre e hijo o quizás, tal como lo plantea Eduardo Foulkes, y como creemos se desprende de los textos de Silvia Amigo, de un momento previo al del narcisismo - recordemos que Lacan en su Seminario XI, propone considerar un goce autoerótico-. Por otro lado, vale la pena preguntarse si se trata de una insuficiencia de libidinización por parte de la madre o más bien de un exceso de goce materno compactado en un órgano del cuerpo del hijo, en todo caso de un exceso de mirada materna que enmudece al cuerpo del hijo.

Además, podemos pensar si la falla es de la alienación, o por el contrario se trata de una dificultad en el movimiento de separación, tal como entendemos lo propone Lacan en el seminario citado.

Entendemos que el planteo de Dreidemie es correlativo de su hipótesis de un duelo no resuelto en la madre en el momento de constitución subjetiva del hijo; sin embargo nos parece importante dejar en función las preguntas planteadas.

¿Cuál es el estatuto del ‘sentido’ a darle a los fenómenos psicosomáticos en el análisis? La construcción, ¿es una operatoria de ‘dar sentido’ en términos imaginarios o se trata de ‘dar tela’, incluir en el telar significativo aquello que se presenta desvinculado y mudo?

Entendemos también que el planteo de Dreidemie de considerar una insuficiencia de libidinización fálica por parte de la madre acercaría, aunque esto no esté explicitado, a los fenómenos psicosomáticos a las psicosis, planteamiento que aparece en otros autores<sup>72</sup>.

En Wilson, “Hay silencio de la mediación simbólica asociativa. El órgano enfermo en lo real del cuerpo de Wilson, aparece en su discurso como órgano

---

<sup>71</sup> *Ibid.* p. 305. Aquí la autora sitúa el momento del estadio del espejo como tiempo propio de la falla constitutiva que el fenómeno psicosomático intentaría restituir.

<sup>72</sup> Por ejemplo, en el planteo de Sami-Ali, o en Daniel Paola, *Lo incorpóreo*, Homo Sapiens, Rosario, 2000. Es indispensable diferenciar aquí el criterio de Sami-Ali en el cual psicosis y fenómenos psicosomáticos se presentan como reversos, del de Daniel Paola, que se detiene en su texto a considerar las particularidades de la letra y su puesta en función en el inconsciente.

independiente y ajeno al sujeto de la enunciación y no produce efecto de sujeto. Así como tampoco hay sujeto de ese goce en el dolor, ni sujeto del dolor mismo”.<sup>73</sup>

Dreidemie establece una diferencia entre el efecto de sujeto que se da en el intervalo entre significantes en las neurosis y la situación de un sujeto que aparece en un lugar designado y fijo en la cadena, carente del sentido que proviene del campo del Otro, produciendo los síntomas barrocos. En este caso, el efecto de sujeto no se produce al no haber recibido - en el primer tiempo constitutivo- el sentido fálico materno a partir de la ecuación niño-falo. Se produciría así una amalgama de significantes que no deja espacio al enigma del deseo del Otro, con el aplastamiento del rasgo representante del sujeto en la cadena. Es un modo de presencia del sujeto atrapado en el goce en el cuerpo:

“La incapacidad de ubicuidad del sujeto, la imposibilidad de dejarse representar por un significante, para desaparecer tras él y la invasión de un goce ajeno, goce en el cuerpo, son los efectos que parece producir el lugar designado que se presenta en el síntoma barroco y que impide la articulación ente significante y letra. Lugar señalado por el “designio” estructural que la falla indica, en oposición a lugar vacío, intervalo entre significantes brindados a que el sujeto surja en la cadena, no en esa misteriosa escritura corporal”.<sup>74</sup>

Estas últimas citas parecen resumir el criterio de la autora acerca de los fenómenos psicosomáticos. Establece una diferencia con respecto a los síntomas neuróticos, indicando como causa estructural una ausencia de otorgamiento del sentido fálico por parte del Otro primordial en tiempos constitutivos, en tiempos en que hubiera debido operar la ecuación niño = falo, indicando una insuficiencia en la libidinización materna, fundamentalmente en lo que respecta a su mirada. La falta de mediación del inconsciente deja aislado al fenómeno de la red asociativa<sup>75</sup>, mudo, como un modo específico de ‘hacer síntoma’ en el cuerpo.

Nos preguntamos acerca de la idea ya señalada de ‘ausencia de libidinización por parte del Otro primordial’. Cuando Dreidemie puntualiza que Wilson se identifica a Jessie, su madre “(...) es a ella a quien por identificación encarna Wilson

---

<sup>73</sup> Dreidemie, V., *op. cit.* p. 312.

<sup>74</sup> *Ibid.* pp. 324-325.

<sup>75</sup> Eso último daría cuenta de las habituales observaciones realizadas por los psicoanalistas – a pesar de sus diversos criterios teóricos- acerca de la ausencia de asociaciones o de fantasías en los pacientes afectados por fenómenos psicosomáticos.

cuando su madre lo cuida, como seguramente deseó ser cuidada por su propia madre. El niño aspira a cumplir el deseo de la madre tratando de ocupar el lugar del objeto en la escena del fantasma anhelado por ella. Esto remite a un duelo no realizado en la madre, que la deja melancólica”.<sup>76</sup> En este párrafo citado, ¿no se sugiere el interrogante de Wilson acerca del enigma del deseo materno? ¿No es acaso la posibilidad de interrogarse por ese enigma, la lectura que el infante hace de la demanda del Otro, lo que le permite recortar algo del deseo, poner a operar una falta en la cadena significativa? ¿No estaría operando, en la medida en que se trata de una identificación, la función fálica articulada en el discurso materno dirigido a ese niño? O en todo caso, ¿de qué estatuto de la libidinización se trataría en este caso?<sup>77</sup>

No cuestionamos la idea de que en la madre se trate de una melancolía y de que esto haya tenido efectos en ese niño, sino que nos interesa interrogar la hipótesis subyacente a la aparición de los fenómenos psicosomáticos. En este sentido, nos parece importante mantener las preguntas planteadas para reconsiderarlas a la luz de otras argumentaciones teóricas que abordaremos en capítulos posteriores.

Otro de los puntos que trabaja Dreidemie, es sobre las particularidades del nombre propio en Wilson. En el capítulo XIII del libro de referencia, articula el nombre propio al Nombre del Padre, buscando puntualizar su vinculación con la cuestión del goce en los fenómenos psicosomáticos. Retomaremos dicha articulación en un capítulo específico de la tesis.

---

<sup>76</sup> *Ibid.* p. 329. “Retomemos la pregunta imposible. ¿Me dices que me cuida para no enfermar o para enfermar y cuidarme tú?”. *Ibid.* p. 345.

<sup>77</sup> “Por otro lado, justamente la característica silenciosa de las llamadas enfermedades psicosomáticas hace que, en el tratamiento psicoanalítico, haya que darles el sentido del cual carece el analizante. Es la falta de sentido del hijo como falo materno completante para la madre, la característica de la falla en la constitución del sujeto en cuestión, falta de sentido, no de anécdota. En otro tiempo del análisis, el acto analítico por el que se instaura el sentido podrá accionar para develar el sinsentido efecto del significativo que, en el mejor de los casos, disuelve el síntoma”. *Ibid.* p. 340. Se presentan un nuevo interrogante: ¿se trata de una carencia de sentido del niño para su madre y por ende de una carencia de sentido del fenómeno psicosomático? ¿El niño no tiene sentido para el Otro primordial, no logra alienarse en el campo del Otro? ¿Podría constituirse el fantasma en tal caso?

## V- CONSTITUCIÓN DEL SUJETO E IDENTIFICACIONES

El presente apartado intenta un recorrido en torno al concepto de ‘identificación’, en la medida en que la consideramos fundamental en cuanto a sus ‘efectos de escritura’. Esto nos ha conducido a interrogar aquello que denominamos “lógica” de las identificaciones, en correlación con el tema de los fenómenos psicosomáticos, deteniéndonos especialmente en las particularidades de la identificación primaria.

La temática de las identificaciones no parece conducir a un único destino. En la obra de Freud, el término “identificación” se presenta desde sus inicios en sus cartas a Fliess hasta en sus últimos textos, anudándose a diversos interrogantes que “afectan” su significación.

La escuela kleiniana, por su parte, estableció una fuerte ligazón de la identificación con la introyección, superponiéndose por momentos con la idea de incorporación<sup>1</sup>.

Por su parte, la lectura de Lacan pone de relieve la articulación de la identificación con la lógica significante, en un esfuerzo por poner de manifiesto la función estructurante del significante en la constitución del sujeto, llevando a repensar el planteo freudiano en función de dicha lógica.

Dentro de este panorama, el texto “Psicología de las masas y análisis del yo” de Freud, permite iniciar un cierto ordenamiento a la luz del interrogante sobre la

---

<sup>1</sup> El término «introyección» fue planteado por Sandor Ferenczi en su texto “Introyección y transferencia” de 1909, para designar, en simetría con el mecanismo de proyección e introversión, el modo en que el sujeto hace entrar fantasmáticamente los objetos exteriores en el interior de su esfera de interés. Sigmund Freud adoptó el término, cercano al de incorporación; pero fueron fundamentalmente Melanie Klein y los kleinianos quienes lo retomaron para dar cuenta de los mecanismos ligados a la relación de objeto: introyección, proyección, reintroyección de objetos, identificación proyectiva. Un interesante texto de Suzanne Ginestet-Delbreil, *La identificación por incorporación*, sitúa a la introyección como un proceso simbólico sostenido por una incorporación imaginaria: así, en la introyección simbólico e imaginario se articulan, contrariamente a la incorporación, donde imaginario y real se articulan e intentan suplir una carencia simbólica. Ginestet-Delbreil, S., *La identificación por incorporación*, mimeo, traducción de Valeria Decorte, Rosario, 2007.

constitución del sujeto y su relación al campo del Otro. En el capítulo VII de dicho texto, Freud plantea tres modos de la identificación<sup>2</sup>:

*“Las enseñanzas extraídas de estas tres fuentes pueden resumirse en la forma que sigue: 1°. La identificación es la forma primitiva del enlace afectivo a un objeto; 2°. Siguiendo una dirección regresiva, se convierte en sustitución de un enlace libidinoso a un objeto, como por introyección de objeto en el yo; y 3°. Puede surgir siempre que el sujeto descubre en sí un rasgo común con otra persona que no es objeto de sus instintos sexuales”.*<sup>3</sup>

Trataremos de retomar la especificidad de cada modo planteado estableciendo una relación con la lectura de Lacan.

En algunos textos freudianos, la **identificación primaria** se distingue de las identificaciones secundarias, que se superpondrán a aquélla, por no establecerse a partir de una relación de objeto propiamente dicha, sino por presentarse como la forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto. La lectura de ciertos textos sobre el tema nos muestra ambigüedades y contradicciones: a veces esta forma de ligazón del niño con otra persona hace referencia a la primera relación con la madre nutricia; en otros textos hará referencia a una identificación con el padre «de la prehistoria personal» tomado por el niño como ideal o prototipo. Las contradicciones se continúan también en cuanto a la existencia o no de una relación de objeto: «Al comienzo, en la fase oral primitiva del individuo, la catexis de objeto y la identificación no pueden quizá distinguirse entre sí»<sup>4</sup>.

El aporte del trabajo de Jacques Lacan posibilita pensar que estas aparentes contradicciones dan cuenta en realidad de la lógica misma de esta primera identificación, en la cual algo del padre primordial, *Urvater*, es incorporado en la medida que el deseo de la madre por un hijo pone en juego esa función del padre primordial que el niño incorpora. Detengámonos un poco más en esto.

La **identificación primaria** muestra el ingreso del niño, del recién llegado, en el lenguaje, más específicamente en el orden del signo, siendo que este niño significa

---

<sup>2</sup> Carlos Kuri plantea la imposibilidad de establecer una *serie* entre las diferentes formas de la identificación, permitiendo pensar que se trata de modos heterogéneos de un mecanismo que hace a la constitución del sujeto. Seminario “La identificación”, Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNR. 2004.

<sup>3</sup> Freud, S., *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1981. pp. 2586-87.

<sup>4</sup> Laplanche, J. y Pontalis, J. B., *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.



algo para alguien, para su madre<sup>5</sup>. Este ingreso hace al pasaje del soma biológico a un cuerpo libidinal, en cuanto el incorporal del signo entre en funciones para el bebé.<sup>6</sup> Esta primera identificación, previa a toda relación de objeto, se trata de una incorporación canibalística del Otro paterno, basada en el amor. Que el soma devenga cuerpo y el lenguaje sobrevenga simbólico depende entonces de la transmisión, por parte de la madre, de la deuda que mantiene con el *Padre Primordial* o *Padre Muerto* que opera en ella. He aquí el nudo que parece contradicción en ciertos textos:

“El padre que pone en falta a la madre no es el padre edípico del niño, sino que –siempre que consideremos la entrada en la estructura desde el punto de vista del pequeño- es un padre que está antes de toda entrada posible en el juego edípico.”<sup>7</sup>

El Padre Muerto es entonces uno de los nombres de la castración en la madre, y su función no pasa (aún) por la diferencia sexual, tratándose de una identificación exquisitamente viril. El hijo, convocado como sutura de la falta en la madre, incorpora, engulle al Padre Muerto del mito freudiano y se incorpora a la cultura y al lenguaje. Soma y lenguaje se anudan sí y sólo sí entra en juego  $\Phi$  como articulador de la falta en la madre. “Esa línea al infinito, que cruza las dos cuerdas – soma y lenguaje- es, entonces, el significante que viene en auxilio de lo que a la madre le falta (...)  $\Phi$  es lo que, analíticamente, Freud llama “el Padre Muerto”.<sup>8</sup>

En su artículo “La identificación por incorporación”, Suzanne Ginestet-Delbreil<sup>9</sup> propone dos modos de identificación incorporativa. Un modo será por la incorporación de un trozo del cuerpo del padre, modo ni arcaico ni regresivo que definiría una estructura borderline; identificación de tipo totémica que aportaría al sujeto “un poco de padre” sosteniendo una huida de la madre, sin que el sujeto cuente con un significante que lo sitúe en una genealogía. Este modo tendría su

---

<sup>5</sup> Tomamos la noción de signo como “aquello que significa algo para alguien”.

<sup>6</sup> Seguimos aquí parte de la argumentación planteada por Silvia Amigo en el capítulo “Las nupcias del soma con el lenguaje”, *Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Ensayos sobre el concepto de “originario” en psicoanálisis*, Ediciones Homo Sapiens, Rosario, 2003.

<sup>7</sup> *Ibid.* p. 64.

<sup>8</sup> Yankelevich, H., “Acerca de lo que nos enseñan los autistas sobre la función de la palabra”, *Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Ensayos sobre el concepto de “originario” en psicoanálisis*, Rosario, Ediciones Homo Sapiens, 2003. p. 49.

<sup>9</sup> Ginestet-Delbreil, S., *op. cit.*

correlato en el sentimiento cenestésico de la presencia del padre de modo alucinatorio.

El otro modo de identificación sería por incorporación de “eso que podría ser un significante del padre o del cuerpo del padre, que es cercano a ser un trazo unario, pero tomado por el sujeto, es elevado imaginariamente al padre y no puede ser parte de los dos, como trazo parecido perteneciente a uno y al otro”.<sup>10</sup> Se trataría entonces de la incorporación de una insignia del padre real, marca distintiva, pero que no funciona como significante por no acarrear la función paterna.<sup>11</sup> A pesar de esta distinción introducida por la autora a partir de modos de la transferencia, concluye que la identificación incorporativa al padre se acompaña siempre del desplazamiento de la omnipotencia materna sobre la persona del padre, donde dicha omnipotencia no está puesta en causa. “Lo que es incorporado es dicho ser del padre, pero es también una incorporación de la madre” con una *carencia de la función nominal materna*. Las dificultades en el amor de transferencia que el texto de Ginestet-Delbreil recorre, nos permiten colegir aquello que del padre es incorporado por la vía materna en la primera identificación.

“Si hay palabra nominante algo de la muerte se produce, de entrada, sobre el soma, cadaverizándolo y haciendo ingresar el cuerpo bajo la ecuación fálica. Dentro de esta lógica el niño tiende –subrayemos que no debiera hacer encaje perfecto- a equivaler a la falta fálica. A esta ecuación le da cabida la deuda de la madre con el Padre Muerto. El triángulo que enfrentamos es de la madre, el niño y el falo”.<sup>12</sup>

El soma se hará cuerpo pulsional cuando la madre con su voz haga pasar la voz del padre, nominando a su hijo, dirigiéndose más allá de él al falo/deuda con el Nombre-del-padre. Esta nominación agujerea, “vasija” el soma, lo “*corpsifica*”<sup>13</sup>. En esta instancia, la primera aparición del cuerpo corresponde a una imagen real, no especular, vivido como cuerpo pulsional, en la que el objeto *a* como falta, objeto *a* en tanto tal<sup>14</sup>, opera como hueco en torno del cual girará la pulsión.

---

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 5.

<sup>11</sup> “Este padre que yo he tenido, en su insignificancia, es imposible que haya sido un padre”. *Ibid.* p. 5.

<sup>12</sup> Amigo, S., *op. cit.*, p. 66.

<sup>13</sup> Condensación de *cuerpo* y *cadáver* que señala la cadaverización del soma, función de cierta muerte que habilita para la vida.

Uno de nuestros textos de referencia<sup>15</sup> señala **dos momentos cruciales de la primera identificación**. Un *primer tramo de ingreso de la traza fálica*, en la cual, como venimos desarrollando, dicha traza permite articular y no sólo apilar el soma y el lenguaje, articulación de la cual resultará un *a* en tanto tal.

En un *segundo tramo lógico de la identificación primaria* se puede situar la denominada *identificación con el Padre Muerto*, padre prehistórico pues corresponde al mito de “Tótem y Tabú” de Freud y a la vez a la prehistoria del Complejo de Edipo. En este tramo la nominación materna da lugar a que el bebé pueda identificar a su madre en tanto logra reconocerla, distinguirla como aquella que lo desea, que lo apetece; pero a la vez logra identificarse con aquello que *en* su madre es carencia, falta, deuda con el Nombre-del-padre. La conclusión de la primera identificación señala el pasaje del orden del signo al orden del significante y su paradoja. Si la madre sitúa al niño como sutura de su falta, se tratará a la vez de una *sutura fallida* justamente por la deuda, por el amor al Padre Muerto. Esa falla en la sutura dará oportunidad al niño de ingresar en el movimiento del orden significante, definido como diferente a sí mismo.

Este momento de la constitución subjetiva del niño, en la cual ha podido identificar a la madre e identificarse él mismo con el Padre Muerto, abre el camino al niño para identificarse a la imagen “imaginaria” del “estadio de espejo” planteado por Lacan.<sup>16</sup> Este estadio pone de manifiesto dos *funciones de espejo* de la madre. Por un lado funciona como *espejo esférico* en tanto posibilita el pasaje del soma al cuerpo, imagen real del cuerpo en la que se delineará un primer bosquejo de la pulsión. Se trata de una captación pre-especular del cuerpo, corpsificación del soma y sede del narcisismo primario previa a toda carga de objeto.<sup>17</sup>

<sup>14</sup> “Objeto *a* en tanto tal” como un elemento que posibilitará, en el devenir de la constitución subjetiva, el recorrido propio de las pulsiones parciales, combinándose en una “ligazón” o “intrincamiento” de las pulsiones entre sí.

<sup>15</sup> *Op. cit.* Capítulo III, “Identificación primaria”.

<sup>16</sup> Lacan, J., “El estadio del espejo como formador de la función del yo (*je*) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1988.

<sup>17</sup> La temática del narcisismo primario requeriría un seguimiento detallado, pues al igual que el término identificación, resulta difícil de señar. Las distinciones entre autoerotismo y narcisismo en Freud, así como la idea de un narcisismo primario, entrañan dificultades teóricas específicas. En cuanto al planteo de J. Lacan, Elisabeth Roudinesco plantea que <<La concepción lacaniana del estadio del espejo, desarrollada en 1949, se basó en ese punto

Por otro lado, la madre deberá operar como *espejo plano* que permita al niño el reconocimiento de una cierta unidad de sí en dicho espejo, sostenido por la estructura significativa, función posible siempre y cuando en la madre se articule la falta y el Nombre-del-padre. Situar a la madre como espejo plano otorgará al niño la posibilidad de reconocerse como un “todo unificado” y de ofrecerse como obturador del agujero del Otro “numerificado, *cifrado cero*, con el *uno único* que será su yo ideal” (...) “... *el narcisismo primario, preespecular, permite tener cuerpo; mientras que el narcisismo secundario, especular, permite contar con un cuerpo*”.<sup>18</sup>

Esta operación de identificación en el espejo plano del Otro, formador del yo ideal, crea la ilusión de completud, ilusión que se ve socavada por el *a*, resto que permanece inidentificable al significante e imposible de identificar en el espejo, a menos que sea como mancha. Resto, nada, *rien*, que da cuenta de una forclusión inicial del sentido -de lo absoluto del sentido- y que articula el no-todo. Jacques Lacan introduce la expresión “forclusión del sentido por la orientación de lo Real” en su *Seminario XXIII*, al plantear la relación del inconsciente con la articulación entre cuerpo y lenguaje:

“(...) el sentido, es quizá la orientación. Pero la orientación no es un sentido, puesto que ella excluye el único hecho de la copulación de lo Simbólico y de lo Imaginario, en lo cual consiste el sentido. La orientación de lo Real, en mi temario, el mío, forcluye el sentido” (...) “cortocircuito que pasa por el sentido, el sentido como tal que he definido recién por la copulación, en suma, del lenguaje, puesto que es de

---

confuso de la ubicación del narcisismo primario y su relación con la constitución del yo. Para Jacques Lacan, el narcisismo originario se constituye en el momento de la captación por el niño de su imagen en el espejo, imagen a su vez basada en la del otro (en particular la madre), constitutiva del yo. El período del autoerotismo corresponde entonces a la primerísima infancia, al período de las pulsiones parciales y del “cuerpo fragmentado”, signado por ese “desamparo original” cuyo posible retorno constituye una amenaza, en el fundamento de la agresividad>>. (*Diccionario de psicoanálisis*, versión digital). Por su parte, Amigo plantea tomar al narcisismo de la primera identificación como primario y al del estadio del espejo como narcisismo secundario por cuanto se trata del narcisismo regresivo desde la carga de objeto: “Queda claro que el narcisismo especular intenta suturar la falta de objeto que en el Otro localizó la primera identificación”. (*Op. cit.* p. 76).

<sup>18</sup> Amigo, S., *op. cit.* p. 76.

eso que yo soporto el inconsciente, de la copulación del lenguaje con nuestro propio cuerpo”.<sup>19</sup>

El logro de la primera identificación a la traza del falo habrá permitido al niño el ingreso en la estructura, a partir del valor fálico que posee dicho niño para el Otro. Pero dicho valor anuda dos dimensiones: una cara de significación fálica que apunta a indicar el valor de falta, y otra cara de goce que apunta a su función de obturación. La posición de la madre en relación a su niño resultará decisiva en cuanto se trate de una *anaclisis normativa* (la madre sostiene al niño en su vertiente real del amor, más allá de su propio narcisismo, operando a su vez el objeto *a* como motor del juego deseante) o de una *anaclisis invertida*<sup>20</sup> (es el niño quien sostiene a la madre, y el objeto *a* opera como objetor del yo, resto no identificable situado en oposición al yo como raíz del superyó).<sup>21</sup>

En un segundo tiempo lógico de la constitución subjetiva, tiempo de atravesamiento del Complejo de Edipo, entrará en juego la diferencia sexual y una nueva faz del Padre. Se trata del Padre Edípico y su función metafórica como razón de carencia de la madre, lo cual permitirá al niño hacerse lector del *trazo unario*. El Nombre-del-Padre operando sobre el Deseo-de-la-Madre habilitará al niño a *leer*<sup>22</sup> el trazo único propio de la demanda materna. La madre desea más allá del niño, y en ese más allá se instala el padre edípico, permitiendo al niño jugar más allá de la madre.

---

<sup>19</sup> Lacan, J., *Seminario XXIII*, Clase 9 del 16 de marzo de 1976, versión digital.

<sup>20</sup> Amigo, S., *op. cit.*

<sup>21</sup> El término “superyó” introducido por Freud como heredero del Complejo de Edipo, vinculado a las funciones de conciencia moral e ideales, ha sido resignificado por Lacan, quien lo relaciona con la teorización de la pareja ideal del yo-yo ideal. “Desde esta perspectiva, el superyó sigue siendo dominante, pero, a diferencia de Freud, Lacan lo concibe como la inscripción arcaica de una imagen materna todopoderosa, que marca el fracaso o el límite del proceso de simbolización. En tal carácter, el superyó encarna el desfallecimiento de la función paterna, que es entonces ubicada del lado del ideal del yo”. Roudinesco, E. y Plon, M., *Diccionario de psicoanálisis*, versión digital.

<sup>22</sup> Siguiendo el planteo de J. Derrida, podemos pensar que leer implica efectuar un corte y añadir un suplemento por necesidad de un juego, el juego del texto y sus hilos. Leer conlleva una añadidura tal que lo añadido descompleta, destotaliza, descose la trama del texto. Derrida, J., “*La différance*”, *Márgenes de la filosofía*, Ed. Cátedra, Madrid, 1998.

“El desgajamiento de ese trazo común, leído gracias al amor de la madre por el padre edípico, dará por resultado que el falo -al que el chico tendía a identificarse- ahora aparezca, en el campo del Otro, como algo que divide y no como algo que lo satura”.<sup>23</sup>

Esta metáfora del Deseo-de-la-Madre por el Nombre-del-Padre modificará la posición del niño; el niño podrá dejar el lugar de “*ser el falo de la madre*” (yo ideal) para identificar un *trazo que lo representa* (Ideal del yo). Esta es la eficacia de la llamada **segunda identificación**<sup>24</sup> a lo simbólico del Otro real, en donde *el falo opera como función de castración*.

Esta segunda identificación articulará entonces una *función metafórica del padre*, pero a la vez deberá poner en juego su *faz metonímica*<sup>25</sup>, desplazamiento que posibilitará al niño la salida del estadio del espejo a la vez que prohibirá el incesto (intentar completar el agujero del campo del Otro). Este planteo de los aspectos proscriptivo y prescriptivo del padre resulta concordante, por otra parte, con los criterios desarrollados por Claude Lévi-Strauss sobre la *función de la prohibición del incesto* en las diferentes culturas. Este autor, señala que dicha prohibición de carácter universal, según la cual padres e hijos o hermanos -inclusive nominalmente- no pueden tener relaciones sexuales ni casarse, funda la organización social y establece el pasaje de la naturaleza a la cultura, de la vida animal a la vida humana. Al igual que la denominada división sexual del trabajo, la prohibición del incesto implica un

---

<sup>23</sup> Amigo, S., *op. cit.* p. 114.

<sup>24</sup> La segunda identificación planteada por Freud a partir de ejemplos clínicos, da cuenta del síntoma por medio de una sustitución por el sujeto, ya sea de la persona que suscita su hostilidad, ya sea de la persona que es objeto de una inclinación erótica. El ejemplo, en el segundo caso, es justamente la tos de Dora. Freud, basándose en dicho caso, sostiene que la elección de objeto, la investidura, puede transformarse por regresión en identificación; Dora toma de su padre un «rasgo único» (*der einziger Zug*, que Lacan traduce por «trazo unario»), la tos que él padece, lo cual constituiría una manera de remontar la prohibición del incesto, que hace obstáculo a toda investidura masculina.

<sup>25</sup> Las dificultades en la faz metonímica de la función del padre edípico generan las condiciones para las llamadas “neurosis narcisistas”, en las cuales fracasa justamente el desplazamiento del *a* tras otras pantallas, quedando el yo “astillado” por el objeto. Así, la diferencia se transmuta en culpa, de modo tal que el yo es constantemente investido y juzgado por el superyó.

“aspecto negativo” - las prohibiciones- y un “aspecto positivo” – las atribuciones-.<sup>26</sup> La observación de Lévi-Strauss indica justamente las dos caras de una ley fundante de la estructura.

La función del Padre Edípico, la eficacia de la metáfora que opera, introduce una *diferencia entre falo y nombre propio*.

En su *Seminario IX*, “La identificación”, Lacan establecerá una argumentación que articula la lógica del significante y la cuestión del nombre propio. Para abordar este tema, es necesario articular algunos términos en relación a la lógica del significante. En dicho Seminario, Lacan establece la relación del significante como batería de significantes con un *rasgo único, Einziger Zug*, que, “(...) en rigor, podría ser sustituido a todos los elementos de lo que constituye la cadena significativa, soportar esta cadena por sí sólo, y simplemente por ser siempre el mismo”.<sup>27</sup>

Mismidad que no remite sino a su función de soporte de la diferencia en la cadena significativa, mismidad carente, sin referente, puro trazo que inicia la serie, donde el inicio ordena el retorno de “lo mismo”. De tal manera, en el rasgo unario se sitúa la función del significante.

A partir de los planteos de F. De Saussure, Lacan redefine el significante, situándolo con relación a la diferencia y a la autodiferencia:

“Dicho de otra manera, a diferencia del signo (...) *lo que distingue al significante es sólo ser lo que los otros no son*; lo que, en el significante implica que esta función de la unidad es justamente *no ser sino diferencia*. Es en tanto pura diferencia que la unidad, en su función significativa se estructura, se constituye”.<sup>28</sup>

Dirá entonces Lacan que la *fecundidad del significante reside en no poder ser en ningún caso idéntico a sí mismo. Esta imposibilidad estructural del significante de ser idéntico a sí mismo es solidaria de la noción de identificación*, como aquello que constituye al sujeto más allá de una supuesta identidad; la idea de identidad resulta entonces corroída por la noción de identificación al rasgo, al significante.

---

<sup>26</sup> Lévi-Strauss, C., “La familia”, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, José R Llovera compilador, Editorial Anagrama, Barcelona , 1984.

<sup>27</sup> Lacan, J., *Seminario 9, La identificación*, versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clase del 22 de noviembre de 1961.

<sup>28</sup> *Ibid.*, clase del 23 de noviembre de 1961.

“Pero aparece a este nivel que justamente el nombre propio, en tanto *especifica como tal el enraizamiento del sujeto*, está más especialmente ligado que ningún otro, no a la fonematización como tal, a la estructura del lenguaje, sino a lo que ya en el lenguaje está listo, si se puede decir, para recibir esta información del *trazo*. (...) Esto está hecho para hacernos interrogar sobre lo que hay de eso en este punto radical, arcaico, que tenemos necesidad de suponer en el origen del inconsciente, es decir, eso por lo cual en tanto el sujeto habla, no puede sino avanzar siempre más adelante en la cadena, en el desarrollo de los enunciados, pero que dirigiéndose hacia los enunciados, por ese hecho mismo, en la enunciación elide algo que es hablando con propiedad lo que no puede saber, a saber, *el nombre de lo que él es en tanto sujeto de la enunciación*”.<sup>29</sup>

Este nombre que no es un nombre, nombre propio, nombre del inconsciente, tiene valor de ombligo – marca de un corte- y opera como condición de la existencia.<sup>30</sup>

Intentando desglosar la cuestión del nombre propio, a partir de las elaboraciones de Lacan se puede puntualizar:

- El nombre propio funciona como el ***significante privilegiado*** en torno al cual se amarra el sujeto y se constituye desapareciendo.
- Especifica el enraizamiento del sujeto al ser el ***sostén de las identificaciones*** que fundan la operación reflexiva, en el sentido lógico del término, y la autoreferencia imaginaria.
- Como ***trazo unario*** permite no sólo decir yo (como shifter), sino también y fundamentalmente nombrarse.<sup>31</sup>

“En el contrapunto entre trazado y agujero, el trazado tiende a tomar también el valor de tachadura del vacío. Pero cuando se trata de la nominación, del hecho de nominar, plantificar un trazo es hacer resonar el vacío”.<sup>32</sup>

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, clase del 10 de enero de 1962. La marcación es propia.

<sup>30</sup> Hemos trabajado más extensamente esta temática en *Escritura, diferencia y nombre propio*, mimeo, Doctorado en Psicología, Facultad de Psicología, UNR, 2002.

<sup>31</sup> Baños, L., “El nombre propio en la melancolía”, *Argumentos 1*, Ed. de La Bandera, Rosario, 1986. p. 23.

<sup>32</sup> Amigo, S., *op. cit.* p. 128.



Esta cita da cuenta de la doble valencia del trazo unario: una de sutura, y otra de significante de la falta en el Otro como señalización del vacío.

La eficacia metafórica y metonímica del Padre Edípico provocará un abatimiento del espejo/Otro, haciendo a su vez “caer” al niño de su posición de soporte del Otro. El Otro resultará abatido y el niño desnarcisizado. La eficacia de la **tercera identificación** se vehiculizará por la intervención paterna, de manera tal que la libido que se hallaba en el fondo del espejo materno, se vuelque dentro de la vasija que constituyera el cuerpo preespecular o imagen real del cuerpo. Se conforma así una “especie de forro o doblez que hace de subelemento del cuerpo imagen real”.<sup>33</sup> El cuerpo del primer incorporal –de la identificación primordial- tendrá ahora una estabilidad resultante de la incorporación de la libido desplazada del fondo del espejo materno, accediendo el sujeto a una *posición narcisista no especular* y a libidinizar sus propios objetos tras otras pantallas que la del Otro. Así como el Otro, el niño podrá situar el *a* tras diversas pantallas imaginarias, exogámicas, gracias a la eficacia de la identificación a lo imaginario del Otro real. Es a partir de esta tercera identificación que el fantasma se instaure como articulación del sujeto y el *a*.

Nos ha interesado hacer el presente desarrollo para interrogar, a partir sus resonancias, la temática de los fenómenos psicosomáticos.

¿De qué clase de “afección del cuerpo” se trata en los fenómenos psicosomáticos? ¿Qué movimiento de las identificaciones fracasa o resulta obstaculizada, de manera tal que se produzcan esta clase de fenómenos?

En primera instancia podemos señalar que se trataría de *fenómenos* y no de síntomas del tipo de conversión histérica, en los cuales el cuerpo se ve afectado. Tomemos como ejemplo, la tos de Dora, uno de los síntomas de esta paciente de Freud, resultante de su identificación secundaria al Padre Edípico. La formación del *síntoma histérico de conversión* se sostiene de una estructura metafórica/metonímica, por la cual un rasgo o trazo es tomado para representar una falta, remitiendo al juego de la cadena significativa. La articulación entre síntoma y fantasma nos permite decir que en el síntoma una parte de la instancia preconciente yoica, que modificada permanentemente sostiene una represión secundaria, se ofrece al fantasma para obtener una satisfacción y un castigo.

“Entonces el fantasma inconsciente tiene régimen de representación de palabra, esa clase de representación que es asimilada a la escritura por Lacan en “Du

---

<sup>33</sup> *Ibid.* p. 149.

Semblant”. Es en el fantasma que el campo del lenguaje, pulsional, deviene función de la palabra, instancia de la letra, borde entre el goce del objeto que sitúa y el saber inconsciente que trabajará de ahí en más metáforo-metonímicamente en lo imposible de nombrarlo”.<sup>34</sup>

En el caso de los *fenómenos psicosomáticos* tal soporte metafórico/metonímico parece no intervenir o estar insuficientemente constituida, por cuanto hay efectivamente una *lesión* que marca no ya el cuerpo, sino el soma. ¿Algo se inscribe en el soma? ¿Puede ser leído aquello inscripto en el soma? La falla en este caso pareciera situarse entonces en el pasaje de la primera a la segunda identificación.

Si como dice Héctor Yankelevich “todo se inscribe en alguien”<sup>35</sup>, ¿qué es lo que se inscribe en el fenómeno psicosomático? ¿la palabra materna apilada al soma? ¿Interviene en esa escritura  $\Phi$  en su función de sutura, cumpliendo el órgano afectado dicha función muda? ¿O, paradójicamente, la lesión registra la insuficiencia de la función paterna en tanto Padre Muerto?

Si para que haya inscripción de trazas es requisito incorporar un vacío, vacío que transmuta/transmata el soma en cuerpo, la lesión sobre el soma indicaría un no vaciado, al menos en un sentido parcial. Astillas de soma, rastros somáticos, epifenómenos que pueden presentarse en diferentes estructuras clínicas.

“¿Acaso no resulta lícito plantearse alguna vicisitud [de la primera identificación] que deje alguna astilla de soma disponible como única zona de inscripción para un fragmento de lenguaje –es decir, en última instancia, una faz del Padre- que, holofraseado no ha logrado hacerse significativo y representarse en el inconsciente y desde allí repercutir sobre el cuerpo?”<sup>36</sup>

Si de soma se trata, los obstáculos parecen porvenir de los avatares de la primera identificación, de la *corpsificación* resultante de la incorporación del Padre Muerto. ¿Cómo se llevaría a cabo entonces dicha inscripción? ¿De qué clase de

---

<sup>34</sup> Amigo, S., “Pulsión-Urverdrangung-Fantasma”, *De la práctica analítica, escrituras*, Ricardo Vergara Ediciones, Buenos Aires, 1994.

<sup>35</sup> Apuntes del Seminario “Fracasos del fantasma. Neurosis narcisistas”, Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNR, 2004. Clase del 07/08/04.

<sup>36</sup> Amigo, S., *¿Qué es, analíticamente hablando, la gravedad? Afecciones del soma, el cuerpo, el narcisismo*, mimeo. p. 2. (Lo situado entre corchetes es un agregado nuestro)

inscripción se trata? Al no tener un sentido metafórico en juego, ¿podríamos pensar que se trata de un signo, lo que representa algo para alguien?

“(…) a nivel de un fragmento de función paterna ligado a lo más remoto de su origen, un fragmento de lenguaje resulta no metaforizable, inepto entonces para que el sujeto se afanice representado tras un significante”.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup>*Ibid.* p. 3.

## VI- ALIENACIÓN Y SEPARACIÓN

En este apartado se llevarán a cabo ciertos recorridos por los conceptos de alienación y separación, intentando desplegar algunos interrogantes -vinculados a la tesis- surgidos durante la lectura de los Seminarios *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, *La lógica del fantasma* y *El acto analítico* de Jacques Lacan.<sup>1</sup>

### **Alienación: elección entre el ser y el sentido. El sentido, eclipse del ser**

Lacan, en sus seminarios, llevará a cabo dos presentaciones del tema de la alienación. En el Seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*<sup>2</sup>, Lacan plantea la aparición del sujeto del inconsciente a partir de dos operaciones constitutivas fundamentales - *alienación* y *separación*-, que ponen en relación dos campos -el del sujeto y el del Otro-.

En este texto, el Otro se presenta como el lugar en el que se sitúa la cadena del significante, rigiendo aquello que del sujeto podrá hacerse presente, podrá advenir. El advenimiento del sujeto en el campo del Otro instaura la relación con el “propio ser”; el propio ser se determina por la relación del sujeto al Otro en tanto campo del significante que instituirá una falta simbólica por su propia lógica de funcionamiento. Si el significante es lo que representa al sujeto para otro significante, ningún significante significará de modo pleno el propio ser del sujeto. El ser, término demasiado cargado de resonancias metafísicas, peso pesado de la filosofía occidental, resulta -en la lógica de Lacan- vaciado en la medida en que será inscripto en la lógica del significante.

Esta falta del ser retoma, nos dice Lacan, otra falta, la falta real del ser viviente que por estar sujeto al sexo, por reproducirse por la vía sexuada, quedará sometido a la muerte individual. Esta falta real hace que la pulsión parcial sea intrínsecamente pulsión de muerte, en la medida en que representa por sí misma la porción que corresponde a la muerte en el ser viviente sexuado. Si la sexualidad se

---

<sup>1</sup> Trabajamos algunas cuestiones sobre el tema en: M. Elizalde, *Algunas notas sobre alienación, separación y acto*, Maestría en Psicoanálisis, UNR, 2006.

<sup>2</sup> Lacan J., *El Seminario, Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1991.

funda en el campo del sujeto por la vía de la falta, su trama se verá inscripta, de alguna manera, en el campo del Otro.

La realización del sujeto, en el sentido de su constitución, surge de la estructura misma del significante, basada en la *función de corte*:

“La relación del sujeto con el Otro se engendra toda en un proceso de hiancia (...) Al producirse en el campo del Otro, el significante hace surgir el sujeto de su significación. Pero sólo funciona como significante reduciendo al sujeto en instancia a no ser más que un significante, petrificándolo con el mismo movimiento con que lo llama a funcionar, a hablar, como sujeto. Esta es propiamente la pulsación temporal en la cual se instituye lo característico del punto de partida del inconsciente como tal -el cierre”.<sup>3</sup>

Lacan llamará a este movimiento *afánisis* o desaparición, en tanto el sujeto se manifiesta en un movimiento que lo hace desaparecer bajo el significante, se ‘hace presente’ desapareciendo en este paradójico desvanecimiento letal.

El término *afánisis*<sup>4</sup> proviene de ciertos artículos de Ernest Jones<sup>5</sup>, en los que considera que el miedo a la castración, específico del hombre, tendría como equivalente en la mujer el miedo a la separación o al abandono, tratándose en ambos casos de manifestaciones diferentes de una angustia primaria común a los dos sexos: el miedo a la *afánisis* en tanto abolición de la capacidad de experimentar un placer o satisfacción sexual. Para Jones, esta amenaza de una extinción de la sexualidad conduciría a renunciar al objeto deseado, o bien al propio sexo.

Lacan por su parte, retoma el término y rescata a la vez la operatoria de la castración en tanto fundante para el sujeto, situando la *afánisis* en un nivel más radical, el de un movimiento de *fading*<sup>6</sup>, de desvanecimiento:

---

<sup>3</sup> *Ibid.* pp. 214-215

<sup>4</sup> Del griego *aphanisis*: invisibilidad, desaparición. R. Chemama y otros., *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.

<sup>5</sup> “El desarrollo precoz de la sexualidad femenina” (1927) y “El miedo, la culpabilidad y el odio” (1929) reproducidos en *Papers on Psycho-Analysis*, citados por Kaufmann, P., *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano*, versión digital.

<sup>6</sup> *Fading*: desvanecimiento, desaparición, marchitamiento.

“Si se le capta cuando nace en el campo del Otro, lo característico del sujeto del inconsciente es que está, bajo el significante que desarrolla sus redes, sus encadenamientos y su historia, en un *lugar indeterminado*”.<sup>7</sup>

La relación del sujeto con el Otro es entendida como un *proceso de borde*, circular y asimétrico. Para dar cuenta de dicha función de borde, Lacan recurre al término *vel*<sup>8</sup>, tomado de la lógica para explicitar la relación específica de estos dos conjuntos: el campo del sujeto y el campo del Otro. La primera operación en juego es la *alienación*, operación esencial que funda al sujeto y que lo condena a aparecer sólo en una división tal, que si aparece de un lado como sentido producido por el significante, del otro aparece como afánisis. Vel de la alienación, por el cual en la reunión de dos conjuntos -el ser (el sujeto) / el sentido (el Otro)- con elementos comunes, toda elección implica o tiene como consecuencia un *ni lo uno ni lo otro*. Ambos conjuntos resultan amputados, descompletados, agujereados en su puesta en relación por el sin-sentido, que no pertenecerá ya *ni a uno ni a otro*:

“Si escogemos el ser, el sujeto desaparece, se nos escapa, cae en el sin-sentido: si escogemos el sentido, éste sólo subsiste cercenado de esa porción de sin-sentido que, hablando estrictamente, constituye, en la realización del sujeto, el inconsciente. En otros términos, la índole de este sentido tal como emerge en el campo del Otro es la de ser eclipsado, en gran parte de su campo, por la desaparición del ser, inducida por la propia función del significante”.<sup>9</sup>

Por la operatoria del vel alienante, el sentido resulta pues el eclipse del ser.

La *segunda operación* en juego implica cierta circularidad en la que se demuestra una torsión. Si en un primer tiempo opera un vel de reunión, en el segundo tiempo funcionará el *vel de intersección o producto*. La intersección de los dos conjuntos en juego estará formada por los elementos que pertenecen a ambos; allí se producirá esta operación de *separación* en tanto ‘parirse’, engendrarse el sujeto a

---

<sup>7</sup> Lacan, J., *op. cit.* p. 216. La marcación del texto es propia.

<sup>8</sup> Lacan distingue en *El Seminario, Libro XI*, capítulo XVI, diferentes funciones del vel: 1) vel exhaustivo, “o voy allá o voy allí, tengo que escoger”; 2) vel que indica una suerte de equivalencia, “voy a un lado o voy a otro, da lo mismo”; 3) vel que se apoya en la forma lógica de la reunión, propio de la alienación; 4) vel de intersección o producto, propio de la operación de separación.

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 219

partir del encuentro con la falta en el Otro, falta que el sujeto leerá en los intervalos del discurso del Otro. El sujeto recortará, leerá en dichos intervalos de la estructura significativa el *deseo del Otro* a partir del cual se iniciará un posible movimiento del deseo del sujeto. Ante el enigma del deseo del Otro, el sujeto responderá con su propia desaparición:

“El primer objeto que propone a ese deseo parental cuyo objeto no conoce, es su propia pérdida -¿*Puede perderme?* El fantasma de su muerte, de su desaparición, es el primer objeto que el sujeto tiene para poner en juego en esta dialéctica (...)”.<sup>10</sup>

El sujeto halla, por medio de la separación, el “punto débil” de la articulación significativa alienante, en el intervalo en el que se aloja el deseo de ese primer Otro constitutivo del sujeto. El sujeto se constituye en ese punto de carencia, volviendo -retroactivamente- al punto inicial de su falta o afánisis.

“Se trata, entonces, permítaseme la expresión, de un asunto de vida y muerte entre el significativo unario y el sujeto en tanto que significativo binario, causa de su desaparición. (...) En la medida en que el sujeto viene a jugar su mano en la separación, el significativo binario, el *Vorstellungsrepräsentanz*, es *unterdrückt*, caído abajo”.<sup>11</sup>

El planteo de Lacan en este seminario, pone de relieve las paradojas del sujeto y del deseo: no habrá sujeto sin que haya afánisis del sujeto, alienación constitutiva del sujeto deseante. La aparición del sujeto a nivel del sentido sólo se dará por su afánisis en el Otro lugar, lugar del inconsciente.

De este modo, las operaciones de alienación y separación resultarán en una articulación de dos faltas, tal que una cubre a la otra.

“Una falta generada en el tiempo precedente sirve para responder a la falta suscitada por el tiempo siguiente”<sup>12</sup>, nos dirá Lacan, poniendo en juego la retroactividad propia de la *repetición*. Vale la pena detenernos en ella.

La lógica de la repetición, tal como puede pensarse a partir de la lectura que hace Lacan en el *Seminario IX La identificación*, trastoca la lógica habitual de pensamiento según la cual -en un primer momento- un elemento se inscribe y luego -en un segundo momento- vuelve a aparecer el mismo elemento repitiéndose. Por el contrario, la lógica de la repetición - y de la represión- opera de manera retroactiva

---

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 222

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 227

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 223

poniendo en juego no sólo la diferencia entre los elementos, sino también la autodiferencia de cada uno consigo mismo. Así, el segundo momento -en nuestro recorrido, la separación- funda retroactivamente el primer momento de alienación. Sólo en la medida en que se pone en juego una falta, la falta fundante en el campo del Otro, algo de la falta podrá instaurarse a nivel del sujeto.

“La inexistencia del Otro es condición necesaria (aunque no suficiente) de la existencia del sujeto (...) La inexistencia del Otro indica, en este sentido, la imposibilidad de que Otro nombre el nombre auténtico de mi deseo, pero también organiza en torno a ese vacío la convergencia de las redes significantes que determinan a cada cual: el Otro, inexistente, pero real y simbólicamente marcando su ausencia, *ahí*, como centro de atracción neutro, como sitio de una mirada ciega”.<sup>13</sup>

Esta *primera variante* en que Lacan conceptualiza la alienación<sup>14</sup> pareciera deslizar la idea de un Otro absoluto que en un segundo momento pondría en juego su falta. En verdad, el Otro puede resultar absoluto sólo en términos imaginarios, en tanto y en cuanto el sujeto nace sólo a partir del encuentro con la falta. Esta observación nos permite señalar que el primer tiempo de la alienación se corresponde con la *privación*<sup>15</sup> y el segundo con la *castración*, esto es, un pasaje desde la falta de significante al significante de la falta, que a su vez inscribe y sutura a la falta de significante por el significante fálico. Vemos allí esa doble falta superpuesta, donde una segunda falta reinscribe una primera.

Otro aspecto de la alienación -en el planteo del *Seminario XI*- radica en el *carácter forzado de la decisión* frente a alternativas no complementarias ni simétricamente inversas: “la bolsa o la vida”, “libertad o muerte”, “libertad o vida”.

---

<sup>13</sup> Ritvo, J., “Acto, decisión, alienación”, *Conjetural* N° 38, Buenos Aires, diciembre de 2002. p. 21.

<sup>14</sup> Veremos luego el modo en que lo hace en seminarios posteriores.

<sup>15</sup> “Según el texto relativamente antiguo de Las formaciones del inconsciente (1957) hay privación real de un objeto simbólico, castración simbólica de un objeto imaginario y frustración imaginaria de un objeto real. Esta concepción de la privación prolonga la de Freud, en el sentido de que el interdicto [l’interdit] hace valer su objeto como proveniente de una negación y, en consecuencia, como objeto simbólico, en la acepción de Lacan; la privación es «real» en tanto que representa precisamente ese agujero en el ser que figura en Lacan la ex-sistencia de lo real”. Kauffmann, P., *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano*, versión digital.



Se trata de una *elección excluyente*, o esto / o aquello, elección forzada entre opciones heterogéneas, donde en ambos casos habrá una pérdida en juego.

Podemos indicar, entonces, *dos momentos de la alienación*<sup>16</sup>. Un *primer momento* da cuenta de la entrada del *infans* en el lenguaje, entrada constrictiva y traumática, en la que el pensamiento queda inmerso en un tiempo de suspenso donde la marca de la imposibilidad / inexistencia del Otro se liga a la propia falta del sujeto. Primer momento de la alienación, *del silencio al Otro*, conjunto de significantes de los cuales el sujeto deberá sujetarse.

Un *segundo momento de la alienación* introduce una falta, el “exilio del Otro” que deja su huella, su trazo, y que permitirá al sujeto situar un significante y un orden simbólico. Si el primer momento da cuenta de un movimiento del silencio hacia el Otro, este segundo momento señala el camino desde la falta de significante al significante de la falta en el Otro, a condición de recordar que esta segunda fase habrá sido primera -lógica de la retroactividad-. En el segundo momento de la alienación el sujeto podrá situarse en su singularidad en la medida en que se produzca una separación, *salto* o discontinuidad.

“Es preciso saltar porque la conclusión no se desprende espontáneamente de las premisas; es preciso saltar porque entre razón y razón hay intersticios incolmables (...); es preciso saltar porque entre el hecho y el valor, hay discontinuidad. Y sin embargo, el salto establece, en el vértigo de la inexistencia del Otro, una extraña continuidad a posteriori (...)”.<sup>17</sup>

¿Cómo entender este segundo momento de la alienación? Ciertamente se indica en el hecho de que sea nombrado como un ‘segundo momento’ de la alienación, y no simplemente como separación. Esto pareciera mostrar quizás que no se trata de opciones excluyentes, sino de operaciones en alternancia, siempre en juego, desde la constitución misma del sujeto, articuladas a partir de una operación de vaciamiento.

Hemos indicado, entonces, que esta primera forma de presentación del tema de la alienación, en el *Seminario XI*, recurre a los círculos de Euler para poner en relación el ser (el futuro sujeto) y el sentido fálico (el Otro).

---

<sup>16</sup> Seguimos aquí el planteo de Ritvo, J., *op. cit.*

<sup>17</sup> *Ibid.* p. 31

Se trata de una elección forzosa o alienante dado que en verdad no hay opción; el futuro sujeto deberá ceder el ser para obtener del Otro algún sentido. La alienación es aquí al sentido sexual del Otro, en tanto el futuro sujeto ‘signifique algo para alguien’. Que el niño signifique algo para alguien lo ubica pues en tanto signo o cifrado de goce.

La entrada en el sentido fálico del Otro conduce a que lo que aparece del lado del Otro como sentido reduzca al sujeto a la *afánisis*, desaparición del ser del sujeto.

En la separación, el sujeto vuelve al campo del ser, saliendo del sentido compacto y afanizante del Otro, proponiéndose como “no siendo”. El sujeto se ubica aquí en el “no ser” aquello que se ajusta al sentido fálico del Otro; retorno al ser por el no-ser. El sujeto se extrae del sentido del Otro, produciendo la caída de *a* en tanto *rien*, lo sin sentido por excelencia, raíz del sujeto.<sup>18</sup>

Con la sustracción del campo del sentido por parte del sujeto, el falo podrá articular su función significante, introduciéndose una lógica paradójica para el sujeto, paradoja de ser y no-ser, viraje del sentido a la significación.<sup>19</sup>

En el *Seminario XI*, Lacan introduce, como vimos, el término *holofrase* para dar cuenta de una ineficacia del movimiento de separación, tal que S1-S2 quedan compactados. La separación de esta holofrase será viable por la represión primordial, *Urverdrängung*, del representante de la representación, *Vorstellungsrepräsentanz*, S2, tal que emerja el representante del sujeto (S1). S2 es “desalojado” primariamente al inconsciente, haciendo que la falta de objeto se incorpore y se inscriba por la identificación primaria.

“Operada la sustracción del cifrado de goce, queda en el núcleo real del inconsciente un representante de *rien*. Un representante de la caída de objeto”.<sup>20</sup>

Cabe detenerse en este punto, para hacer algunas *consideraciones con relación a los fenómenos psicosomáticos*.

---

<sup>18</sup> “A esta sustracción del sentido fálico, Lacan lo llama, en su seminario *Le sinthome*, forclusión del sentido. Se trata de una forclusión estructural, que nada tiene que ver con la *Verwerfung* del Nombre-del-Padre”. Amigo, S., *Clínicas del cuerpo. Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2007. p 161.

<sup>19</sup> La distinción entre sentido (*Sinn*) y significación (*Bedeutung*) es trabajada por Lacan a partir del texto de Frege (*Sobre sentido y significación*, Tecnos, Madrid, 1974); la significación aludirá a la falta de objeto o sustracción del sentido fálico.

<sup>20</sup> Amigo, S., *op. cit.* p. 166.

La alienación implica la entrada del sujeto a advenir en el goce compacto del Otro, momento en que aún no se ha producido caída de  $a$ , y por lo tanto sin separación entre S1-S2, sin la eficacia de la represión primordial de S2 y el retorno de S1 (movimiento que daría cuenta de la estructura del síntoma). El holofraseo entre S1-S2 señala, entonces, una no-caída de  $a$ , un no-vaciamiento de goce, operando  $\Phi$  como signo y quedando el sujeto sin lugar de representación.

A partir de esto, podemos considerar que en los fenómenos psicosomáticos no hay en verdad un sujeto ni movimiento deseante, pues se trataría de una falla en una operatoria previa indispensable. S1 no se separa de S2, no se recorta como tal; sin embargo el *recorte* se efectúa en tanto recae en una parte del soma y no en el entero - esto es, el niño todo -.

El órgano lesionado, la lesión somática, cifra el goce compacto del Otro como un signo, sin posibilidades significantes ni desplazamiento posible. El órgano afectado aloja el goce masa del Otro; el sujeto no adviene pues desaparece, se afanisa en el sentido fálico del Otro.<sup>21</sup> Se trata pues de una operación fallida de separación y a la vez un intento de separación, pues el niño ofrece, cede, entrega un órgano a la demanda de goce del Otro, demanda muda desligada del enjambre inconsciente. A la pregunta que formula el sujeto al Otro - *¿Puedes perderme?*- responde dando una parte para no darse todo. 'Ofrenda' una parte de su soma, lugar de registro de un goce compacto, cifrado, signado en la *lesión que nombra al sujeto como sutura de la falta del Otro*.

S1 podría operar si la separación de la holofrase se efectuara, para derogar aquel sentido que ubique al sujeto en el lugar de signo o cifrado de goce. S1, como señalador del objeto, permitiría velar dicho  $a$ , ya no como *rien* sino con el enjambre simbólico que S1 aporta, enjambre de representantes pulsionales intrincados entre sí.

Podemos pensar, entonces, que al no haberse dado esa separación de la holofrase, en el punto del fenómeno psicosomático, la pulsión no tendría dicha estructura significante, sino sólo la irrupción del goce del Otro.

Trataremos de volver a considerar este punto a partir de la segunda presentación que hace Lacan de la temática de la alienación y la separación. Allí,

---

<sup>21</sup> Cabe advertir que la no aparición del sujeto es en el punto mismo del fenómeno psicosomático, distinguiéndose de las psicosis en las que no hay advenimiento posible para el sujeto.

Lacan pondrá en relación la “lógica” de conjuntos con el cogito cartesiano -“en tanto se toma, por primera vez, el *vel* como constitutivo de la dialéctica del sujeto”-.

Descartes dirigió su búsqueda hacia una *certeza*, como punto de orientación y de instauración de “algo separado”; inaugura dicha certeza en el *yo pienso* de la cogitación, que resulta signada por un punto sin salida, punto entre la aniquilación del saber y el escepticismo:

“Su error es decir que algo sabe sobre esta certeza y no hacer del *yo pienso* un simple punto de desvanecimiento”.<sup>22</sup>

El modo cartesiano de salir de este atolladero fue introducir un Otro garante de las verdades eternas, Dios, en tanto sujeto al que le supone saber.

### **Alienación: alternancia entre no pienso y no soy**

Lacan, en los *Seminarios La lógica del fantasma y El acto analítico*<sup>23</sup>, formula una nueva presentación del tema de la alienación y la separación, a partir de la propia lectura del cogito cartesiano.

El pensamiento cartesiano le permitirá repensar la alienación, a partir de la alternativa “o no pienso o no soy”. Esta modalidad de conceptualización implica una *disyunción de tipo inclusiva -no excluyente-* en la cual si hay exclusión es de la conjunción “no pienso y no soy”. Ya no se tratará de una elección entre dos opciones no complementarias, sino de una *alternancia*.

Lacan equipara el *yo pienso* con una operación de vaciamiento del conjunto del *yo soy*:

“Por allí mismo deviene un *yo escribo*, único capaz de efectuar la evacuación progresiva de todo lo que está puesto al alcance del sujeto en materia de saber. El sujeto -es totalmente fundamental para la conceptualización del acto- no se encuentra solamente en posición de agente del *yo pienso* sino en posición de *sujeto*

---

<sup>22</sup> Lacan, J., “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, *El Seminario, Libro XI*, Paidós, Buenos Aires, 1991. p. 232. En párrafos anteriores, Lacan ha planteado al escepticismo como una posición subjetiva -*no se puede saber nada*- ligada a los llamados libertinos o pirronianos, diferenciándola de la duda sistemática de los saberes. Sitúa al escepticismo como el otro término del *vel* de la alienación en Descartes.

<sup>23</sup> Lacan, J., *Seminario XIV La lógica del fantasma* (1966-1967), traducción de Carlos Ruiz, y “El acto psicoanalítico”, *Seminario XV* (1967-1968), traducción de Silvia García Espil.

*determinado por el acto mismo* en cuestión. (...) En efecto el cogito es por una parte el lugar donde se origina esa repetición constitutiva del sujeto y por otra parte el lugar donde se instaura un recurso al gran Otro, tomado el mismo en el desconocimiento en tanto que ese Otro es supuesto como no afectado por la marca, es decir se supone que ese Dios no escribe”.<sup>24</sup>

En el ‘yo pienso’ en tanto acto, el sujeto se encuentra determinado por el acto mismo, realiza un acto y se encuentra determinado por ese mismo acto, muestra su división, ‘es’ su división; por esa división en acto lee -la falta en el Otro, el sentido- escribe, crea. En una aparente paradoja, Dios -el “creador”-, supuesto gran Otro sin barrar, no lee, no escribe, no piensa, no crea.

Por esta misma vía Lacan distingue el sujeto del enunciado del sujeto de la enunciación, articulándolos en el cogito cartesiano.

“El vocablo ‘pensar’ significa aquí el retorno del ‘Je’ sobre sí mismo; retorno que está regulado por la ley del rasgo unario: la autorreferencia se vuelve siempre autodiferencia. El lugar de la identidad, el que en términos freudianos puede pensarse como el de la identidad de pensamiento circunscribiendo la identidad de percepción, es un lugar vacío: nada hay allí que pensar, nada hay que representar (en el sentido de *Vorstellung*, no de *Repraesentanz*)”.<sup>25</sup>

Se trata aquí de un vacío operante en la medida en que causa al sujeto y al acto. Si *yo pienso* es una *operación de vaciamiento* del *yo soy*, el vacío operante da lugar al *yo escribo*, a la repetición y al acto. *Yo pienso*, ligado al Ello, pone en juego con el vacío la dimensión del inconsciente.

En el Seminario de *La lógica del fantasma*, Lacan desarrolla la *diferencia entre Ello e Inconsciente*, distinción frente a la cual el sujeto no tiene elección.

El *Je* como sujeto del discurso se erige como instauración del ser, pero sólo funciona como tal pasando por la estructura gramatical del fantasma, en la cual el sujeto estará representado como objeto, núcleo del Ello, en tanto que ‘eso’ no es *Je*. Paradoja del *Je*, que instaura el ser en la medida que no es.

Si el *Je* se constituye a partir de la estructura del fantasma, y el fantasma resiste a su inserción en el discurso del Inconsciente, hay una resistencia del Ello a ser representado por el Inconsciente:

---

<sup>24</sup> Lacan, J., *Seminario XV, El acto analítico*, Clase 11 del 28 de febrero de 1968, traducción de Silvia García Espil.

<sup>25</sup> Ritvo, J., *op. cit.* p. 27.

“En Lacan los términos han cambiado de sentido. En el clasicismo freudiano se trataba de hacer consciente lo inconsciente, acá se trata de hacer inconsciente, como saber, la verdad latente en el Ello. Es otra versión de la estructura del Inconsciente”.<sup>26</sup>

“Uno debería preguntarse: ¿existir y ser son sinónimos? Y si son sinónimos ¿por qué la redundancia? Cada vez que hay redoblamiento es sospechoso”.<sup>27</sup>

Lacan hizo un trabajo de lectura del texto cartesiano, lectura de la enunciación, desmontando la aparente unicidad entre pensar y existir. El cogito en su carácter de falso acto es, a su vez, condición del acto en tanto da comienzo a una nueva posición del sujeto, la aparición del sujeto. Descartes puso en acto la división propia del sujeto en la forma misma del cogito, ‘pienso, luego soy’, ‘luego’ que acarrea la división entre pienso y soy, y que aporta a su vez el recurso a un Dios garante, campo del Otro que muestra nuevamente la división que se buscaba suprimir.

Lacan demuestra, a partir de la lectura del cogito cartesiano y de la fórmula freudiana “*Wo Es war, soll Ich werden*”, que la oposición alienante a la que se ve confrontada el sujeto es en verdad “*o no pienso o no soy*”. Se tratará ahora de una alternancia sin elección posible, en la medida en que pone en juego una partición forzosa entre las instancias del Ello -‘o no pienso’- y del Inconsciente -‘o no soy’-.

El trabajo de Lacan parece haber consistido en sustituir dos fórmulas, la de Descartes y la de Freud, extrayendo de dicha sustitución la riqueza metafórica de su mutua infiltración:

Pienso <i>Wo Es war</i> Donde Ello/eso era		luego existo <i>soll Ich werden</i> el sujeto debe advenir
<i>Je ne pense pas</i> o no pienso <i>a</i> no-yo	diferente de	<i>Je ne suis pas</i> o no soy <i>Je</i> no-yo

<sup>26</sup> Ritvo, J., Seminario “Vicisitudes del acto. Síntoma, pasaje al acto y acto analítico”, clase del 05/05/06, Maestría en Psicoanálisis, UNR.

<sup>27</sup> *Ibid.*

Lacan introduce en la fórmula la *negación*: *Je ne pense pas* -donde lo afectado por la negación es el *Je* (yo)- y *Je ne suis pas* -donde lo tachado es el *suis* (ser)-. Introduce la negación en tanto constitutiva, frente a la cual la afirmación de ser resulta un retorno de lo reprimido.

“El no-pienso y no-soy funciona porque no hay modo de acceso al pensar y al ser que no sea por vía negativa, porque el discurso impone la estructura negativa, porque la resistencia propia del Ello y del Inconsciente impone la vía negativa. La vía negativa es el rechazo, (...) es lo que él llama una *forclusión originaria* (...) del ser. (...) se expulsa lo que nunca estuvo ahí”.<sup>28</sup>

Esta alternancia pone de relieve una escisión entre el campo de la representación y el campo de la existencia, tal que *no es posible una reunión entre el pensar y el ser*.

Se presentan entonces dos campos en alternancia constante, con relación a lo cual la tarea analítica radicaré en hacer inconsciente el Ello, *Eso* innombrable, en torno a lo cual el fantasma opera como instancia intermedia, de pasaje, de lo mudo -Ello no habla- a cierta forma de inscripción inconsciente.

Esta distinción nos permite puntualizar una nueva diferencia. Si en ambos campos de la alternancia el yo resulta vaciado, en el campo del Ello -no pienso-se tratará de un ‘no-yo’ excluido, inconstituido, en tanto verdad por venir. Por otra parte, en el campo del Inconsciente, campo del discurso del Otro que ‘habla’, del ‘no soy’, de la destitución del ser, el ‘no-yo’ indica aquí la división significativa en tanto saber inconsciente.<sup>29</sup>

Detengámonos en esta segunda forma de presentación del tema de la alienación.

---

<sup>28</sup> “Por el sólo hecho de hablar pierde lo que nunca tuvo, pero que supongo podría estar ¿dónde? en ese paraíso de la infancia previa, preverbal (...) hay un rechazo que lejos de expulsar algo que ya estuvo, lo que hace es constituir algo por el solo hecho de rechazarlo (...) se trata de la tachadura de lo que nunca estuvo ahí”. *Ibid.*

<sup>29</sup> Frente a esta alternancia entre campos disyuntos, Lacan ha recurrido, como punto de corte, a las nociones de *acto* y *decisión*, nociones que introducen una dimensión ética en el psicoanálisis, más allá de la tradicional oposición entre un criterio puramente determinista y una opinión basada en el anhelo del libre albedrío. Trabajamos este tema en: Elizalde, M., *Algunas notas sobre alienación, separación y acto*, Maestría en Psicoanálisis, UNR, 2006.

“Pienso, luego soy” es leído por Lacan, desde una perspectiva analítica, cuestionando que el pensamiento agote, colme el ser. La fórmula lacaniana  $\sim$  (no pienso  $\wedge$  soy), leída como “no <pienso y soy>”, equivale a “o no pienso o no soy”; soy allí donde no pienso, allí donde pienso desaparece el ser.

Esta fórmula da cuenta, entonces, de la imposibilidad, la inexistencia, de un Otro completo y consistente.

“O no pienso o no soy” implica, por un lado, que *soy donde no pienso*, tal que el sujeto se aliena al Ello pulsional<sup>30</sup>. “Yo no soy” implica por su parte, una falta en ser por el inconsciente; no ser el objeto pulsional, parcial, que el Otro demanda al sujeto.

“Si en el primer modo de presentación de la alienación, que examinamos más arriba, el fantasma de la propia muerte es el único objeto separador del deseo del Otro, en estos seminarios Lacan plantea la alienación ya no al sentido del Otro, sino al enjambre que rodea al objeto. Al plantear que el “pasaje al acto de la alienación” se vuelca sobre el ello pulsional, da por sentado que ya están actuando los representantes pulsionales. “Yo no pienso”, pasaje al acto de la alienación, implica un “soy el objeto pulsional” ya no el *rien*”.<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> No se trataría aquí del Ello mudo, sino de un ‘Ello que habla’. “(Freud) acentúa y reargumenta lo que ha descubierto en el curso de la experiencia de la cura y que no deja de ser reactivo a toda captación plena: algo actúa, algo piensa en nosotros, extraño a nosotros mismos, neutro e impersonal, procediendo sin que lo sepamos. Expresiones comunes tales como «eso [ello] me agarró de golpe», «eso me hizo sufrir» o el famoso «eso habla» de Lacan confluyen con esta perspectiva de Freud. Al reflexionar sobre lo que allí se enuncia como ello, Lacan llega a formular, en su seminario sobre la Lógica del fantasma, que «ello es lo que, en el discurso en tanto estructura lógica» (aquí estructura gramatical), «es todo lo que no es yo [«je», yo de la enunciación distinto del «moi», yo del enunciado], es decir, todo el resto de la estructura». (...) «*Wo Es war, soll Ich werden*», escribe Freud, lo que la última versión francesa de las Nuevas conferencias se traduce como «Là où était du ça doit advenir du moi [allí donde estaba algo del ello debe advenir algo del yo]». Lacan sostiene que se trata ahí no del «moi», «constituido en su núcleo por una serie de identificaciones alienantes», sino del «je», del «Sujeto verdadero del inconsciente», que debe emerger a la luz en ese lugar de ser que es ello.”. Chemama, R. y otros, *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.

<sup>31</sup> Amigo, S., *Clínicas del cuerpo. Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2007. p. 173. En este modo de la alienación, el apoyo del sujeto está dado, ya no por el Otro, sino por el objeto *a* fantasmático: “Una frase reiterada en varias



Nos interesa interrogar las implicancias de estas dos formas de presentación de la alienación.

En la primera presentación, propia del *Seminario XI* de Lacan, la alienación es al sentido del Otro; el sujeto se afanisa en el sentido fálico del campo del Otro, perdiendo su ser. El movimiento de separación dará por resultado un retorno al ser como “no siendo” aquello que da consistencia al sentido del Otro. Aquí, el sujeto se extrae del sentido del Otro, como señalamos, causando la caída de *a* en tanto *rien*.<sup>32</sup>

En el segundo modo de presentación, en los *Seminarios XIV* y *XV*, Lacan articula la alienación al ello pulsional, “soy el objeto pulsional”, no ya el objeto en tanto *rien*. Aquí la separación conduce al sujeto de la alienación a “no ser el objeto pulsional” del Otro. “Yo no soy” propio del inconsciente, posibilitado por S1 y su enjambre.

Al trabajar esta temática, nos surgieron interrogantes acerca del estatuto de estos modos de presentación. ¿Se trata de dos concepciones o teorías en Lacan sobre la alienación? ¿Se trata de dos “modos de presentación”? ¿Cuáles son las implicancias clínicas de estos modos diversos? Así mismo, ¿qué nos permiten pensar estos dos modos acerca de los ejes de nuestra tesis?<sup>33</sup>

El segundo modo de presentación de la alienación, implica un *a* pulsional. ¿Nos permite esto pensar algo nuevo sobre los fenómenos psicosomáticos?

---

oportunidades por Lacan reza así: ‘El objeto *a* es el soporte de lo que el sujeto no es en tanto no es el falo’. Dicho de otro modo: el objeto *a* es el soporte del sujeto allí donde representa goce para el propio sujeto”. *Ibid.* p. 205.

<sup>32</sup> Es oportuno recordar que la alienación, como movimiento primero, es tal a partir del segundo movimiento, la separación. Desde una lógica retroactiva, el primer momento se constituye a partir del segundo; esto es importante para considerar, pues de otro modo se corre el riesgo de suponer “intencionalidades” subjetivas o la aparición de una falta allí donde no la había. El recurso a los “momentos” permite desglosar tiempos lógicos para argumentar e interrogar la experiencia clínica.

<sup>33</sup> Silvia Amigo, *Ibid.*, toma partido por considerar estas dos presentaciones como dos posiciones subjetivas. Esta postura se evidencia cuando plantea la posibilidad de una regresión de la segunda a la primera forma de la alienación; por ejemplo en el caso de Hamlet frente a lo que la autora considera una desestabilización del fantasma. Véase especialmente en capítulo VII del libro citado.

Creemos que en el punto del fenómeno psicosomático no interviene la eficacia de la caída del objeto *a* en tanto objeto de la pulsión; en este punto se diferencia justamente de los síntomas de conversión histéricos, recortados por la estructura significativa sobre un cuerpo erogeneizado. En los fenómenos psicosomáticos, así como en las somatizaciones pasajeras, el objeto *a* en juego parece ser el *a* en tanto *rien*; la incompletud de su caída hace que una parte del soma se entregue a la demanda mortífera del Otro. Hay en ese punto, pues, un movimiento de separación sostenido en la entrega de una parte del soma, parte que no pasará a la cuenta del sujeto, quedando al parecer entregado al Otro y su goce compacto.

En este sentido, los fenómenos psicosomáticos parecen corresponderse más bien con la primera de las dos presentaciones de la alienación, puesto que en esta, el apoyo radica en el Otro y su campo de goce, mientras que en la segunda, el apoyo del sujeto se establece en el objeto *a* pulsional, en el fantasma.

La clínica misma nos muestra que en las afecciones psicosomáticas *ello no habla*; parece tratarse más bien del *ello mudo*, sin el entramado significativo en su verdadera eficacia.

En las afecciones psicosomáticas, “yo no soy” se dice en el soma, como respuesta a la demanda invasiva del Otro. Allí la lesión “dice” de la imposibilidad de decir; inscribe la imposibilidad de inscripción por la ineficacia de S1-S2 holofraseados, congelados en el soma. La lesión dice “yo no soy” y a la vez “yo soy”; compacta el instante detenido de la imposibilidad de una separación anunciada.

## VII- CONSISTENCIAS DEL CUERPO

Uno de los ejes de esta tesis es la *articulación entre cuerpo y escritura*, en tanto dos términos que merecen un recorrido conceptual, fundamentalmente en la especificidad de los fenómenos psicosomáticos.

“El psicoanálisis lacaniano estudia la estructura del sujeto, la formaliza para mejor operar clínicamente sobre ella. Ese estudio deja saber al analista cuyas tomas de partido no constituyan un *a priori* que impida pensar, que la estructura del sujeto es un advenir donde no sólo es posible que haya o no haya escritura del lenguaje (esto equivale a afirmar que el lenguaje no siempre deviene simbólico; sino que sólo lo hace cuando se incorpora por identificación), sino que en ese advenir pueden y suelen ocurrir fallos de escrituras. Si así no fuera sólo habría o bien neuróticos o bien autistas veros. Sucede que la clínica nos deja ver un amplio abanico de otras posibilidades (...)”.<sup>1</sup>

Resaltamos la idea de *fallos de escritura* como idea articuladora para pensar e interrogar la particularidad, *los modos de inscripción y los avatares identificatorios* en aquellos sujetos que presentan fenómenos psicosomáticos.

La idea de *escritura* se liga, a nuestro entender, indefectiblemente al término *identificación*, tal como puede leerse en el *Seminario IX La identificación* de Jacques Lacan.

### La relación lenguaje / soma

“Si el lenguaje carece de agujero, resulta no incorporable”<sup>2</sup>.

Si el lenguaje no presenta agujero, y por lo tanto se presenta como una suerte de masa compacta, el soma tendrá “boquetes” pero no bordes erógenos en la medida en que es el lenguaje agujereado por la falta que nombra el deseo materno, el que transformará los boquetes en bordes erógenos. Lenguaje y soma, entonces, se apilarán sin entrelazarse.

Es la apetencia fálica, traza fálica en la madre, la que cavará ese agujero que permitirá el entrelazamiento del lenguaje y el soma, tal que el soma devenga cuerpo

---

1 Amigo, S. *Clínicas del cuerpo. Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2007. p. 12-13.

2 *Ibid.* Pág. 31.

y el lenguaje devenga simbólico. De dicho entrelazamiento habrá un resto, *a* en tanto tal, *rien*, como resto no identificable, como aquello que no se puede incorporar del padre.

¿Cuál es el estatuto de este *a*? No se trata de un elemento significativo, sino de un resto de esta primera operación identificatoria, anterior a una especificación oral, anal, escópica o invocante; se trata más bien de una matriz de la falta de objeto, primera falta de objeto que hará posible en un segundo momento lógico el movimiento pulsional. Resto no significativo, no simbolizable, pero tampoco parte de la imagen – al menos en un sentido normativo-.

“Este *a* no va a ser nunca cifrado en el inconsciente, porque no forma parte de los símbolos, no es significativo: tampoco debiera, normativamente, figurar en la imagen. Pero, según intentaremos demostrarlo, este *a*, de no caer adecuadamente, puede aparecer incrustado, como una astilla, en la imagen. Como traza (no trazo, sino *traza*, huella no borrada), actúa desde el Ello hacia el yo sin mediación inconsciente (...) es este *a* el que nos pide Lacan que construyamos al final del análisis, para que el sujeto vuelva a hacerlo caer, pueda decir, acerca de este *a*, “yo no soy”. Para esto hay que haberlo construido y localizado”.<sup>3</sup>

Este objeto *a en tanto tal*, trae consigo la dificultad de pensar la función del objeto antes de la constitución de la pulsión, de las pulsiones parciales. Sin embargo, esta primera operatoria de la identificación es nombrada como “incorporación”, en su doble sentido, incorporar algo, tragarlo, con todo el peso oral del término, y a la vez hacer cuerpo, dar una primera consistencia al soma devenido cuerpo erogeneizado. Es en esa primera identificación que el niño incorpora la apetencia fálica –topología del agujero-, que dará por resto la caída de *a* en tanto tal (*rien*), molde que posibilitará el *tour* de la pulsión (cuerpo erógeno) y que el lenguaje devenga simbólico.

Para Lacan este *a* operará en tanto *soporte del sujeto*, en tanto que S1 cumplirá la función de *nominación del sujeto*.<sup>4</sup>

La identificación con lo simbólico, la incorporación de lo simbólico propia de la primera identificación, es “posible cuando el sujeto por venir ha contado con una

---

<sup>3</sup>*Ibid.* p. 33-34.

<sup>4</sup> Nos detendremos sobre este punto en otro apartado, para despejar las articulaciones con la función del nombre propio y su posible degradación en los fenómenos psicossomáticos.

posición del Otro tal que permita el desglose de la paradojalidad del significante. (...) el niño mismo debe a la vez ser y no ser el significante que la madre lo convoca a ser (esto es, el falo). Entonces, identificar lo simbólico implica “tragar” esa paradojalidad, lo que equivale a decir, como desarrollaremos más adelante, que la incorporación de lo simbólico depende de la localización e identificación a lo real del Otro real. (...) sólo tras este logro identificatorio se adquiere una primera formación del cuerpo, *dejando de costado el soma para todo lo que hace a las inscripciones de marcas subjetivas*. Afirmamos por el momento (intentaremos formalizarlo más adelante) que sin la pérdida que da lugar a la formación del objeto *a* no existe alcance de la noción de cuerpo”.<sup>5</sup>

La cita precedente nos da lugar a interrogar justamente si en los fenómenos psicosomáticos se pone en juego una falla en la primera identificación; una falla de escritura, de inscripción de la traza fálica que hace que algo se inscriba en el soma.

Este punto da lugar, a su vez, al problema de la alienación y la separación, tal como lo plantea Lacan en el *Seminario XI Los cuatro conceptos fundamentales de psicoanálisis*. A partir de esta primera formulación de Lacan<sup>6</sup>, podemos pensar que si el objeto *a* no cae, la operación de separación es, al menos, incompleta, fallida. ¿Podríamos pensar que de dicha falla se obtenga como resto de la operación *restos de soma* en lugar de un resto *a (rien)*? Allí donde debiera haber un corte hay soma, tal que el sujeto<sup>7</sup> no se separa del Otro y su demanda, tal como lo evidencia la aparición de la lesión somática.

Sin separación no habría, pues, caída de *a* ni S1. ¿No se presenta aquí una cierta contradicción con la idea de holofrase entendida como una suerte de conglomerado significante? Podríamos pensar que si la holofrase es el pegoteo S1-S2, dichos significantes pierden por el pegoteo mismo su eficacia; en la holofrase, tal como la conceptualiza Lacan en el mismo *Seminario XI*, S1 y S2 están compactados,

---

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 67. Las cursivas son nuestras.

<sup>6</sup> Indicamos a esta formulación como “primera” en tanto Lacan expondrá una segunda formulación en “La lógica del fantasma”, *Seminario XIV* (1966-1967), y en “El acto psicoanalítico”, *Seminario XV* (1967-1968).

<sup>7</sup> Tendríamos que pensar si en realidad el término “sujeto” es pertinente en este punto, pues en realidad no se corresponde con la idea de sujeto que elabora Lacan. Si un significante representa a un sujeto para otro significante, vemos claramente que en el fenómeno psicosomático no hay tal remisión significante ni función del sujeto en juego.

sin hiancia, no dando lugar a la aparición / afánisis del sujeto, no habiendo pues en ese punto - estrictamente hablando- ni sujeto ni deseo, o bien, sólo un sujeto detenido en el punto de la alienación / separación inconclusa (insistimos, no como oscilación sino más bien como detención).

Podríamos pensar entonces, que en el fenómeno psicosomático no habría caída de  $a$  ni tour pulsional, por lo cual no habría allí un síntoma y su soporte fantasmático. Sin embargo, ¿el fenómeno psicosomático “daría a ver”, en tanto fenómeno, algo de la inclinación del sujeto?

Surgen aquí nuevos interrogantes. ¿Cuál sería entonces la relación entre el fenómeno psicosomático y el fantasma? ¿El fenómeno, la lesión del soma, se inscribiría en un “más allá del fantasma”? ¿O más bien, en una escritura simultánea pero sin articulación? ¿Inscribe quizás el fenómeno psicosomático en el soma aquello que a su vez se inscribe en el fantasma, pero en este caso como un axioma simbólico con relación al objeto  $a$ ?

El modo de inscripción hace a la inscripción misma; no creemos en un sentido previo que se expresaría bajo diferentes formas. Si la forma de inscripción hace a la inscripción misma, sus posibilidades de lectura serán diferentes, la lectura de cada forma será otra.

En este sentido, cabe pensar que resultaría imposible y aún ineficaz abordar los fenómenos psicosomáticos en forma directa, “en sí”, a menos que se opere desde la sugestión. El condicionamiento de perros que efectuaba Pavlov, la generación de ampollas por sugestión que realizaba Bernheim, las curas chamánicas, ¿no pueden pensarse, acaso, como modos de sugestión de incidencia directa sobre el soma mismo? Modo de la palabra, palabra / signo de un amo (hipnotizador, científico, chamán), que determina una reacción o lesión en el organismo.

Si no se pueden abordar los fenómenos psicosomáticos en sí mismos, tal vez puedan ser “afectados” en la medida que el trabajo de análisis los sintomatice, los incluya en la trama discursiva tal que por la vía del lenguaje algo del corte se inscriba allí.

Pero, la experiencia clínica nos muestra que en general dichas lesiones modifican su frecuencia de aparición, su gravedad, se acota el lugar que tiene en la vida cotidiana del paciente, sin por ello poder suprimirlos.

## La primera consistencia corporal. Lo incorporal

Detengámonos en el término ‘consistencia’. Concepto tardío de Lacan<sup>8</sup>, que alude a una referencia imaginaria del sujeto, superficie homogeneizante, necesaria en tanto textura imaginaria que permite recubrir un vacío - condición de existencia- para que el yo pueda sostenerse en una trama que tiende a hacer olvidar dicha existencia. Lacan indica pues tres términos que se articulan: la consistencia imaginaria, la insistencia simbólica, y la existencia real. La consistencia es el resultado de ciertas operaciones constitutivas, y tiene como función recubrir un vacío condición de existencia.

Lacan introduce a su vez un término tomado de los estoicos, la noción de *incorporal*<sup>9</sup>:

“La estructura se atrapa en el punto mismo donde lo simbólico toma cuerpo. El cuerpo de lo simbólico, a ese cuerpo, no hay que entenderlo, en absoluto, como

---

8 Sabemos que en las primeras elaboraciones Lacan tiende a equiparar lo imaginario con el desconocimiento; en una época tardía de su elaboración, lo imaginario revela además su función de sostén. “Ahora bien, Lacan introduce su última modalidad de escritura sujeto, los nudos (las trenzas no son otra cosa que una forma de presentación nodal), a partir de los seminarios... *ou pire* y *Encore*, donde presenta, en las últimas clases, los redondeles de hilos. Estos seminarios son seguidos por *Los nombres del padre*, homofonía de “*Les non dupes errent*”. El pasaje del singular al plural es crucial, dado que, llamando a cada cuerda Nombre-del-Padre, Lacan reintroduce a título de anudante lo que había sido su primer amor, lo imaginario. Durante este período formalizador, Lacan se da cuenta de que para desentrañar algunos problemas clínicos tiene que volver a poner como cuerda, al mismo título de enlace que la cuerda real y simbólica, la cuerda imaginaria. Y a la cuerda imaginaria, como a las restantes, la hace devenir un toro, es decir, una superficie doblemente agujereada, implicando esta teorización que de ninguna manera el imaginario es una instancia compacta. Claro que, al trenzarse con lo real y lo simbólico, lo imaginario dará, como explicábamos más arriba, una consistencia al sujeto que haga olvidar que también su imaginario es agujereado”. Amigo, S., *op. cit.* p. 72 - 73.

9 La noción de incorporal – *asómaton*- fue tomada por Lacan de los filósofos estoicos, quienes lo ubicaban como límite entre los seres somáticos, en el límite de acción de los somas; lo incorporal se sitúa pues en el límite, existente e inexistente a la vez. Dicho incorporal incluía cuatro categorías: *lektón* (lo expresable o significable), vacío, espacio y tiempo.

una metáfora. La prueba de eso es que *nada aísla al cuerpo como cuerpo tomado en el sentido ingenuo*, el cuerpo *se sostiene por el ser que no sabe que es el lenguaje el que se lo otorga*, al punto de que jamás lo tendría si no pudiera hablar. *El primer cuerpo es incorporal y forma al segundo por incorporarse dentro. Hay incorporal que marca al cuerpo exactamente luego de su incorporación*".<sup>10</sup>

La cita nos indica claramente el pensamiento de Lacan; hablar de cuerpo no es una metáfora cuando se trata del cuerpo simbólico, donde lo simbólico refiere a una ausencia de cuerpo. Lo incorpóreo como espacio se presenta como estable solamente si el cuerpo se incorpora como sub-elemento.

"Si lo simbólico existe es por la muerte de la cosa: el cuerpo está en el lugar de la cosa. Esa cosa como incorpóreo marca un primer tiempo. El segundo tiempo es su incorporación. Son los estoicos los que signan este término por primera vez".<sup>11</sup>

"(...) *nada aísla al cuerpo como cuerpo tomado en el sentido ingenuo* (...)" nos dice Lacan, sino que "(...) *se sostiene por el ser que no sabe que es el lenguaje el que se lo otorga*".<sup>12</sup>

Es el lenguaje, cuerpo simbólico, el primer incorporal que al incorporarse marca al segundo, al cuerpo erógeno. El cuerpo es tal porque lo simbólico se ha hecho cuerpo, en la medida en que el sujeto ha podido incorporar el lenguaje por su hiancia, con la extracción del objeto *a*, para que dicho lenguaje devenga simbólico.

A partir del recurso topológico, Lacan repiensa la primera identificación de manera tórica, articulando mito y lógica. Pensemos entonces, a partir de estas herramientas, la primera identificación. La primer consistencia imaginaria es el resultado de la incorporación de ese primer incorporal proveniente del Otro real (lenguaje del Otro real marcado por cierta falta), en el soma del bebé, dando como resultado una primer imagen real *i* (*a*). Habrá entonces, primer consistencia corporal en la medida en que Otro tórico (marcado por un agujero) demande; el error en la cuenta de las demandas espiraladas, deseo del Otro, permitirá que el sujeto se aparezca entre los dichos del Otro. Esto hará posible para el sujeto perforar el toro

---

10 Lacan, J., *Radiofonía y televisión*, 1970, citado por Amigo, S., *op. cit.* p. 71. Las cursivas son nuestras.

11 Paola, D., *Lo incorpóreo*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2000.

12 Lacan, J., *Radiofonía y televisión*, 1970, citado por Amigo, S., *op. cit.* p. 71. Las cursivas son nuestras.



del Otro y succionarlo, incorporarlo, produciéndose así la *primera reversión tórica*. Primera reversión que dará consistencia a un primer cuerpo o primera consistencia.

### **Primera identificación y represión primordial**

La represión primordial, *Urverdrängung* freudiana, opera como una sustracción del representante pulsional, núcleo aspirador del inconsciente que funciona como organizador del psiquismo, *roca viva, ombligo del sueño, nódulo patógeno*.<sup>13</sup> La represión primordial suprime el representante de la pulsión, y por ende, suprime la urgencia biológica por la demanda:

“La represión primordial sustituye para siempre una tal urgencia, suprime la necesidad biológica, manda al soma y su necesidad debajo de la caja del esquema del jarrón invertido y lo hace quedar fuera del psiquismo. El soma, por supuesto, va a seguir existiendo, pero desde el momento de esa sustracción *ya no será un lugar donde se pueda inscribir la traza del sujeto*. La falla en algún punto de esa operatoria dejará alguna astilla de soma prometida a la función de inscripción: he ahí la base (esa es nuestra opinión en un terreno arduo) de la psicósomática. Lo que queda en el centro del inconsciente como su nódulo es una ausencia de representación, un vacío alrededor del cual se va a lanzar el movimiento de la pulsión, de la demanda que, viniendo en principio del Otro, devendrá ahora demanda pulsional del sujeto”.<sup>14</sup>

Vemos en esta cita un señalamiento de sumo interés por cuanto abre la posibilidad de indagar los fenómenos psicósomáticos a partir de la lógica de la primera identificación y de la inscripción de la traza del sujeto. ¿Cuál es la falla en la represión primordial que dejaría ciertas astillas de soma como lugar de inscripción? ¿Cuál es el estatuto de dicha inscripción, y en ese sentido, cuál es el punto de proximidad con las psicosis? ¿Cuál es el estatuto de la ausencia de dicho vacío, ausencia que en los fenómenos psicósomáticos no daría entonces lugar al movimiento pulsional?

En este sentido, podríamos recurrir al término “*diferance*” tal como lo utiliza Derrida, para intentar dar cuenta de la mencionada ausencia; punto aparentemente paradójico pues se trata de la ausencia de un vacío. *Diferance*, diferencia diferida en la

---

13 Se trata de diferentes modos que utiliza Freud para nominar esta operatoria inaugural de la *Urverdrängung* y sus efectos en el aparato psíquico y en la clínica psicoanalítica.

14 Amigo, S., *op. cit.* p. 83.

cadena significativa, nombre posible del deseo inconsciente, error en la cuenta que posibilita el movimiento mismo del deseo inconsciente. En los fenómenos psicósomáticos parece tratarse más bien de un punto de detención o congelamiento, punto paradójico de inscripción inmóvil en el soma.

Siguiendo esta línea de pensamiento, una intervención analítica posible sería dar un soporte de escritura simbólica a dichos fenómenos, favorecer una cierta *transcripción* del fenómeno psicósomático a otra textura simbólica abordable por la palabra. Sin embargo, toda transcripción implica un resto no transcribible, un residuo que no pasa a la nueva modalidad de inscripción, resto de lesión orgánica que, tal como nos lo indica la dificultad clínica, persiste en su manifestación.

¿Qué lesiona al soma, al órgano afectado? Se trata de la ausencia de un cierto vacío o vaciado que debería efectuarse a partir de la incorporación del cuerpo del lenguaje, primer incorporal; este cuerpo del lenguaje se sostiene en su carácter simbólico en tanto una falta lo articula, lo descompacta. La lesión somática aloja el compacto goce del Otro en el cual no pudo cavarse la falta y el surco para el deseo, tal que el sujeto no puede alojarse allí, quedando como a las puertas de la cadena significativa.

Retomemos la zona lindante de los fenómenos psicósomáticos y las psicosis. Esta idea de una cierta cercanía entre ambos no es novedosa, pues algunos autores entienden a unos como contracara de las otras.<sup>15</sup> Sin embargo no es ese el ángulo de nuestra consideración. Más bien nos interesa interrogar la falla en las operaciones.

En las “grandes psicosis” puede pensarse el fracaso de la represión primordial<sup>16</sup>, tal que falta el vacío fundante del psiquismo neurótico. La demanda no da lugar a la lectura del deseo, a su recorte, pues se trataría de una demanda en tanto signos, con-signas, sin un vacío operante. Por lo tanto en las psicosis no se conformaría esa primera consistencia corporal, el acceso al cuerpo a partir de la operatoria de reversión tórica, sino un uso mimético del toro del Otro.

“Solamente cuando la demanda espiralada permite computar el agujero central del deseo del Otro como error en la cuenta, es que retroactivamente se va a

---

15 Tal el caso, por ejemplo, de Sami-Ali, quien argumenta esta hipótesis a través de casos clínicos en los cuales la remisión de afecciones orgánicas habría desencadenado una psicosis.

16 Seguimos aquí algunos desarrollos de Silvia Amigo, *op. cit.*, y de Daniel Paola, *Lo incorpóreo*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2000.

vivir el alma (el cuerpo de la demanda) como vacío. Es retroactivamente a ese cómputo del vacío central que el alma (del toro) es vivida como vacío. En cambio, si la demanda aparece como mera aposición de consignas, puramente sónicas, si ese es el caso, jamás el corazón del alma de la demanda va a ser percibido como vacío. La represión primordial, supresión del estímulo somático por un vacío de representación, fracasa dada esta posición del Otro”.<sup>17</sup>

Podemos indicar aquí un punto común pues entre los fenómenos psicosomáticos y las psicosis; punto de inoperancia de un vacío fundante. En el caso de las psicosis la ausencia de un vacío fundante tendrá efectos en la estructura misma, así como en el retorno en lo real de aquello no sustraído primordialmente.<sup>18</sup> En los fenómenos psicosomáticos, parece tratarse más bien de un punto en el cual dicho vacío no concluyó su cavadura, dejando restos de materia / soma como. ¿Son dichos restos la superficie de inscripción de un signo? ¿Tiene este signo el mismo estatuto que la orden del experimentador pavloviano adiestrando a sus perros?

Lacan<sup>19</sup> elabora un neologismo, *corpsistencia*, para condensar ‘cadáver’ (*corpse* en inglés) y ‘cuerpo’ (*corps* en francés). Este neologismo le permite dar cuenta de la operación necesaria para ‘tener cuerpo’. Para tener cuerpo será necesaria una muerte, un cadáver; muerte del soma, incorporación de la muerte por el lenguaje. Operación posible si se logra hender al Otro y absorber su vacío de modo tal de poner aparte el goce del Otro. Lacan conceptualiza el *lektón* de los estoicos en tanto significación inacabada, tal que cuerpo y goce resulten disyuntos.

En las psicosis, la demanda no regula el deseo; el goce, en estos casos, es masa de goce plena y no ‘gocce del Otro’ -en tanto zona de empalme del nudo neurótico-. Si en las neurosis la corpsificación separa, haciendo del goce ‘gocce del Otro’, goce ausente, en las psicosis el goce se ubica ‘en el lugar del Otro’ como unidad de goce, como masa de goce.

---

<sup>17</sup> Amigo, S., *op. cit.* p. 85.

<sup>18</sup> Véase al respecto de Jacques Lacan, el *Seminario III Las psicosis*.

<sup>19</sup> “Jacques Lacan forja la palabra *corpse*, que aparece en *Radiofonía*, en la clase del 11/6/74 de *Los nombres del padre* (seminario inédito) y en el seminario inédito: *L’insu que saint de l’une-bévue s’aile à mourre*, del 14/12/76. En este seminario forja también el adjetivo *corpsistente*”. Amigo, S., *op. cit.* p. 87.

La incorporación del agujero o vacío central del Otro, hará de ese agujero central una “sustancia viva o esencia ausente del cuerpo”<sup>20</sup>, a partir de la identificación de lo real del Otro. Así, se incorpora lo simbólico por identificar lo real del Otro, su vacío.

Retomemos los interrogantes sobre los fenómenos psicosomáticos. Estos, alojan en sí un punto de no-vaciamiento, un signo de goce no perdido, resto somático de goce pleno del Otro, punto de insuficiencia de la operación de vaciado, resto animal no corpsificado, no cadaverizado. No hay allí pues goce del Otro, sino un punto de goce compacto, holofrásico. Aquello no suprimido del este goce retorna, no ya en su vertiente metáforo-metonímica como sucede en el síntoma de conversión histérica, ni en lo real de las alucinaciones de las psicosis, sino en lo somático mismo, allí donde no hay cuerpo.

### **Dos momentos de la imagen especular. La cuestión del narcisismo**

Amigo propone considerar dos momentos con la constitución subjetiva y a la imagen del cuerpo.

Un primer momento, primera imagen del cuerpo o primera consistencia corporal, en donde interviene como función el espejo plano, posible por el cortex más el deseo del Otro. Esta consistencia da lugar a una trenza R-S-I pre-especular:

primera identificación a lo real del Otro real: función del Padre Muerto

primera consistencia corporal  $\Leftrightarrow$  espejo cóncavo = cortex + deseo del Otro

$a = rien$

deja a cuenta del sujeto la letra  $\Phi$

imagen real del cuerpo: i (a)

En un segundo momento, interviene ya el espejo plano, junto con el amor del Otro circulante en el triángulo edípico<sup>21</sup>. Se trata aquí de la validación del deseo del

---

<sup>20</sup> Amigo, S., *op. cit.* p. 90.

<sup>21</sup> Cabe señalar que no se trata de la vertiente narcisista del amor, sino del amor real de Otro, función de espejo plano. Se trata de un Otro que libidiniza al niño aún cuando éste no

niño por la demanda del Otro; el Otro le demanda al niño que éste desea tal que ese deseo sea legitimado, convalidado por el Otro. Topológicamente, Lacan indica aquí el abrazo del toro del Otro con el del sujeto, de manera tal que el uno, repetitivo de la demanda del Otro, marca o unariza el agujero del deseo del sujeto, y permite revestir dicho deseo con el enjambre – *essaim*<sup>22</sup>- del unario del Otro. En este punto, el objeto podrá asumir investiduras pulsionales, objetos metonimizables.

“Este momento es de identificación al rasgo unario y depende de la circulación edípica del amor, amor que implica lo que Lacan llama “creer ahí” (y *croire*). Amar es “creer ahí”, se cree en la palabra del Otro como verdaderamente convalidante”.<sup>23</sup>

La cita precedente nos evoca la postura de Winnicott, quien plantea, justamente, que el niño podrá constituirse en la medida en que pueda “creer en” a partir del amor de una madre que le permite alejarse y retornar, sin que esto tenga un efecto catastrófico -para el bebé, pero antes para el Otro-.

segunda identificación a lo simbólico (S1) del Otro real

doble o segunda consistencia  $\Leftrightarrow$  espejo plano = amor del Otro + deseo del sujeto

*a* = asume investiduras pulsionales

deja a cuenta del sujeto la letra S1

imagen virtual del cuerpo, narcisista: i' (a)

formación del yo ideal

función del Padre Edípico

Es oportuno, a partir de los señalamientos realizados, interrogar el planteo de que el rasgo unario preside las identificaciones.

“Si la letra que queda escrita tras la primera identificación es  $\Phi$  (según la lógica que hace que el niño sea y no sea el falo, lo que automáticamente hace a ese

---

se ubica como completud de su falta; agujero del amor del Otro que aloja al niño, aún cuando no colme dicha falta; se trata de otro que tolere la “mancha” en el campo del espejo.

22 “*Essaim*”, enjambre, es homófono de “es un” o S1, para indicar el enjambre que recubrirá el puro vacío de rien de la primera consistencia corporal.

23 Amigo, S., *op. cit.* p. 145.

falo significativo), ¿sigue siendo válido afirmar que el rasgo unario preside todas las identificaciones? Pues sí, porque lo que para el niño es identificarse al significante fálico, depende del *lektón* desde el Otro, lo que desde allí es ya uno. Para el Otro, cada *lektón* es un uno, cada insistencia de la demanda, donde se interpreta al niño el estímulo orgánico haciéndolo expresable, suprimiéndolo del campo de la vida biológica, creando la representación vacía, nudo del inconsciente; implicará ya el uno. Pero se necesitará de otra pasada del *lektón* del Otro. Esta vez, en medio del abrazo en que el Otro se aviene a demandar lo que el niño desea, otro espiralamiento de la demanda habrá de tener lugar. Las pasadas de esa demanda espiralada marcarán con un trazo, unarizarán el vacío del deseo del niño. Recién en este momento, del costado del sujeto, puede hablarse de identificación al rasgo unario, a lo simbólico del Otro real”.<sup>24</sup>

“El rasgo preside todas las identificaciones”; ¿cuál es el alcance de esta afirmación? ¿Qué implicancias tiene aquí el término “presidir”? Entendemos que la demanda del Otro se sostiene en dicho rasgo, pero es recién a partir de la validación del deseo del sujeto por el amor del Otro, que dicho rasgo unario podrá ser extraído de las demandas del Otro, ingresar al campo del sujeto, marcando o unarizando su deseo.

En este segundo momento, en el cual se pone en juego el amor del Otro, la cuestión de la demanda ya no recaerá sobre el ser del Otro o el del sujeto, sino, por el nuevo estatuto del objeto *a*, sobre los objetos pulsionales parciales, metonímicos.

En este segundo momento lógico opera la segunda identificación, a lo simbólico del Otro real, a partir del recorte que puede llevar a cabo el sujeto del S1 en las vueltas de la demanda del Otro. Dicho rasgo pasará ahora al campo del sujeto, unarizando su deseo. El sujeto podrá cortar el toro del Otro a partir de la lectura de dicho rasgo y succionarlo, incorporarlo, tal que el sujeto resulte alojado en el alma del toro del Otro<sup>25</sup>. El sujeto queda instalado en el lugar de la falta del Otro; yo ideal

---

24 Amigo, S., *op. cit.* p.138.

25 Se trata de una segunda reversión tórica, en la cual el corte en el toro trique del Otro, permite su reversión sobre el toro del sujeto, quedando éste ubicado en el alma del trique del Otro. Cabe mencionar que dicha reversión es posible en la medida en que se haya dado el abrazo de los toros del sujeto y del Otro, en el cual la demanda del Otro unariza el deseo del sujeto.

cuya función radica en ocupar, sin colmar, el agujero en el Otro; en este momento, el deseo del sujeto coincide con el deseo del Otro.

Se trata de una *doble consistencia del cuerpo*; un incorporal, el del Otro, (primer cuerpo), da cabida, aloja al cuerpo narcisista (segundo cuerpo) como subelemento.

Esta doble consistencia radica en un incorporal, espacio vacío de goce, que aloja al cuerpo narcisista. Por la operación de la segunda identificación o segundo movimiento identificatorio, el cuerpo se ha despojado de goce (disyunción cuerpo / goce) y aloja al cuerpo narcisista, reintroduciendo al goce como subelemento.

Aquí también es interesante recurrir a la idea de *incorporal* introducida por Lacan, quien emparenta esta noción con la *tumba* o *sepultura*, incorporal por excelencia. La sepultura se entiende, pues, como un espacio simbólico que envuelve, que aloja al cuerpo, metáfora del encapullamiento del sujeto en el Otro, propio de la segunda identificación. El incorporal puede entenderse como una función a la que el sujeto subincorpora su cuerpo, quedando así como subelemento de Otro espacio. Si pensamos a la tumba como escritura, en tanto espacio simbólico de registro de lo humano, “ (...) la escritura resulta solidaria de la adquisición del cuerpo (...) El sepulcro implica un espacio que suspende al goce”.<sup>26 27</sup>

---

26 Amigo, S., *op. cit.* pp. 260- 261. Cabe preguntarse aquí de qué clase de escritura se trata para esta suspensión de goce. ¿La elaboración onírica; la escritura en el sentido común del término; la identificación en tanto escritura? ¿Cuál es la eficacia de las escrituras diversas? “Ese trueque de una relación gozosa de objeto por la identificación a un leve trazo que se incorpora hace que Lacan concluya brillantemente que identificar es un mecanismo que mortifica goce”. *Idid.* p. 262. ¿Se trata entonces en la dirección de la cura de favorecer aquella identificación trunca? ¿Está esta operatoria dentro de las posibilidades de un análisis?

27 En “El hechicero y su magia”, Lévi-Strauss se interroga acerca de la eficacia de la magia, a partir de la ‘creencia’ que opera en tres niveles: creencia del hechicero en la eficacia de sus técnicas, del enfermo en el poder del hechicero y de la opinión colectiva en la que se incluyen las relaciones hechicero / paciente. Las técnicas del hechicero son analogadas a un juego dramático o aparato teatral, en las que ciertas experiencias informes y afectivamente intolerables logran *incorporarse* en la cultura del grupo, justamente para ‘objetivar’ estados subjetivos, formular impresiones e integrar experiencias inarticuladas. Observación de interés, pues se trata de experiencias en las que algo accede al nivel del lenguaje y a lo

Hacemos un nuevo desvío hacia el tema de nuestra tesis; si el sepulcro en tanto escritura suspende al goce, y a su vez implica la adquisición del cuerpo, vemos que en los fenómenos psicosomáticos no se trata de cuerpo sino de soma, justamente por lo que entendemos como una “insuficiencia de escritura”.

Estos señalamientos, nos conducen a pensar en ciertas posturas teóricas<sup>28</sup> que parecen derivar los fenómenos psicosomáticos de este segundo momento o segunda consistencia corporal. Suponen al órgano afectado como objeto pulsional; así, la pulsión no embestiría a un objeto metonímico, ni – como en el caso de las neurosis narcisistas- al propio yo, sino al órgano. La hipótesis parece ser entonces que algo del goce se aloja en el órgano mismo, lesionándolo; el órgano se transforma en zona erógena, acoge cierto goce. Sin embargo, nos preguntamos por qué entonces, en los fenómenos psicosomáticos, la inscripción se realiza sobre el soma y no a partir de una estructura significativa, puesto que en este segundo momento el recorte de S1 ha puesto en función la estructura misma del significativo. Si en los fenómenos

---

colectivo, es decir, se trata de *experiencias discursivas* que ponen en juego el lazo social. El modo de *abreacción* del chamán puede *inducir simbólicamente* al enfermo a la abreacción de su trastorno. Cabe interrogar entonces, ¿cuál es el sentido de lo ‘simbólico’ en este texto? ¿Cuál es entonces la eficacia de lo simbólico, presente en la magia y capaz de provocar, entre otros efectos, la muerte por conjuro? Lévi-Strauss parece basar su argumentación en dos aspectos vinculados; por un lado el *polo colectivo* que da sostén a las experiencias mágicas o a las curas; por otro, el *nivel discursivo o estructura lingüística* que organiza las experiencias humanas; sin embargo, nos preguntamos si el ‘polo colectivo’ no es a su vez discursivo. Nos parece que aquí el ‘polo colectivo’ funciona en tanto incorporal, al modo de la *polis* griega; espacio simbólico que aloja al sujeto y lo humaniza en tanto lo subsume en un espacio simbólico. La expulsión de dicho espacio equivale a la muerte subjetiva. “Un equilibrio aparece (...) pero bajo dos condiciones: es preciso que, por una colaboración entre la tradición colectiva y la invención individual, se elabore y se modifique continuamente una estructura, es decir, un sistema de oposiciones y correlaciones *que integra todos los elementos de una situación total donde hechicero, enfermo y público, representaciones y procedimientos, hallan cada uno su lugar*”. Claude Lévi-Strauss, “El hechicero y su magia”, *Antropología Estructural*, EUDEBA, Buenos Aires, 1980, pp. 164-165. Las cursivas son nuestras. Puede verse sobre el tema: Elizalde, M., *Notas sobre la relación de Lacan con el pensamiento de Lévi-Strauss*, Maestría en Psicoanálisis, UNR, 2007.

28 Stoppiello, L. A., “Un caso de poliartritis reumatoidea”, *Enfermedades psicosomáticas, Actualidad Psicológica*, Año XXIX, N° 324, Buenos Aires, octubre de 2004.



psicosomáticos el órgano es sede de un goce pulsional el goce como subelemento debiera reintroducirse en un soporte signifiante, simbólico.

En este sentido, se tiende a equiparar a los fenómenos psicosomáticos con los síntomas de conversión histérica, dejando en penumbras las posibles diferencias entre ambos tipos de afecciones.

“La segunda identificación permite, tal como largamente comentáramos más arriba, unarizar ese vacío imprimiéndole el contorno del unario, permitiendo que el deseo pueda no ya apuntar a *rien*, sino a un objeto “vestido pulsionalmente”. (...) Por supuesto después de cierto tiempo (que no debe presumirse *a priori*) hay que “disolver” el Edipo. Pero es importante insistir en que, en este momento, el cuerpo inaugura su doble consistencia. Un incorporal, el del Otro, primer cuerpo, aloja al cuerpo narcisista, segundo cuerpo. Este encaje estabiliza al primer incorporal. Se trata de una suerte de “aplomo”, una estabilidad que de ahí en más va a tener el doble cuerpo”.<sup>29</sup>

La noción de incorporal utilizada por Lacan permite vislumbrar la disyunción entre cuerpo y goce, disyunción que se articula con una lógica de subelementos. El cuerpo despojado de goce, corpsificado, mortificado en su goce por la identificación al y del Otro (primer cuerpo), alojando luego el cuerpo narcisista que asume el goce como subelemento.

Esta segunda operación identificatoria deja a cuenta del sujeto la letra S1:

“Cuando afirmamos que este signifiante unario es una letra, no incurrimos en una contradicción. Porque este trazo *no sólo es signifiante*. Ligado al resto de la cadena, lo es plenamente. Aislado como marcador del vacío del Otro, es *letra* en su definición más estricta. Decíamos varias veces, más arriba, que la paradoja es el chirrido de lo real, que hace que un concepto muestre en el orillo su procedencia del campo del psicoanálisis”.<sup>30</sup>

---

29 Amigo, S., *op. cit.* pp. 148-150. Nos interesa detenernos en estas consideraciones porque permiten entrever la complejidad de la noción de “cuerpo” en psicoanálisis, desplegando diversas aristas necesarias de interrogar a los fines de esta tesis.

30 *Ibid.* p. 152. Las cursivas son nuestras.

### **La tercera identificación. La salida del recubrimiento del Otro**

La tercera identificación, situada por Freud en tanto identificación histérica a un rasgo, implicará la salida del envoltorio o recubrimiento del Otro. Lacan recurre a una nueva reversión de los toros para indicar que es el sujeto quien alojará al Otro como posición inconsciente.

Esta tercera identificación, a lo imaginario del Otro real, será a un *rasgo* del semejante de importancia real, motorizando el propio deseo del sujeto. Esta identificación al rasgo pone en evidencia el deseo del Otro - por eso decimos que se trata del Otro real -; dicho rasgo cumple la función de velo de la escena imaginaria donde se pone en juego el deseo. El corte por el rasgo implica la posibilidad de calar al Otro real e incorporar su imaginario.

En este movimiento de reversión, será el sujeto quien aloje al Otro como posición del inconsciente; el Otro ocupará el lugar del muerto o mortificado - recordemos la función sepulcral - que el sujeto guarda en sí. Esto posibilitará al sujeto posicionarse como sujeto deseante con relación a los otros, y no sólo con respecto al Otro.

“La tercera identificación permite no avalar el deseo de uno en el deseo del Otro. El Otro se limita a marcar el deseo propio como marca inconsciente. De ahí en más, el sujeto asumirá el riesgo de su deseo y del acto decidido que éste conlleva. Esta identificación, a lo imaginario del Otro real, implica que el sujeto tome a su cuenta y riesgo los objetos imaginarios que el Otro se permitiera tomar como objetos de deseo, pantallas imaginarias, ya no investidas a cuenta y riesgo del Otro, sino a la suya propia”.<sup>31</sup>

Esta identificación conlleva al sujeto a la posibilidad de la voz activa de la pulsión. Si en la segunda identificación se trataba de la voz pasiva, en esta se tratará de la posibilidad del sujeto de ‘hacerse mirar’, ‘hacerse oír’, tal que la pulsión sea fuerza motriz del deseo del sujeto. ‘- ϕ’ es la letra que opera, en esta identificación, el vaciado del goce; es el conducto para drenar el goce incestuoso y acceder al propio goce, en el que se ponga en juego el deseo decidido en un ‘más allá del padre’.

---

<sup>31</sup> *Ibid.* p. 270.

En la neurosis, el sujeto habiendo accedido a esta tercera identificación, regresa sin embargo a la segunda, tal que las posiciones del deseo se ubiquen como deseo insatisfecho, imposible o prevenido, y no ya como un deseo decidido.

## VIII- NOMBRE PROPIO Y FENÓMENOS PSICOSOMÁTICOS

En este apartado nos interesa recorrer algunos articuladores conceptuales con relación a la función del nombre propio, para indagar luego su especificidad, sus vicisitudes, en los fenómenos psicosomáticos. Seguimos esta línea de indagación, a partir de la hipótesis de Jean Guir, quien considera, en los fenómenos psicosomáticos, una degradación del nombre propio en nombre común.

En este punto nos interesa, entonces, ensayar dicha hipótesis y considerar sus alcances para la dirección de la cura. Para esto, haremos un recorrido por el estatuto de nombre propio y su articulación a la letra.

### El nombre propio y la escritura

Para abordar la cuestión del nombre propio, tal como la puntualiza Lacan en el Seminario “La identificación”, creemos oportuno articular algunos términos en relación a la lógica del significante.

Tal como lo reseñáramos en un capítulo anterior<sup>1</sup>, Lacan establece la relación del significante como batería de significantes con un *rasgo único, einziger Zug*, que, “en rigor, podría ser sustituido a todos los elementos de lo que constituye la cadena significativa, soportar esta cadena por sí sólo, y simplemente por ser siempre el mismo”.<sup>2</sup>

‘Siempre el mismo’, mismidad que remite a su función de soporte de la diferencia en la cadena significativa, mismidad sin referente, puro trazo que inicia la serie, donde el inicio ordena el retorno de “lo mismo”. De tal manera, Lacan en el rasgo unario sitúa la función del significante, redefiniéndolo y situándolo con respecto a la diferencia y a la autodiferencia: *lo que distingue al significante es sólo ser lo que los otros no son*.

“Es en tanto pura diferencia que la unidad, en su función significativa se estructura, se constituye”.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Ver ‘Constitución del sujeto e identificaciones’.

<sup>2</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro IX La identificación*, versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, mimeo. Clase del 22 de noviembre de 1961.

<sup>3</sup> *Ibid.*, clase del 23 de noviembre de 1961.

El seminario contornea la cuestión del *uno* y su función con respecto a la cadena o serie, pues es justamente esta lógica la que opera en la articulación del sujeto al significante. El uno, unario, permite indicar un comienzo sin origen de una serie que se pone en movimiento a partir de una diferencia; y es a partir de dicha estructura que se constituye el significante.

“(…) nada es pensable propiamente sin partir de esto que formulo: el uno como tal es el Otro. Es a partir de esto, de esta estructura básica del *uno como diferencia* que podemos ver aparecer este origen, de donde se puede ver el significante constituirse, si puedo decir: es en el Otro que la A (de *Autre*) del A es A, la gran A, como se dice, la gran palabra es soltada”.<sup>4</sup>

Si la fecundidad del significante reside en no poder ser en ningún caso idéntico a sí mismo, esta imposibilidad estructural del significante es correlativa de la noción de identificación constitutiva del sujeto más allá de una supuesta identidad.

“Si planteo que no hay tautología posible, no es en tanto la primera **a** y la segunda **a** quieran decir cosas distintas; es en el mismo estatuto de **a** que está inscripto que **a** no puede ser **a**, y es con esto que terminé mi discurso la última vez, designándoles en Saussure el punto dónde se dice que **a** como significante no puede definirse de ninguna manera sino como no siendo lo que los otros significantes son”.<sup>5</sup>

El significante se definirá a partir de esta lógica por no ser los otros significantes, de lo cual depende que aún no puede ser él mismo.

“Al ser el significante autodiferente, diferente de sí mismo, tiene que autoestabilizarse en diferente de todo lo que lo rodea”.<sup>6</sup>

Si la constitución del sujeto se opera a partir de identificaciones, y no ya de una presupuesta identidad, dicha constitución se soportará en esa trama de remisiones diferidas por un juego de diferencias. El sujeto se identifica con un significante definido por ser lo que no es, por no ser él mismo, y por remitir a una cadena. Y es como efecto del significante que surge el sujeto como tal.

---

<sup>4</sup> *Ibid*, clase del 23 de noviembre de 1961.

<sup>5</sup> *Ibid.*, clase del 6 de diciembre de 1961.

<sup>6</sup> Ritvo, J., notas del Seminario del Doctorado “Escritura y Psicoanálisis”, UNR, Rosario, 2001.

“El significante como tal sirve para connotar la diferencia en estado puro, y la prueba es que en su primera aparición, el 1 manifiestamente designa la multiplicidad actual”.<sup>7</sup>

A partir de este planteo, Lacan interroga el estatuto del nombre, y más especialmente del nombre propio. Indica entonces que en el nombre propio se encuentra *la función misma del significante. El nombre propio se presenta como ese significante que constituye el sujeto como uno unario*, con una determinada eficacia simbólica: al contar seres y objetos le permite incluirse como aquel que cuenta y se cuenta.

Interroguemos qué es un nombre, y cuál es su función discursiva.

“El nombre es esa marca abierta a la lectura (...) en el significante existe este costado que espera la lectura y es en este nivel donde se sitúa el nombre”.<sup>8</sup>

Juan Ritvo, en su artículo *Epifanías del nombre del padre y el trauma del nombre propio*, plantea una posible articulación entre el nombre propio y el nombre del padre, a partir de la noción de serie tal como fuera trabajada por Lacan en el Seminario “La identificación”:

“No obstante hay una *discordancia entre el nombre y el nombre del padre*. Ningún nombre, ni siquiera el primero, puede carecer de interpretante. El interpretante es nombre de nombre, nombre que al nombrar la relación del primer nombre con la inexistencia primordial, muestra el abismo que hay entre nombre y nombre; si predico la igualdad de a consigo mismo, agrego un excedente y simultáneamente un defecto: lo impredecible que se sustrae a toda predicación; es decir, la identidad. Toda serie nominal se expande (y halla su límite) entre un no inicial – no del nombre- y el aún que infinitiza la serie- todavía vivo, todavía puedo desear, todavía puedo perder”.<sup>9</sup>

Así, no hay nombre primero ni nombre de ese nombre. El nombre del padre funciona como estructura nominal que pone en juego constante una pérdida, pérdida de identidad y a la vez posibilidad de identificación. Se trata de la lógica de la repetición que posibilita una consistencia inacabada, en la medida en que remite a un resto, sin concepto, objeto vacío que producirá nuevos suplementos.

“El nombre propio, simulacro de propio, ejercicio activo de pseudonimia, es como una luz parpadeante en alta mar. (...) Marca diferencial que nada expresa y que,

<sup>7</sup> Lacan, J., *op. cit.*, clase del 6 de diciembre de 1961.

<sup>8</sup> Ritvo, J., *Epifanías del nombre del padre y el trauma del nombre propio*, 1988, mimeo. p.3

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 4

por ello, se presta a dividir al sujeto: al deflacionarse la novela familiar, el sujeto se topa con el núcleo traumático del nombre propio, que consiste en una casi nada significativa, en un cuerpo sin esencia, en una verdad sin sustancia”.<sup>10</sup>

Lacan propone dar cuenta de la función paterna, en tanto que instauradora de la ley simbólica, por una escritura significativa basada en la escritura de la metáfora. “El padre simbólico es el significante o un dato irreducible del mundo significativo”.<sup>11</sup> El nombre del padre se plantea entonces como significante de la función paterna.

“El Nombre-del-Padre consiste principalmente en la puesta en regla del sujeto con su deseo, respecto del juego de los significantes que lo animan y constituyen su ley”.<sup>12</sup>

El Nombre-del-Padre soporta y transmite la represión y la castración simbólica, inscribiendo a través del nombre al sujeto como eslabón intermediario en la secuencia de las generaciones.

“En efecto, el Nombre-del-Padre, al venir en el lugar del Otro inconciente a simbolizar el falo (originariamente reprimido), redobra en consecuencia la marca de la falta en el Otro (que es también la del sujeto: su rasgo unario) y, por medio de los efectos metonímicos ligados al lenguaje, instituye un objeto causa del deseo. Se establece así entre Nombre-del-Padre y objeto causa del deseo una correlación (...)”.<sup>13</sup>

“El enunciado del nombre propio tiene un doble efecto de enunciación; el primero, que llamaré de retroceso hacia delante, instituye una nominación latente pero elidida en la playa dormida de la memoria; el segundo, de avance hacia atrás, descubre el archipiélago y la resaca de una nominación latente y elidida. (...) *Lo elidido es el ombligo del nombre propio*, ombligo reductible en última instancia, a la *ausencia originaria del nombre originario*. Elisión virtual que es causa de acto de lectura, lectura plural de los nombres del padre (...)”.<sup>14</sup>

Podemos indicar, entonces, que el nombre propio no particulariza sino que identifica a quién llegará hasta allí para identificarse como Otro:

---

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 6

<sup>11</sup> Kaufman, P., *Elementos para una enciclopedia del Psicoanálisis. El aporte freudiano*, versión digital.

<sup>12</sup> Chemama, R. y otros., *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> Ritvo, J., *op. cit.* p. 8. La marcación del texto es propia.

“Identificación, no identidad; es decir, diferencia que se trastoca en autodiferencia, división en acto en el corazón de la ausencia de ser”.<sup>15</sup>

### **Algunas conjeturas sobre el nombre propio y la letra**

Philippe Julien<sup>16</sup>, en su ensayo “El nombre propio y la letra”, se detiene en la argumentación de Lacan con respecto al nombre propio y su vinculación con la letra<sup>17</sup>.

Una primera cuestión a señalar es la relación sujeto / significante. Tal como ya detalláramos, el significante representa al sujeto para otro significante, en un estatuto diferencial del signo saussuriano que representa una cosa para alguien. La representación tiene efecto de sujeto en tanto que representado para otro significante; representación en el campo del Otro que Lacan relaciona a la identificación freudiana al trazo unario.

Dice Julien:

---

<sup>15</sup> *Ibid.* p. 6

<sup>16</sup> Julien, P., “El nombre propio y la letra”, *Litoral* n° 5/6, Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, Editorial La Torre Abolida, pp. 57 – 74. Traducido de *Littoral* 7 / 8, febrero de 1985.

<sup>17</sup> En este ensayo, Julien señala tres momentos de la elaboración de Lacan con respecto a la letra, entendidos como retorno incesante sobre la relación del inconsciente con lo real del sujeto. Un primer momento, desde 1953 a 1957, en donde pone en evidencia cómo el significante determina al sujeto; un segundo momento, desde 1961 hasta 1965, en donde distingue letra y fonema, así como lenguaje y palabra; y un tercer momento, a partir de *Litturaterre* (1971), deduciendo que si hay un saber en lo real es del orden de la letra y del escrito. *Ibid.* pp. 57-58. En este mismo sentido, Chemama plantea: “En *Lituraterre* (1971), Lacan, tomando sin duda como interlocutor a Derrida, insiste en decir que la escritura no es de ningún modo primaria. La letra «haría de litoral entre goce y saber». Lacan sitúa así el significante del lado de lo simbólico y la escritura del lado de lo real; «es el surco del torrente del significado...», es decir, de lo imaginario; la letra es una precipitación del significante. Hay en esta precipitación de la escritura una oposición entre la no identidad consigo del significante y la identidad consigo de la letra, un movimiento del sentido al sinsentido. Existe en el saber del inconsciente un agujero que hace incompleto el goce, y Lacan utiliza la letra a para marcar la frontera de ese agujero. (...) El sinsentido radical de la letra obedece a lo real. La letra, distinta del significante, es susceptible de marcar su límite, la intrusión del objeto a como radicalmente otro”. Chemama, R. y otros, *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.



“*Ein einziger Zug*: nombre propio al sujeto. Ahora bien, ¿qué ocurre con este trazo? Responder es plantear la pregunta sobre lo que distingue el nombre propio como tal, por este sesgo, en efecto, aparecerá *lo que hay de letra en el significante*”.<sup>18</sup>

El autor plantea entonces que hay nombre propio cuando se ha establecido un lazo entre una emisión vocal y algo del orden de la letra, afinidad entre tal denominación y una marca inscripta tomada como objeto, tal que lo que hace nombre propio no es el nexo con el sonido sino con la escritura.

Expone ciertas conjeturas de Lacan al respecto. Por un lado, establece que la letra no es pura notación del fonema; no es sólo transcripción de la lengua sino que se encontraba ya allí en su materialidad y en un segundo momento sirve para transcribir la lengua por un vuelco funcional<sup>19</sup>.

Una segunda observación de Lacan nos indica que la letra no es la abstracción de una figura concreta en su origen, sino su negación. No se trata del recuerdo en la memoria de la figura del objeto sino su borramiento por el Uno que marca la unicidad del objeto. La escritura nace con la *negación*:

“El trazo unario destruye y niega todo lo que el objeto tiene de viviente para nuestros sentidos, para retener sólo su unicidad”.<sup>20</sup>

Ahora bien, para Julien, el *nombre propio* muestra más claramente que cualquier otro nombre las conjeturas planteadas en tanto letra o trazo distintivo, marca que lejos de traducirse se transfiere tal cual es. Este planteo se sostiene en la pregunta acerca de ese trazo distintivo que es el nombre propio en su letra y su relación con *einzigster Zug*, trazo del Ideal del Yo:

“¿Es aquello en lo que el sujeto se identifica en el punto donde se ve como siendo visto en el Otro, lugar de los significantes, visto amable, amado y así (...)”

---

<sup>18</sup> Philippe, J., *op. cit.* pp. 58-59. Las cursivas son nuestras.

<sup>19</sup> Aquí se plantea el corte de Lacan con respecto a un criterio evolucionista acerca de la escritura, según el cual sería primero figura imitativa del objeto, luego por abstracción llegaría a ser signo del objeto (ideograma), y que llegaría a su madurez con la escritura alfabética (fonética).

<sup>20</sup> Julien, P., *op. cit.* pp. 58-59.

narcisísticamente amando en tanto que amado? Para responder a ello es necesario interrogarse sobre lo que ocurre con el sujeto en su relación al nombre”.<sup>21</sup>

Tal como lo planteara Lacan en el Seminario IX, a medida que el sujeto habla hay elisión del nombre del sujeto del inconsciente significativo original, para siempre *urvenrdrängt*, lugar del nombre para siempre ausente y elidido del sujeto del inconsciente.

El sujeto humano llega a un universo donde el discurso lo precede y, como metáfora, el Nombre-del-Padre habrá sido, como vimos, el padre del nombre. Al hablar, el hombre desvanece, borra su nombre de sujeto del inconsciente, significativo original reprimido para siempre. El nombre propio funciona en cierto sentido como significativo ‘sigla’, que pone en evidencia que el sujeto es vasallo del lenguaje y, más exactamente, de la letra. El nombre propio está pues, articulado a una letra constituyente, que está allí ya antes de ser leída y que recubre el origen en falta.<sup>22</sup>

El nombre propio al nivel del yo (*moi*) sutura la ausencia del nombre del sujeto del inconsciente. Podemos entonces pensar que el sujeto del inconsciente -en la medida en que no se representa en un signo sino en un significativo para otro significativo- no tiene nombre que lo designe y es esa falta, casillero vacío, el que permite la puesta en juego del movimiento deseante. El nombre propio se presenta, desde esta perspectiva, como la sutura de la falla que en el Ideal del Yo provoca el inconsciente.

Julien dice:

---

<sup>21</sup> *Ibid.* p. 64.

<sup>22</sup> “Al leer un trazo, el sujeto lee un «uno» contable distinto de otro uno; en consecuencia, el sujeto se encuentra inscripto en un campo significativo y al mismo tiempo lógico: el nombre es «el al-menos-uno, condición lógica de la emergencia del significativo como representación del sujeto». Cuando entra al mundo, el sujeto es ya contado, y desde esta óptica hay que entender que el significativo se hace letra: el significativo lo representa inmediatamente ante otro significativo, pero el significado ya se le escapa en razón de los procesos metafórico-metonímicos que operan en el lenguaje; esta «escapada» es lo que constituye la letra en el inconsciente. El nombre propio se elabora como un cero, y el sujeto sólo puede responder en él con una aparición siempre más adelante en la cadena significativa. El nombre propio demuestra que, antes de toda fonematización, el lenguaje entraña la letra como rasgo distintivo”. Kaufman, P: *Elementos para una enciclopedia del Psicoanálisis. El aporte freudiano*, versión digital.

“La relación entre el inconciente y el nombre propio se establece según el siguiente proceso: 1) El *unbewusst* freudiano, la equivocación, lejos de confortar al Ideal del Yo introduce en él una falla; 2) En la medida en que el nombre propio tiene función de rasgo del Ideal, trata de subsanarla suturando esta falla; 3) Pero las formaciones del inconciente hacen fracasar la sutura, no pura y simplemente, sino fragmentando las letras del nombre propio para instituir un agujero específico”.<sup>23</sup>

El ensayo de Julien se detiene luego en demostrar -a partir del olvido del nombre *Signorelli* por Freud y a partir de sueños en los que se pone en juego el nombre propio- que lo determinante en el nombre propio, tomado como trazo unario del ideal<sup>24</sup>, es la materialidad de la letra.

Roland Chemama, por su parte, plantea que la letra es la base material del significante pero a la vez lo que se distingue de él como lo real se distingue de lo simbólico, estableciéndose un lazo privilegiado entre el nombre propio, el sujeto y el rasgo unario / letra:

“El sujeto se nombra, y esta nominación equivale a la lectura del rasgo uno, pero enseguida se coagula en ese significante uno y se eclipsa, de tal manera que el sujeto se designa por el borramiento de este trazo, como una tachadura [*rature*, término que en francés se asocia fácilmente con *rater*: errar el blanco, verbo muy usado y popular, y con la división del sujeto por la barra -sujeto tachado-]”.<sup>25</sup>

Cabe puntualizar aquí algunas consideraciones. Creemos que quizás resulte interesante entender a la letra como una paradoja; es una marca - y si es leída se convierte en simbólica- pero a la vez es real, es la marca de lo real. En este sentido es valiosa la idea de Lacan de que toda paradoja en un vagido de lo real. La letra es un vagido de lo real, el punto límite que busca desprender la inscripción psíquica y su borradura de la ilusión de un supuesto conjunto universal de signos, para dar lugar a lo real y sus efectos en la constitución psíquica.

---

<sup>23</sup> Julien, P., *op. cit.* p. 66.

<sup>24</sup> Nos indica Julien – siguiendo el planteo de Lacan en el Seminario IX - que el nombre propio en tanto trazo unario del ideal no es reductible al patronímico; son nombres propios aquellos trazos tomados del campo del Otro a los que el sujeto se identifica en tanto amado o amable por el Otro. En ese punto el ‘sujeto’ será deseable pero no deseante; la posibilidad del deseo radica pues en el punto de falta del Ideal del Yo, falla que es el sujeto mismo.

<sup>25</sup> Chemama, R. y otros, *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.

Ahora bien, nos preguntamos ¿Por qué la lógica del significante no alcanzaría - en la elaboración de Lacan- para dar cuenta de la relación del sujeto al lenguaje? ¿Se trata de una necesidad argumental para dar cabida a lo real en la lógica significativa, una cabida tal que muestre la insuficiencia significativa o simbólica en su capacidad de designación del sujeto? Más aún, ¿los efectos de esa insuficiencia en el sujeto mismo? ¿O se trata de un efecto de lo real mismo en el trabajo de elaboración teórica, esto es, la necesidad que genera lo real en tanto imposible en quien se aboca, como Lacan, a construir conjeturas acerca del sujeto del inconsciente? ¿Queda Lacan, como quienes ensayamos en psicoanálisis, impulsado por eso real a no cesar de argumentar y de allí la necesidad de introducir una nueva perspectiva sobre la letra?

Creemos que estos puntos de tensión que el concepto de letra aporta, nos pueden resultar de utilidad a la hora de pensar sus avatares en los fenómenos psicosomáticos.

### **¿Degradación o insuficiencia del nombre propio?**

Viviana Dreidemie<sup>26</sup>, considera la cuestión del nombre propio y recurre para esto a ciertas formas de los jeroglíficos. Siguiendo algunas argumentaciones de Lacan, propone articular, en la misma línea que otros autores, el nombre propio y el Nombre del Padre en sus dos vertientes: en tanto instaurador del significante fálico como ordenador de la estructura – al imponer la prohibición del incesto-, y en tanto Padre del Nombre - en tanto el padre al nombrar a su hijo, determina su pertenencia a una estirpe.

A partir de interrogar el estatuto del goce en las afecciones psicosomáticas, para la autora ‘síntomas barrocos’, propone pensar en un goce difícilmente descifrable equiparable a un ‘jeroglífico viviente’ que requeriría del analista para la creación del mediador inconsciente:

“La lengua egipcia se despliega entre dos escrituras con caracteres sagrados y el demótico como la escritura cotidiana de uso en el país. El síntoma barroco, se ubica en equidistancia entre el síntoma de conversión en la histeria y el fenómeno. Entre dos modos de escritura, los primeros en pleno movimiento del significante en el deslizamiento del discurso, y en los otros, *mostración en lo real del cuerpo lo indecible*

---

<sup>26</sup> Dreidemie, V., *El hombre de la casa blanca. Un historial psicoanalítico*, ACME agalma, Buenos Aires, 1997.

*de un goce en el dolor. (...) Goce en el cuerpo, activo, desencadenado cada vez que algo en el sujeto clama por el cumplimiento de esa función materna y le responde un agujero hecho de real carencia*”.<sup>27</sup>

Cabe recordar la hipótesis de la autora acerca de la vinculación del padecimiento de afecciones psicosomáticas con un duelo no elaborado en la madre en tiempos tempranos del hijo, con la consecuente falla en la constitución subjetiva.

No seguimos aquí este punto de interrogación, el de vincular las afecciones psicosomáticas con una falla en la función materna. Tal como queda expuesto en la tesis, hemos interrogado a dichos fenómenos desde la idea de una insuficiencia de escritura, escritura que se liga más bien a la función paterna en tanto corte e inscripción.

Eduardo Foulkes<sup>28</sup> considera la cuestión del nombre propio desde su función significativa, pero resalta a la vez la cuestión de la voz, su lado pulsional y no sólo su función significativa.

En su aspecto significativa, el nombre propio se presenta como una forma muy específica de la *nominación*, en tanto que *certifica una falta y la bordea simbólicamente*. La nominación opera en la medida en que se sitúa un significativo en el lugar de una falta; todo nombre articula una ausencia en juego, un real no nombrable. Pero en el nombre propio mantiene un estatuto diferencial con respecto a los nombres comunes, pues la falta que articula hace al sujeto mismo:

“En cuanto al nombre propio, conserva toda la vitalidad de la nominación del sujeto y resiste - detrás del goce del Ego y de la función de narcisización que procura-, como garante imprescindible de la nominación, y como borde del agujero del propio cuerpo.

Cuando pensamos el cuerpo en relación a la palabra en su potencialidad anatómica, debemos retener su doble stirpe de objeto y significativo, es decir, de voz y de elemento simbólico del habla. El significativo, al igual que la voz, también unifica, pero lo hace al calor de la metáfora, en cambio, ésta es sensación corporal, goce propio, especie de pasaje al acto de la unificación, nos diría Lacan, en tanto que acto de institución subjetiva. Con el nombre propio, el Yo conforma su anatomía imaginaria,

---

<sup>27</sup> *Ibid.* pp. 386-367. Las cursivas son nuestras.

<sup>28</sup> Foulkes, E., *Palabra anatómica y orden libidinal*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1998. Expusimos algunos puntos de su planteo en el ‘Estado de la cuestión’.

erógena, siempre en expansión metafórica, pero con el, él también se ejercita en lo no anatómico de su cuerpo o en lo no propio de la anatomía”.<sup>29</sup>

La cita precedente resulta de interés en tanto pone de relieve la articulación del nombre propio en los tres registros. Nos señala por un lado que el nombre propio opera como sostén imaginario, unificación yoica, a la vez que en tanto significante certifica y sutura una falta, y circunscribe un real innombrable.

Recordemos que Jean Guir<sup>30</sup> plantea que en las afecciones psicosomáticas se pondría en juego una ruptura de la estructura del nombre propio y su degradación en nombre común, a partir de la propuesta de Lacan de cierta falla en la afánisis del sujeto. En estos fenómenos se trataría pues de una ‘suplencia orgánica sobre una falla simbólica que modifica el fenotipo del sujeto’:

“*A las fallas que el lenguaje presenta en ciertos puntos del discurso, el cuerpo responde de una manera particular: la naturaleza y localización de estos fenómenos en los sujetos revelarán las verdaderas estructuras elementales del parentesco en el seno de la familia*”.<sup>31</sup>

Reiteramos y retomamos esta cita pues nos da lugar a considerar que si el nombre propio es posible por la operación del Nombre-del-padre, ¿qué significaría entonces una ‘degradación’ en nombre común? ¿Se trata de una manera de formular la no puesta en juego del sujeto en tanto tal en los fenómenos psicosomáticos?

Si retomamos la articulación del nombre propio y el rasgo unario, ¿podría este ‘degradarse’ y dejar de operar en tanto marca primordial?

¿Podría degradarse el lazo - que el nombre propio soporta- entre una emisión vocal y la letra, su nexo no con el sonido sino con la escritura?

Creemos que el término ‘degradación’ desliza un sentido de deterioro, de algo que ya estaba allí y se resquebraja, pierde su estructura. Por los planteos precedentes creemos que más bien podría pensarse en una *insuficiencia del nombre propio*, en tanto hay allí identificación al rasgo, pero como vimos, se trata de una identificación que falla en alguno de sus puntos.

---

<sup>29</sup> *Ibid.* pp. 63-64.

<sup>30</sup> Retomamos la postulación de Jean Guir expuesta en el ‘Estado de la cuestión’: *Psicosomática y cáncer*, Editorial Catálogos, Buenos Aires, 1984.

<sup>31</sup> *Ibid.* p. 24.

Si el trazo unario ‘destruye y niega todo lo que el objeto tiene de viviente para nuestros sentidos, para retener sólo su unicidad’ - tal la cita de Julien- podemos inferir que en las afecciones psicosomáticas algo de esa destrucción/negación que debe ejecutar la inscripción de la letra no ha operado. Hay una negación primordial en insuficiencia.

Entendemos que Foulkes piensa la afirmación de Guir en la misma dirección:

“Úlcera, asma, psoriasis, son los nombres comunes que vienen a desplazar de su lugar al nombre propio, absorbiendo su identidad y eclipsando junto con la sospecha al ser del sujeto, ya que hay una falla de la “falla” que lo constituye”.<sup>32</sup>

Foulkes avanza en esta dirección y se pregunta acerca de la causa de esta degradación del nombre, proponiendo una falla de la Metáfora Paterna en su capacidad de remitir al sujeto a otro significante que el del deseo materno. La falla se opera en la remisión significativa tal que el significante del deseo materno se impone al sujeto, como en el caso del reflejo condicionado, donde una campana, que nada tiene que ver con la comida, produce una modificación orgánica.

El fenómeno psicosomático pues, “(...) representa al significante de una *nominación fallida del cuerpo erógeno*. Es correcto afirmar que se trata de una filiación suplente que intenta *suplir una filiación simbólica no advenida*, que si calificamos de parcial, no es tanto por tratarse de un pedazo de cuerpo, sino por representar un fuera de combate reversible del Nombre del Padre en lugar de su inexistencia como ocurre en la psicosis”.<sup>33</sup>

Tal como lo expusiéramos, el nombre propio, nombre que no es un nombre, nombre del inconsciente, tiene valor de ombligo en tanto marca de un corte y opera como condición de la existencia. Hemos puntualizado al respecto que funciona como el ***significante privilegiado*** en torno al cual se amarra el sujeto y se constituye desapareciendo; opera como el ***sostén de las identificaciones*** que fundan la operación reflexiva, en el sentido lógico del término, y la autoreferencia imaginaria; como ***trazo unario*** permite no sólo decir yo (como shifter), sino también y fundamentalmente nombrarse.

---

<sup>32</sup> Foulkes, E., *op. cit.* p. 77.

<sup>33</sup> *Ibid.* Las cursivas son nuestras.

Si el nombre propio es un significante privilegiado que nombra al sujeto del inconsciente, y en tanto tal lo ausenta –afánisis-, en el fenómeno psicossomático no hay – o hay en forma fallida- tal ausencia que hace posible la función del sujeto deseante. Hay una falla en la moninación del sujeto que le permita ser uno, uno diferente de otros, y por ende del Otro; hay una imposibilidad puntual de marcar una diferencia, de inscribir una diferencia.

Si el trazo unario presenta una doble valencia, una de sutura y otra de significante de la falta en el Otro como señalización del vacío, tal inscripción no ha operado, en las afecciones psicossomáticas, en forma acabada. En un punto parece no haber marca del vacío ni sutura del mismo; hay organismo, soma, superficie de inscripción del deseo / goce del Otro<sup>34</sup> como inscripción de lo mismo. Este punto es, como vemos, paradójal, porque como inscripción registra una diferencia, pero en cierto aspecto en el fenómeno psicossomático la diferencia se inscribe inoperante, no articula su eficacia para el sujeto. La ineficacia se traduciría en la imposibilidad del sujeto de ‘ser lo que los otros no son’ y más aún, de no articular la autodiferencia, posibilidad que da el significante de ser diferente a sí mismo. El fenómeno psicossomático, en este sentido, pareciera hacer consistir una cierta identidad, dar consistencia al ser en lugar de cavar un vacío para el deseo. El trazo unario en estas afecciones pareciera pues funcionar dando espesura al ser y no otorgando un lugar al sujeto del deseo inconsciente.

Retomando la línea de pensamiento planteada por Julien, el *unbewusst* freudiano, inconsciente / equivocación, enclava en una falla en el Ideal de Yo, y el nombre propio, como función de rasgo del Ideal, sutura dicha falla; las formaciones del inconsciente hacen pues fracasar la sutura para instaurar un agujero específico.

Si las formaciones del inconsciente hacen naufragar esa sutura: ¿Cuál es la operatoria de los fenómenos psicossomáticos? Al parecer, por el contrario, estas afecciones fallan en tanto no se logra ‘instituir un agujero específico’.

Si el nombre propio opera como marca diferencial - que nada expresa y que se presta a dividir al sujeto, tal que éste se topa con el núcleo traumático del nombre propio, esa casi nada significante, cuerpo sin esencia, verdad sin sustancia – en los

---

<sup>34</sup> Aquí, creemos, la indeterminación entre deseo y goce del Otro hace a la condición de los fenómenos psicossomáticos mismos, y no a una inacabada explicación teórica.



fenómenos psicosomáticos parecerá tratarse más bien de un significante que lejos de habilitar al sujeto, da consistencia a una muda creencia en la esencia del cuerpo, en la sustancia de la verdad, en un signo que nombra acabadamente a ‘la cosa’ nunca perdida. En el punto del fenómeno psicosomático, el cuerpo se esencia y allí nada tiene que decir ni que desear.

Antes de finalizar este capítulo, nos interesa mencionar algunos planteos que hemos considerado.

Uno de ellos propone pensar *el nombre propio como corporal*<sup>35</sup>; creemos esta idea se ubica en la misma línea de pensamiento que venimos planteando.

“El nombre propio constituye para el sujeto el lugar corporal que le dona el Otro”.<sup>36</sup>

“... *nada aísla al cuerpo como cuerpo tomado en el sentido ingenuo...*” nos dice Lacan, sino que “... *se sostiene por el ser que no sabe que es el lenguaje el que se lo otorga*”.<sup>37</sup>

En esta misma dirección, podemos pensar que es el nombre propio un corporal que al incorporarse marca al cuerpo erógeno. Si la escritura es solidaria de la adquisición del cuerpo, en los fenómenos psicosomáticos dicha escritura, la escritura del nombre propio, resulta fallida en tanto hay un goce no corporificado, aun viviente, que se manifiesta en lo real del cuerpo.

---

<sup>35</sup> Hemos considerado la idea de ‘lo corporal’ en el capítulo ‘Consistencias del cuerpo.’

<sup>36</sup> Amigo, S., *Clínicas del cuerpo. Lo corporal, el cuerpo, el objeto a*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2007. p. 261.

<sup>37</sup> Lacan, J., *Radiofonía y televisión*, 1970, citado por Amigo, S., *op. cit.* p. 71. Las cursivas son nuestras.

## IX- LA INDUCCIÓN SIGNIFICANTE EN LOS FENÓMENOS PSICOSOMÁTICOS

En el presente apartado nos interesa detenernos en el concepto de ‘inducción significativa’, expresión utilizada por Lacan en el Seminario XI al hacer referencia a los fenómenos psicosomáticos.

Tal como lo señaláramos en el ‘Marco Teórico’, en el capítulo XVII, Lacan señala que aunque lo psicosomático no es un significante, sólo es concebible

“en la medida en que la *inducción significativa* a nivel del sujeto ocurrió de una manera que no pone en juego la *afánesis* del sujeto. (...) Sólo en la medida en que una necesidad llegue a estar involucrada en la *función del deseo* podrá concebirse lo psicosomático como algo distinto a la monserga que consiste en decir que lo que sucede en lo somático tiene una réplica psíquica”.<sup>1</sup>

Sobre este mismo punto, la hipótesis de Jean Guir<sup>2</sup> plantea que se trata del primer tiempo de la separación a la lactancia, primer traumatismo no dialectizado, del cual queda una marca como *inducción significativa* sin que el sujeto lo perciba. Cuando un factor de la realidad exterior restituye esa marca no integrada, aparecería la lesión. En el fenómeno psicosomático, se trataría de la repetición de un traumatismo nunca asumido por la ausencia de un anclaje simbólico del sujeto en su linaje.

Así conceptualizada, la expresión ‘inducción significativa’ parece aludir a la puesta en funcionamiento de la lógica significativa, pero a su vez, de una manera fallida, en la medida en que dicha lógica no opera como anclaje del sujeto – en tanto hay una falla en la afánesis y, por ende, en la filiación simbólica-.

### La inducción significativa en el pensamiento de Lévi- Strauss

Sabemos que el pensamiento de Claude Lévi-Strauss ha sido de importancia para Lacan a lo largo de su producción, y de manera más explícita durante sus primeros escritos y seminarios. Nos interesa hacer un breve recorrido por algunos de

---

<sup>1</sup> Lacan J., *El Seminario, Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1991. p. 235.

<sup>2</sup> Guir, J., *Psicosomática y cáncer*, Editorial Catálogos, Buenos Aires, 1984.

los textos de Lévi-Strauss en los cuales aparece la expresión ‘inducción significativa’.<sup>3</sup>

Es probable que Lacan haya tomado la expresión de la obra de Lévi-Strauss, aunque, como veremos, haya dado un giro al sentido del término.

En “El hechicero y su magia”, Lévi-Strauss se interroga acerca de la eficacia de la magia, explicándola a partir de la ‘creencia’ que opera en tres niveles, creencia del hechicero en la eficacia de sus técnicas, del enfermo en el poder del hechicero y de la opinión colectiva en la que se incluyen las relaciones hechicero / paciente. Las técnicas del hechicero son analogadas a un juego dramático o aparato teatral, en las que ciertas *experiencias informes* y afectivamente intolerables logran incorporarse en la cultura del grupo, justamente para ‘objetivar’ estados subjetivos, formular impresiones e integrar experiencias inarticuladas.

Observación de interés, pues se trata de experiencias en las que algo accede al nivel del lenguaje y a lo colectivo, es decir, se trata de *experiencias discursivas* que ponen en juego el lazo social.<sup>4</sup>

El modo de *abreacción*<sup>5</sup> del shamán puede *inducir simbólicamente* al enfermo a la abreacción de su trastorno. Cabe interrogar entonces, ¿cuál es el sentido de lo ‘simbólico’ en este texto? ¿Cuál es entonces la eficacia de lo simbólico, presente en

---

<sup>3</sup> Hemos trabajado más extensamente sobre la influencia del pensamiento de Lévi-Strauss en la obra de Lacan: Elizalde, M., *Notas sobre la relación de Lacan con el pensamiento de Lévi-Strauss*, Maestría en Psicoanálisis, UNR, 2007.

<sup>4</sup> “En efecto, queremos hacer notar el hecho de que la Antropología ha tenido que esperar el arribo de Claude Lévi-Strauss para que los rituales mágico-religiosos de los pueblos primitivos descriptos por los etnógrafos aquí y allá, hayan podido pensarse ‘como un lenguaje’. (...) A decir verdad, podrá verse en este hecho que Lévi-Strauss ha sido un lector atento de la obra de Marcel Mauss, ya que éste anticipó en “Esbozo para una teoría general de la magia” que: “...el rito es una especie de lenguaje, lo cual nos indica que traduce una idea” (1979:84). Enunciado poco digerible para los antropólogos británicos”. Basualdo, C., “*El manantial del simbolismo*”: lo que del *significante* se decía, o lo que el *significante* nos decía? (Una convergencia entre Lévi-Strauss y Lacan sobre la teoría del simbolismo)”, <http://aejcpp.free.fr/adherentes/basualdo/simbolo.htm.htm>, 12/02/07.

<sup>5</sup> Término utilizado por Breuer y Freud en los primeros escritos sobre la histeria y sobre la eficacia de las técnicas por entonces implementadas para su tratamiento, equivalente a la descarga del afecto ligado a ciertas representaciones vinculadas al trauma.

la magia y capaz de provocar, entre otros efectos, la muerte por conjuro? ¿En qué sentido operaría la inducción significativa?

Lévi-Strauss parece basar su argumentación en dos aspectos vinculados; por un lado el *polo colectivo* que da sostén a las experiencias mágicas o a las curas; por otro, el *nivel discursivo o estructura lingüística*<sup>6</sup> que organiza las experiencias humanas.

La colaboración colectiva en la cura shamánica opera, según Lévi-Strauss, como arbitraje entre el pensamiento normal y el patológico, esto es, entre el *déficit de significado* y el *exceso o sobreabundancia de significantes*; así, la colaboración colectiva en la cura shamanística establecerá un arbitraje entre dichas situaciones complementarias.

“Un equilibrio aparece (...) pero bajo dos condiciones: es preciso que, por una colaboración entre la tradición colectiva y la invención individual, se elabore y se modifique continuamente una estructura, es decir, un sistema de oposiciones y correlaciones que integra todos los elementos de una situación total donde hechicero, enfermo y público, representaciones y procedimientos, hallan cada uno su lugar”.<sup>7</sup>

Se tratará pues de una experiencia colectiva que permitirá incluir lo confuso, lo no organizado en un sistema. La magia se presenta entonces como respuesta a una ‘condición intelectual del hombre’:

“(...) que el universo no significa jamás lo bastante, y que el pensamiento dispone siempre de un exceso de significaciones para la cantidad de objetos a los que pueden adherirlas. *Desgarrado entre estos dos sistemas* de referencias, el del *significante* y el del *significado*, el hombre solicita del pensamiento mágico un nuevo sistema de referencia, en cuyo seno puedan integrarse datos hasta entonces contradictorios”.<sup>8</sup>

El pensamiento mágico se presenta entonces obturando un desgarramiento, para Lévi-Strauss en detrimento del conocimiento y lo verdadero. El shamán ofrece un mito en el cual el paciente cree, y en el que los padecimientos y dolores *adquieren un*

---

<sup>6</sup> Cabe aclarar que estos términos son utilizados aquí de modo personal para dar cuenta de la labor de Lévi-Strauss. Sin embargo, nos preguntamos si el ‘polo colectivo’ no es a su vez discursivo.

<sup>7</sup> Lévi-Strauss, C., “El hechicero y su magia”, *Antropología Estructural*, EUDEBA, Buenos Aires, 1980, pp. 164-165.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 167. Las cursivas son nuestras.

*sentido; proporciona un lenguaje para expresar estados informados e informables.*

Estos señalamientos de Lévi-Strauss nos permiten interrogarnos nuevamente acerca de la ‘eficacia simbólica’. ¿Cuál es, entonces, la eficacia del shamán? ¿No es acaso la de obturar la hiancia que desgarrar al hombre, ofreciendo un sentido pleno, un abrochamiento entre significado y significante, operando desde una posición de Otro sin barrar, Amo, sostenido por la creencia colectiva?

Si bien Lévi-Strauss establece en estos textos una comparación constante entre la cura shamanística y la cura psicoanalítica, resulta evidente que la diferencia en la posición del analista en cuanto al saber, el estatuto del sin-sentido en la eficacia analítica y la tarea de des-obturación en juego, indican claramente que se trata de operaciones éticamente divergentes en cuanto a la verdad.

Sin entrar en detalle en la versión de Lévi-Strauss sobre el psicoanálisis, resulta interesante señalar la agudeza de sus observaciones en cuanto a la eficacia de la magia en su ensamblaje simbólico, descubrimiento que Lacan retomará en muchos de sus seminarios y escritos, haciendo su propia reconstrucción teórica de la relación significante / significado, así como de la noción de estructura.

En “La eficacia simbólica”<sup>9</sup> Lévi-Strauss conceptualiza, a partir del efecto de las prácticas shamanísticas sobre el cuerpo del paciente, dicha eficacia:

“La eficacia simbólica consistiría precisamente en esta ‘propiedad inductora’ que poseerían, unas con respecto a otras, ciertas estructuras formalmente homólogas capaces de constituirse, con materiales diferentes en diferentes niveles del ser vivo: procesos orgánicos, psiquismo inconsciente, pensamiento reflexivo”.<sup>10</sup>

¿Se anuncia aquí una suerte de retorno del viejo ‘paralelismo psico-físico’ de fines del siglo XIX? ¿Se trata de una analogía estructural entre las diversas formas de la materia?

Sin embargo, el ejemplo que Lévi-Strauss introduce a continuación de una frase tan hermética, nos conduce sorpresivamente hacia un lado diverso:

“La metáfora poética proporciona un ejemplo familiar de este procedimiento inductor (...) la metáfora puede también servir para cambiar el mundo”.<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> Lévi-Strauss, C., “La eficacia simbólica”, *Antropología estructural*, EUDEBA, Buenos Aires, 1980.

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 182.

<sup>11</sup> *Ibid.* pp. 182-183.

Esta última observación de Lévi-Strauss nos muestra nuevamente puntos de encuentro con la elaboración de Lacan. Lo simbólico afecta al organismo, lo mortifica dirá Lacan, lo *corpsifica*. Sin embargo, no se tratará de estructuras homólogas sino del salto del soma o cuerpo biológico al cuerpo libidinal constituido a partir de la puesta en juego del significante fálico y por vías identificatorias. Sin embargo, en los fenómenos psicosomáticos dicho salto parece resultar inconcluso, insuficiente, detenido.

La palabra del shamán poseería esa capacidad inductora simbólica en la medida en que está sostenido por lo discursivo y lo colectivo. Para Lévi-Strauss, la inducción simbólica hace a la eficacia simbólica misma.

Podemos pensar aquí que, para Lacan, la inducción significativa se tratará más bien de una eficacia simbólica ‘rudimentaria’, diferente en su eficacia del efecto de lenguaje.

Así, en la cura shamanística, cura por sugestión, hay inducción significativa en la medida en que no hay, por parte del sujeto, una interrogación acerca del deseo del ‘inductor’. No hay una pregunta que cave en el nivel del lenguaje un agujero para el deseo, tal como sucede en los famosos condicionamientos de animales, y en los mismos fenómenos psicosomáticos.

### **La inducción significativa. El perro, la aplisia y los fenómenos psicosomáticos**

Hay experiencias con animales, tales como las de Iván Pavlov con perros o las de Eric Kandel con moluscos, que ponen en evidencia la relación de los animales con el lenguaje.

Pavlov condicionaba a los perros a responder ante luces, timbres, campanas, figuras visuales; Kandel condicionó a un molusco llamado aplisia en el reflejo de retracción de la branquia ante el repetido estímulo de una descarga eléctrica sobre la cola –conocido como condicionamiento simple–.

Ya Lacan, en su Seminario XI, indicaba que en las experiencias pavlovianas se trataba de una forma de intervención del significante. A nuestro entender se trata, en estas experiencias, de ‘inducción significativa’ en tanto algo del significante se inmiscuye en el nivel biológico de los animales, sin generar sin embargo, el efecto de lenguaje que implicaría para un sujeto interrogarse acerca del deseo del Otro, en la

medida en que interrogar ese deseo pondría en acto una borradura de la huella marcada por el Otro.

“Es la *inducción significativa*, que introduce en lo real el experimentador, la “causa material” de posibles cambios anatómicos, es el significante quien a estos cambios anatómicos los comanda. El lector puede objetar aquí que un determinado número de descargar eléctricas sobre la cola de un molusco no configura una inducción significativa. A poco que se detenga a reflexionar, se dará cuenta de que sí. No hay en la naturaleza ocasión alguna de fijar una cifra de voltios ni una determinada cantidad de descargas a aplicar con un ritmo fijo a animal alguno. Esos cálculos provienen del ser pensante (y deseante) que es el experimentador”.<sup>12</sup>

En este sentido, tanto Pavlov como Kandel toman sin cuestionar la respuesta refleja creada sin embargo ‘según el deseo del experimentador’; es el científico experimentador a cargo quien lleva a cabo, según su opaco deseo, un montaje significativo.

En este punto, las respuestas reflejas del perro o de la aplisia son equiparables a los fenómenos psicósomáticos. No opera aquí la interrogación sobre el deseo del Otro / adiestrador. Podemos suponer que en el caso de las afecciones psicósomáticas el infante sometido a la inducción significativa del Otro se encuentra en la misma posición que estos animales sin recursos de lenguaje para preguntarse sobre el deseo del Otro y en esa misma interrogación, ‘borrar’ la marca del otro, trabajo de borradura que constituye al inconsciente mismo.

“Un sujeto aparece en lo real en virtud del significante, al borrar las huellas dejadas a su paso por el Otro. A tal fin el significante debe incorporarse por identificación, tomándolo del lugar donde como es lógico se encuentra primero, el Otro. Al ser identificado desde el lugar del Otro, la identificación tornará al significante en el representante del sujeto del borramiento mismo. El sujeto paradójicamente tanto *comandado por esta instancia literal en el inconsciente* como comandándola se asienta en el lugar de la pérdida de la cosa, (...) y ante los enigmas de la existencia puede hipotéticamente producir una respuesta propia, novedosa –que es muchas veces al mismo tiempo un síntoma”.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Amigo, S., *El psicoanálisis y las ciencias, los científicos, los matemáticos, los lógicos*, mimeo. p. 12. Las cursivas son nuestras.

<sup>13</sup> Amigo, S., *El inconsciente en Freud y Lacan, y las paradojas del “inconsciente” en las neurociencias*, mimeo. p. 12. Las cursivas son nuestras.

Las afecciones psicosomáticas no se anclan pues, como en síntoma, en la misma vinculación al inconsciente que los síntomas neuróticos. Los síntomas implican esa borradura de la huella del Otro, como producción posible del sujeto a partir del agujero inscripto por la falta en el Otro. Es esa misma borradura la que permite a la letra comandar al inconsciente, que, como vimos, no se articula en tanto tal en las afecciones psicosomáticas.

Si del borramiento de la huella y de una nueva inscripción depende la posibilidad de la aparición de un sujeto, en las afecciones psicosomáticas el surgimiento del sujeto mismo se halla entorpecido. Los síntomas son -entendiendo al inconsciente como hiancia- creaciones del sujeto ante el punto de borradura / barradura, por los cuales el sujeto busca separarse del comando del Otro.

“El sujeto, ese del que la ciencia nada quiere saber porque arruina la “elegancia matemática” de, por ejemplo, la neurología, y sobre el que opera el psicoanálisis, hace barrera o Nombre del Padre munido del significante, que borra la huella que hubiera comandado una acción sexual teñida de incesto. Ese *decir que no* al comando de la huella es articulado en forma *princeps* por la formación de síntomas”.<sup>14</sup>

En los fenómenos psicosomáticos, hay pues un ‘decir que no’ inoperante y el soma responde ante la presencia de la huella del Otro sin hendidura. Sin embargo, ese ‘decir que no’ al goce del Otro, ¿no estaría inscripto de modo más que rudimentario en el fenómeno mismo? ¿No hay, acaso, en el reducto del fenómeno – que no es estructura- algo de un acotamiento al comando de esa huella, especie de coto de caza del Otro sobre el sujeto? Hemos pensado que en las afecciones psicosomáticas el sujeto entrega, ofrece ‘algo’, un órgano, al goce lesionante del Otro, para no darse todo. Parece haber entonces allí un modo reducido e inefectivo, en términos del deseo, de inscribir aquello que simbólicamente opera en forma insuficiente.

---

<sup>14</sup> *Ibid.* p. 15.



## X- LA INTERVENCIÓN ANALÍTICA

Si bien a lo largo de toda la indagación conceptual han estado presentes en nuestra reflexión fragmentos clínicos de pacientes propios así como momentos del desarrollo de ciertos análisis, hemos decidido tomar recortes clínicos ya publicados por otros analistas. Esta decisión busca solucionar el hecho de que en ciertos casos se trata de análisis en curso.

Nos interesa retomar algunos planteos a partir de recortes de casos clínicos; tomaremos fragmentos en los que las afecciones psicosomáticas permiten plantear interrogantes y rastrear ciertos caminos posibles. No se pretende, en este sentido, ejemplificar los desarrollos expuestos, ni tampoco confirmarlos, sino recorrer la tensión entre los ensayos conceptuales y el material que la clínica nos aporta.

Por otra parte, no es nuestra intención elaborar conclusiones diagnósticas, sino avanzara a partir de las preguntas y tensiones conceptuales que estos fragmentos clínicos generan.

### “Ahí donde duele, yo soy”

Fritz Zorn escribió un libro<sup>1</sup> en el cual relata parte de su historia personal, especialmente la aparición de un cáncer, en el que además formula una ‘teoría propia’ sobre su enfermedad.

Primera cuestión posible de señalar: el recurso a la *escritura*, ¿para poder otorgar un estatuto simbólico y una terceridad a su enfermedad?

Zorn dice haber sido “*Educado a muerte*”, “*formado para el cáncer*”. La hipótesis de Sami-Ali sobre este caso es la siguiente:

“Muy otra es, en realidad, la patología de Zorn: apartándose tanto de la psicosis como de la neurosis, en la medida en que justamente ni una ni otra informan acerca del estado del cuerpo, toma como eje la formación caracterial. (...) Zorn presenta una patología somática que no se superpone con la patología freudiana, no sólo porque se alía a la enfermedad orgánica y porque, siendo así, no se puede yuxtaponer lo psíquico y lo somático, sino porque ya en el plano del funcionamiento psíquico denota menos el fracaso de la represión y el retorno de lo reprimido por la

---

<sup>1</sup> Zorn, F., *Mars*, París, Gallimard, 1979. Citado por Sami-Ali, *Pensar lo somático. Imaginario y patología*, Paidós, Buenos Aires, 1991 (1987). pp. 30 a 49.

vía de los síntomas neuróticos o psicóticos que el triunfo de la represión que se mantiene duraderamente. Es la forma, y no el contenido de esta represión, lo que debe ser elucidado”.<sup>2</sup> Para este autor, se trata de un ‘funcionar sin fallas’, un adaptarse permanentemente a las exigencias sociales, de modo tal que las exigencias familiares, interiorizadas, ocuparían el lugar de una subjetividad.

Ahora bien, ¿se trata de descartar los criterios freudianos en función de lo señalado? Sami-Ali plantea que algo de la represión no opera en este caso del modo habitual; podemos hacer una lectura a partir del planteo de Lacan señalando una insuficiencia de la represión primordial y por ende, una insuficiencia de escritura.

Tal como lo detalláramos en otro apartado, la lógica de la repetición y de la represión, procede de modo retroactivo, articulando no sólo la diferencia entre los elementos sino también la autodiferencia de cada uno consigo mismo, tal que el segundo momento de la separación funda retroactivamente el primer momento de alienación. Sólo en tanto que interviene la falta fundante en el campo del Otro, algo de la falta podrá instaurarse a nivel del sujeto.

En la operatoria de alienación y separación constitutiva del sujeto, este deberá renunciar al ser para adquirir del Otro algún sentido. Se trata de la alienación al sentido sexual del Otro, en tanto el futuro sujeto ‘signifique algo para alguien’, en tanto signo o cifrado de goce. La entrada en el sentido fálico del Otro conduce a que lo que aparece del lado del Otro como sentido reduzca al sujeto a la *afánisis*, desaparición del ser del sujeto.

En la separación, el sujeto retorna al campo del ser, saliendo del sentido compacto y afanizante del Otro, formulándose como “no siendo”. El sujeto se ubica en ‘no ser’ aquello que se amolda al sentido fálico del Otro; retorna al ser por el no-ser. El sujeto se extirpa del sentido del Otro, produciendo la caída de *a* en tanto *rien*.

Hemos señalado que con la salida del sujeto del campo del sentido, el falo tendrá la capacidad de articular su función significante, introduciéndose una lógica paradójal para el sujeto, paradoja de ser y no-ser, viraje del sentido a la significación.

A partir de esto, reconsideramos un punto central en los fenómenos psicosomáticos: no hay allí, en un sentido estricto, sujeto ni movimiento deseante, habiendo, a nuestro juicio, una falla en una operatoria previa indispensable.

S1 no se distancia de S2, no se recorta como tal, con la consecuente ineficacia simbólica que esto acarrea. Sin embargo, hemos propuesto que un cierto *recorte* se

---

<sup>2</sup> Sami-Ali, *op. cit.* p. 31.

efectúa en tanto se aloja el cifrado de goce en *una parte* del soma y no *en el entero* - el niño todo -.

El fenómeno psicosomático cifra el goce compacto del Otro en tanto signo, sin posibilidades del movimiento significante. El soma afectado emplaza el goce del Otro, no adviniendo el sujeto en tanto tal. Se trata, en este sentido, de una operación de *separación fallida y a la vez un intento de separación*, pues el niño dedica, concede un órgano a la demanda de goce del Otro, demanda muda desligada del enjambre inconsciente.

Frente a la pregunta *-¿Puedes perderme?-* que formula el sujeto al Otro, responde dando una parte para no darse todo. “Ofrenda’ una parte de su soma como lugar de alojamiento de un goce compacto signado en el fenómeno psicosomático que, como vimos, nombra al sujeto no advenido como sutura de la falta del Otro.

¿Lo que Zorn dice acerca de sí, no es acaso un modo extremo de situarse en una posición inamovible de objeto de las exigencias familiares, exigencias que demandan un funcionar sin fallas, y por lo tanto, sin la aparición del deseo?

Mantener un funcionar familiar sin fallas, en una posición que nos recuerda a los famosos perros de Pavlov condicionados a las exigencias del otro / experimentador; posición de obturador de la falla en el otro, sin registro alguno de una falta que lo habilite a interrogar el deseo del Otro y cavar así un surco para el deseo propio.

En este sentido, las condiciones están dadas para la aparición de afecciones psicosomáticas, en tanto no parece haber lugar para interrogar la falta en el otro, y por lo tanto, abrir una brecha al deseo propio.

Sobre este caso, Sami-Ali plantea que:

“(…) las exigencias familiares, interiorizadas, simplemente vienen a ocupar el lugar de una subjetividad que se retrae. Se está aquí tan lejos como es posible de una relación del tipo “identificación con el agresor”. Pues el sujeto no es un término distinto de una relación; constituye *un solo cuerpo* con exigencias que lo violentan pero que le permiten existir”.<sup>3</sup>

En este punto coincidimos con el autor, en la medida en que no hay allí sujeto; el cuerpo no está surcado por el propio deseo sino por un adiestramiento a las demandas familiares, cuerpo-holofrase familiar, ‘nosotros’ sin hiancia, dificultad de

---

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 32. Las cursivas son nuestras.

introducir lo negativo, y por ende, sin cabida a un acto que instituya al sujeto deseante:

*“Nunca tenía problemas, no tenía absolutamente ningún problema”.*

*“No dominábamos la técnica de la disputa, razón por la cual nos absteníamos de ella. Por lo tanto, nos encontrábamos reducidos a no llegar nunca a la situación de tener que pelearnos: todo el mundo estaba siempre de acuerdo”.*

*“Dudo haber aprendido de mis padres la palabra no”.*<sup>4</sup>

Campo familiar que exige homogeneidad compacta, ausencia de cualquier diferencia o negatividad que anuncie una interrogación acerca del deseo. Los deseos son suprimidos por normas de comportamientos obligatorios sin sujeto, respuestas condicionadas a pautas anónimas y sin deseo posible. Parece tratarse de una formulación en la que no hay deseo ni transgresión, sino más bien un intento por lograr el aniquilamiento del deseo.

*“El mundo en que crecía no debía ser un mundo imperfecto; su armonía y perfección eran obligatorias. Yo no debía darme cuenta de que el mundo no era perfecto”.*

*“Nunca tuve opinión personal”.*

*“Cuando se trataba de emitir un juicio sobre la manera en que se había apreciado algo, por ejemplo un libro, era necesario, como en los juegos de cartas, considerar las posibles reacciones de los demás antes de jugar la propia carta, para no correr el riesgo de decir algo que no contara con la aprobación general”.*

*“Tenía el Ekkehard de Scheffel y, naturalmente, lo había encontrado ‘bueno’. Un día, una niña de mi edad, viendo el libro sobre un estante de mi biblioteca, me preguntó si me había gustado. Me dije a mí mismo: qué pregunta idiota, ya que es un*

---

<sup>4</sup> Zorn, F., op. cit. Citado por Sami-Ali, op. cit. p. 33.

*‘buen’ libro y no se hacen preguntas sobre lo evidente. Naturalmente, le respondí que sí”.*<sup>5</sup>

No hay cabida a hacerse preguntas, ni sobre el deseo ni sobre el gusto personal, no pudiendo así jugar la propia carta que lo recorte del homofónico absoluto materno-familiar:

*“Cuando era invitada, mi pobre madre rechazaba muchas veces el cognac o el whisky que le ofrecían y pedía en su lugar un simple vaso de agua. Pero, porque el agua era vertida por el dueño de casa, se sentía obligada a proclamar que era ‘deliciosa’ (...) No se trataba de la realidad de la cosa; se trataba del hecho de que, en su calidad de invitada, debía encontrar todo ‘delicioso’ (...) lo único importante era la cortesía”.*

*“Mi pobre madre tenía la costumbre de decir: me iré el viernes próximo a las diez y media a Zurich, o bien me quedaré en casa. Esta noche hay fideos para cenar o bien ensalada de salchichas”.*<sup>6</sup>

Luego de la muerte del padre, Zorn tiene, según sus propios términos, ‘visiones’ en las que se despliegan historias de familias y dinastías cuyos personajes mueren, excepto la ‘Gran Afligida’ que retorna, resucita periódicamente:

*“Imagen de mi alma que se me aparece espontáneamente bajo esa forma visible para mostrarme lo que en verdad soy o para preguntarme si nunca había notado que ella era presa de una gran angustia y yo me hallaba en grave peligro”.*<sup>7</sup>

¿Será la ‘pobre madre’, la ‘Gran Afligida’, la que no cesa de no morir, la que retorna imbatible? ¿Nos dice Zorn de su identificación a esa ‘pobre madre’ incapaz de elección y por ende de pérdida alguna? Una madre que no puede localizar aquello que desea, incapaz de representar su deseo en aquello que dice (*“me iré el viernes próximo a las diez y media a Zurich o bien me quedaré en casa”*).

---

<sup>5</sup> *Ibid.* pp. 34 -38.

<sup>6</sup> *Ibid.* pp. 38-39.

<sup>7</sup> *Ibid.* pp. 44-45.

Poco tiempo después de la muerte del padre, Zorn descubre que tiene un tumor en el cuello, al que le otorga el sentido de ‘lágrimas contenidas’ y al que relaciona con una ‘corneja muerta’ que sentía llevar en el cuello ante la mirada de los otros:

*“Cada vez que alguien me seguía con los ojos, me parecía que su mirada era crítica y reprobadora y que encontraba algo que censurar”.*

*“Temía que mis ropas estuvieran sucias o en desorden, o estar exhibiendo inadvertidamente un gesto de contrariedad”.*

*“En mi juventud expresaba este estado de un modo muy exacto diciendo que me sentía como si ‘llevara en el cuello una corneja muerta’. Parecía como si todo el mundo viera balancearse a esta corneja, siendo yo el único que no tenía conciencia de tal hecho escandaloso”.*<sup>8</sup>

El goce devastador del Otro, situado en los ojos / mirada de los otros, se presenta reprochando y censurando ‘lo incorrecto’, como una corneja muerta que se balancea en su cuerpo. Zorn temía estar exhibiendo algo sucio, escandaloso, en desorden; ¿algo de su propio deseo, algo de su propia sexualidad que ‘escandalizara’ el ‘orden’ familiar establecido?

*“Desde un punto de vista estrictamente médico, este diagnóstico de resonancia poética evidentemente no es exacto; pero, aplicado al conjunto de la persona, dice la verdad (...) Cada nuevo tumor parece representar, en lo más profundo de su origen psicosomático, la figura grotescamente gesticulante, diabólica, de mis padres”.*<sup>9</sup>

Zorn se aboca a la creación de un sentido, trabajo de escritura que busca por el recurso a lo poético dar un sostén simbólico a aquello mudo que se aloja diabólicamente en su cuerpo.

El caso de Zorn parece poner de relieve de modo extremo - como si estuviese bajo una lente que aumenta la posibilidad de visualizar ciertos puntos – la

---

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 35.

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 47

imposibilidad del sujeto de recortar un significante en el que alojarse en tanto sujeto deseante, más allá del goce compacto del Otro.

‘Cornejamuerta’, como holofrase, cifra en el cuello de Zorn el goce compacto y devastador de la ‘Gran Afligida’ cuya mirada resucita sin cesar. ‘Cornejamuerta’ dice del ser ‘presa de una gran angustia’ en una inscripción cuya insuficiencia simbólica no posibilita un juego significante metafórico-metonímico y por ende la formación de un síntoma.

*“Ahí donde duele, yo soy”*.<sup>10</sup>

Esta frase, escrita por Zorn, nos permite interrogar algunas cuestiones.

Recordemos los desarrollos que hemos expuesto sobre la alienación y la separación, así como el planteo de Lacan acerca del cógito cartesiano y la operación de Freud en cuanto a la relación del ser y el pensar.

La frase resuena como una nueva versión del cógito cartesiano. Si para Descartes el pensamiento funda la existencia, para Zorn, el dolor funda el ser; un dolor que es en su cuerpo pero que no es en ‘su cuerpo’, es ‘ahí’. Dolor / tumor que da consistencia al ser; ‘ahí donde duele’, goce del Otro, soma real donde duele / goza Otro.

En otro capítulo hemos planteado que en las afecciones psicosomáticas *ello no habla*, tratándose más bien del *ello mudo*, sin el entramado significante en su verdadera eficacia. En estas afecciones “yo no soy” parece decirse en el soma, como respuesta a la demanda invasiva del Otro. La lesión ‘dice’ de la imposibilidad de decir; inscribe la imposibilidad de inscripción por la ineficacia de S1-S2 holofraseados, congelados en el soma. La lesión dice, paradójicamente, “yo no soy” y a la vez “yo soy”; petrifica el intervalo inmóvil de la imposibilidad de una separación esbozada.

Si “ahí donde duele, yo soy”, ‘yo soy’ está separado de ‘ahí donde duele’ en la medida en que Zorn puede decirlo.

Zorn nos trae lo que podríamos tomar como una versión psicosomática del cógito cartesiano, como una forma de respuesta a la pregunta por el ser y el goce.

### **El cuerpo del hijo**

---

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 46

*El perro atado al arnés, saliva,  
el pulmón se enardece,  
la piel se escara, se hace grieta.  
El perro no habla,  
el nene se ahoga,  
mi mamá me mima,  
mi mamá me asma,  
yo amo a mi mamá.*

“Hace veinte años nació un niño *en el hogar de un matrimonio asmático y de cierta edad*. Diariamente *la madre buscaba con ansia, en cada milímetro de la piel del niño, los signos de eccema infantil que había atormentado su propia niñez*. Dos o tres días después del nacimiento, *la angustiada madre descubrió con horror* una tenue erupción en las mejillas y codos del pequeño. El temor de que su hijo, tan esperado, hubiera heredado la tendencia alérgica encontraba fundamento en las manifestaciones del ginecólogo, que diagnosticó la erupción como eccema infantil y recetó aplicaciones de Pasta Lassar. A pesar de que el recién nacido aumentaba de peso con la alimentación materna, la erupción se extendía y adquiría mayor virulencia. Ante *la insistencia de la madre* se solicitó la colaboración de un alergólogo, el cual diagnosticó el trastorno como eccema alérgico y recomendó a la madre la supresión de leche y derivados en la dieta del hijo. La madre cumplió el régimen a rajatabla y pudo observar que si bien la piel del niño mejoraba notablemente, persistía en sus alteraciones.

A la edad de dos años, el niño seguía rascándose; era posible advertir ya la presencia de placas liquenificadas en codos y rodillas. Es importante subrayar que este desarrollo se producía a pesar de *los minuciosos cuidados de la madre* en la dieta, la higiene y la medicación. *Con el aumento de la ansiedad y la vigilancia materna*, el niño comenzó a presentar frecuentes alteraciones respiratorias, diagnosticadas como resfriados, fiebre del heno o sinusitis. Y así un día, durante un período febril, el médico, al auscultar en el tórax algunos estertores sibilantes, diagnosticó *la familiarmente temida bronquitis asmática*; a partir de entonces el paciente tuvo persistentes accesos de tos. Al cabo de un tiempo, durante una fase febril, el niño se vio bruscamente aquejado de disnea, que hubo de ser tratada con



una inyección de adrenalina. Entonces se confirmó el diagnóstico de asma bronquial. A partir de este momento el muchacho estuvo continuamente afectado de sibilaciones y dificultades en la respiración.

*Durante este período la angustia materna no conoció límites. Llevó a su hijo de médico en médico hasta que decidió abandonar Nueva York y trasladarse a California, con la esperanza de curarlo. Este cambio de residencia se realizó con gran esfuerzo económico y sentimental, puesto que la familia residía desde hacía muchos años en Nueva York y allí radicaban los florecientes negocios del padre, que tuvieron que ser abandonados. En California, como en Nueva York, los síntomas del niño persistieron y la madre siguió también su peregrinaje de médico en médico, de clínica en clínica, cada vez con menos esperanzas, acumulando resentimientos y aumentando constantemente sus exigencias.*

Al mismo tiempo, describía a su hijo como un buen chico, servicial, inteligente, quieto y que raras veces levantaba la voz. En la clínica el niño aparecía tímido, hablaba sin fuerzas y apenas se le oía. Existía en él una actitud de pasividad furtiva, mientras aguardaba y recibía los tratamientos, a menudo dolorosos.

Cuando cumplió los ocho años, se le practicaron pruebas en la piel y se observaron reacciones positivas a gran cantidad de alérgenos. Se diagnosticó atopia, y las erupciones en las flexuras de la piel fueron calificadas de dermatitis atópica.

A pesar del especial y constante tratamiento y de las continuas hospitalizaciones, el asma y la dermatitis no desaparecían; antes al contrario, al llegar la pubertad empeoraron. La erupción de la piel llegó al diagnóstico de periarteritis nudosa y el enfermo murió antes de los veinte años, por fallo del corazón derecho, después de haber manifestado signos y síntomas claros de cor pulmonale crónico. Desde un punto de vista retrospectivo, el diagnóstico parece haber sido de enfermedad alérgica del colágeno.

Durante su breve existencia, el muchacho vivió varias manifestaciones de lo que actualmente llamamos alergia, que mucho antes de que el término fuera acuñado habían desafiado ya los conocimientos de la Medicina a lo largo de los siglos”.<sup>11</sup>

Esta reseña clínica, tomada de una revista médico / psicológica sobre psicósomática, nos parece interesante en la medida en que pone de relieve la posición de una madre con respecto al cuerpo del hijo. Si bien no se trata de un fragmento de

---

<sup>11</sup> Miller, H. y Baruch, D. W., 1967, citado por Martínez Pina, A., *Patología psicósomática en la clínica médica y psicológica*, Fascículo 4, Buenos Aires. s/f

un tratamiento psicoanalítico, sino de un historial clínico médico, resulta evidente el modo en que esta madre ‘toma’ al cuerpo de su hijo, buscando e inscribiendo en él su propio goce, un goce / horror que pareció no conocer límites.

Hemos resaltado en el texto aquellas partes del relato que dan cuenta de esto:

*“Diariamente la madre buscaba con ansia, en cada milímetro de la piel del niño, los signos de eccema infantil que había atormentado su propia niñez”.*

*“(…) la angustiada madre descubrió con horror una tenue erupción en las mejillas y codos del pequeño”.*

*“Ante la insistencia de la madre se solicitó la colaboración de un alergólogo (…)”*

*“(…) este desarrollo se producía a pesar de los minuciosos cuidados de la madre en la dieta, la higiene y la medicación”.*

*“Con el aumento de la ansiedad y la vigilancia materna, el niño comenzó a presentar frecuentes alteraciones respiratorias (…)”*

*“Durante este período la angustia materna no conoció límites. Llevó a su hijo de médico en médico (…) la madre siguió también su peregrinaje de médico en médico, de clínica en clínica, cada vez con menos esperanzas, acumulando resentimientos y aumentando constantemente sus exigencias”.*

La madre buscaba con ansia en cada milímetro del cuerpo del niño, con una angustia sin límites, aquello que la atormentó a ella misma en su propia infancia. Se trata de una madre que llevó a su hijo de médico en médico, de ciudad en ciudad, siguiendo su propio peregrinaje, es decir sin diferenciar el cuerpo del hijo como un cuerpo distinto al propio, con una historia propia.

Nuevamente, ‘la Gran Afligida’ de Zorn que nunca muere, que resucita sin cesar, en una angustia sin límites.

No resultan indiferentes términos tales como ‘vigilancia’, ‘exigencias’. ‘resentimientos’ maternos.

Los datos acerca del padre son pocos y sin embargo significativos: debe abandonar sus asuntos, su ciudad y sus negocios florecientes en función del peregrinaje materno, arrastrado por una vigilancia materna sin límites.

En cuanto al niño, *“aparecía tímido, hablaba sin fuerzas y apenas se le oía. Existía en él una actitud de pasividad furtiva, mientras aguardaba y recibía los*

*tratamientos, a menudo dolorosos*”. Este niño no puede levantar la voz, no puede hacerse oír frente a una madre dedicada a escrutar milimétricamente el cuerpo de ‘su’ hijo.

En este caso resulta verdaderamente llamativa la imposibilidad de inscribir una diferencia entre el goce mortífero materno y el cuerpo del hijo servicial, que parece funcionar como un anexo o apéndice del goce de la madre, como una maleta en donde la madre lleva, en su peregrinar, su propio goce.

Es evidente que no hay registro de una terceridad, ni por intervenciones del padre ni de los médicos, no habiendo ningún resquicio para la formulación de deseo alguno en este niño; parece tratarse de un niño tragado por el goce materno, encerrado sin voz en los tratamientos dolorosos a los que la madre lo sometía.

Este caso nos permite vislumbrar los efectos del goce materno en el soma del hijo; la aparición de lesiones psicosomáticas, más allá de las predisposiciones genéticas que puedan facilitar su aparición. Sin tener intenciones de discutir los diagnósticos médicos acerca de los distintos episodios clínicos del niño, es llamativa la imposibilidad de establecer corte alguno entre la voracidad materna y este niño atrapado en los dedicados y vigilantes cuidados maternos. No parece haber habido acto alguno que establezca un corte, que inscriba un agujero -en el sentido en que hemos tratado en otros apartados-, tal que el cuerpo del niño pueda desprenderse como cuerpo erógeno de la aplastante demanda materna.

En este sentido, es significativo que en la pubertad hayan empeorado el asma y la dermatitis, tratándose de un tiempo en el que se podría ver conmovido el lugar materno ante la incidencia de lo real de la sexualidad del hijo.

### **Sobre las intervenciones del analista**

“Cuando la configuración yoica o la superyoica se demuestran preñadas en demasía de las consecuencias estragantes de signos no trensados a representantes, el analista se ve confrontado a la creación, en transferencia, de los puentes de enjambre que la constitución desfavorable trabó en su analizante. Este trabajo se hace por fuera de la lógica de la dialéctica represión – retorno de lo reprimido. El trabajo analítico deberá operar sobre las consecuencias yoicas y superyoicas de las zonas del ello que

no pasaron por el tamiz subjetivante del inconsciente. Los representantes serán tejidos en la trama misma de la transferencia.”<sup>12</sup>

Esta cita pone de relieve, algo que nos interesa señalar. En la clínica se presentan ‘signos no trenzados’, afecciones no inscriptas a partir del significante reprimido y su retorno. Las afecciones psicosomáticas pueden ser consideradas dentro de esta serie, por lo cual la interpretación, como veremos, resulta ineficaz, o más aún, improcedente.

Sami-Ali indica que la *somatización en transferencia* da cuenta de una actualización que implica una situación histórica, a la que restituye como proceso de repetición dentro de una óptica abierta, de modo tal que el síntoma físico conservará el misterio de su origen, pero “integrándose en un *contexto relacional que le otorga sentido, un sentido retrospectivo que se añade a posteriori pero que no es su origen*”.<sup>13</sup>

En este planteo parecen señalarse dos movimientos distintos. Por un lado, determinadas intervenciones del analista que provocan una afección somática no conversiva pasajera; por otro lado, el trabajo analítico en transferencia aportaría a la construcción de un sentido de los fenómenos psicosomáticos. En este segundo caso, se trataría de un sentido *añadido*<sup>14</sup>, se trataría pues de una intervención por la vía de la *construcción* por su sentido histórico y no por la vía de la deconstrucción hacia el sin-sentido significante. Se agrega o añade un sentido como si se ensamblara allí ‘tardíamente’ algo del registro simbólico que permitiría, en transferencia, nuevas vías simbólicas.<sup>15</sup>

---

<sup>12</sup> Amigo, S., *Clínicas del cuerpo. Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2007. Pág. 175.

<sup>13</sup> Sami-Ali, *op. cit.* p. 165. Las cursivas son nuestras.

<sup>14</sup> Nos interesa el término *añadidura* desde la perspectiva de J. Derrida, como aquello que agrega y quita a la vez, aunque no aparece este sentido en la perspectiva de Sami-Alí.

<sup>15</sup> En este sentido, el uso que hacemos del término ‘construcción’ no parece ajustarse totalmente a los planteos de Freud. En su artículo “Construcciones en el análisis”, de 1937 (*Obras Completas*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1981), Freud trabaja este modo de intervención en el análisis, distinguiéndola de la interpretación, como recurso para acceder a aquel material que no retornaría en los síntomas, fallidos, lapsus (retorno de lo reprimido). Algunos autores contemporáneos (Chemama y otros, *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital) señalan que “si la idea de construcción conserva o recupera un valor para nosotros, es porque remite a la necesidad, para el analista, de encontrar en cada cura aquello que tiene

A partir de un caso clínico - el de Tarek - en el que la histeria coexiste con el asma, Sami-Ali señala que “el problema y su solución se insertan así en una *historia inscrita en el cuerpo* y que recomienza, sin encerrarse en sí misma, en el plano transferencial”.<sup>16</sup>

En otro texto<sup>17</sup>, este mismo autor expone el caso de una niña de 4 años que sufre de tos asmática, resfríos y que presenta una estructura alérgica.<sup>18</sup> El autor indica una doble fijación temprana entre la madre y la niña, que resulta en una suspensión del proceso evolutivo; según el autor la crisis alérgica estalla cuando se hace imposible mantener indefinidamente la *identificación* al rostro de la madre. Nos interesa detenernos en la intervención del analista en el caso de esta niña:

“Natalia es más bebé que nunca. Yo aconsejo a la madre que se disponga a trabajar menos para ocuparse más de la hija. Luego sobrevienen ciertos cambios notables que dos dibujos, separados por un lapso de un mes, ponen particularmente de relieve (...) Natalia se encuentra en los umbrales del conflicto edípico. Como la niña aprende a escribir copiando palabras, comienza garabateando su nombre su nombre en medio de la página y luego, por debajo e ilegible, el nombre del padre; al hacer esto, tose largamente. Cuando se calma, dibuja una casa provista de una verja formada por la reduplicación de las sílabas de la palabra “mamá”. Toda la somatización alérgica está comprendida en esta oscilación, discretamente esbozada, entre un impulso hacia el padre, en el que a madre aparece como rival, y un retorno a la madre, a la cual está ligada la niña con un cordón umbilical. *En términos sencillos explico estas circunstancias a la niña*, que asiente.

---

esta dimensión estructural, en especial el fantasma fundamental que organiza la vida del sujeto”. Laplanche y Pontalis, por su parte resaltan el valor del término en un sentido que va más allá del texto freudiano citado: “De un modo más general, no puede hablarse solamente de construcción por el analista o a lo largo de la cura: la concepción freudiana de la fantasía supone que ésta es, por sí misma, un modo de elaboración por el sujeto, una construcción que se apoya parcialmente en lo real, como indica la existencia de las «teorías» sexuales infantiles. Finalmente, la palabra construcción plantea todo el problema de las estructuras inconscientes y de la estructuración por la cura”. (*Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital)

<sup>16</sup> Sami-Ali, *op. cit.* p. 173-174. Las cursivas son nuestras.

<sup>17</sup> Sami-Ali: *Cuerpo real, cuerpo imaginario. Para una epistemología psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 1977.

<sup>18</sup> *Ibid.* p. 93.

En el desarrollo de las dos sesiones siguientes, *el acceso de tos adquiere un sentido en el plano transferencial*: Natalia tose cuando quiere atraer mi atención, es decir, seducirme pasivamente. Y entonces expresa por primera vez su deseo de convertirse en una ‘muchacha grande’.<sup>19</sup>

¿Cuál ha sido, en este caso, la intervención del analista y cuáles los efectos? ¿Se trata de una ‘interpretación’ o más bien de una ‘construcción’ que otorga un sentido a la tos? ¿El analista, en este caso mencionado, interpreta, lee lo inconsciente o lo ‘funda’ en esa misma intervención?

Si pensamos que en la lesión psicosomática no hay, en sentido estricto, sujeto del inconsciente, la intervención del analista no podrá operar en la dirección de la interpretación que toca ese borde simbólico; más bien se tratará de una construcción, de dar un ensamblaje simbólico que funde la posibilidad del enjambre significativo. Se nos ocurre como una suerte de *construcción* en torno a una laguna – la ‘laguna enojosa’ para Freud – en la que el andamiaje simbólico buscará ir ganando terreno simbólico, para ofrecer otra ‘superficie’ de inscripción que no sea el propio soma ni la lesión del órgano.

---

<sup>19</sup>*Ibid.* p. 94. Las cursivas son nuestras.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Haciendo una lectura de la escritura de la tesis, creemos que hemos podido avanzar en algunos recorridos sobre los fenómenos psicosomáticos, en el sentido de ensayar ciertas relaciones suplementarias entre las herramientas conceptuales y algunos interrogantes clínicos.

Los *ejes conceptuales*, cuerpo y escritura, funcionaron como motor de la indagación, pudiendo articular los diferentes nudos conceptuales que consideramos importantes de abordar y desplegar.

En este sentido, nos hemos detenido en las cuestiones metodológicas no sólo por tratarse de un requisito formal de una tesis, sino porque nos permitió elaborar criterios propios acerca de la cuestión de *la escritura de una tesis de psicoanálisis*. Se trata, a nuestro parecer, de un tema que genera tensiones en tanto enlaza dos campos, el académico y el psicoanalítico, con sus propias lógicas de funcionamiento. El recurso al ensayo ha sido verdaderamente una herramienta habilitante para la escritura de la tesis, porque da cabida al psicoanálisis y a la especificidad de la materia a tratar.

La escritura del *marco teórico* y del *estado de la cuestión* fue muy importante en la medida en que nos permitió ‘entrar en diálogo’ en un debate que nos precede, y a partir de esto esbozar algunos interrogantes y relaciones propias.

Los capítulos quizás más específicos sobre los fenómenos psicosomáticos son aquellos que emprenden algunos nudos conceptuales, siguiendo la dirección de los dos ejes fundamentales de la tesis ya referidos, cuerpo y escritura.

El capítulo ‘*Constitución del sujeto e identificaciones*’, hemos intentado indagar el concepto de ‘identificación’ en su articulación con la constitución subjetiva, como concepto primordial en cuanto a sus ‘efectos de escritura’. Hemos buscado conceptualizar la lógica de las identificaciones en su articulación a la aparición de fenómenos psicosomáticos, especialmente en los avatares de la identificación primaria.

El apartado ‘*Alienación y separación*’ busca establecer, a partir de algunos textos de Lacan, articulaciones entre estas dos operatorias, sus lógicas, sus contingencias y las posibles consecuencias en relación a las afecciones psicosomáticas. Creemos que este capítulo ha sido importante en cuanto a su

escritura, en la medida en que nos despejó ciertas posibilidades para pensar el tema central de la tesis.

‘*Consistencias del cuerpo*’ es un apartado en el que se reconsidera la cuestión de las identificaciones, las posibles consistencias del cuerpo y sus avatares. Indagamos la idea de ‘fallos de escritura’ para examinar los modos de ‘inscripción’ y los eventualidades identificatorias.

A partir de la hipótesis de Jean Guir sobre la degradación del nombre propio, en el capítulo ‘*Nombre propio y fenómenos psicosomáticos*’ se indagan las relaciones entre el nombre propio, su función y su articulación a la letra, poniendo en consideración los alcances de la afirmación de Guir en los fenómenos psicosomáticos.

El capítulo ‘*La inducción significativa en los fenómenos psicosomáticos*’ vuelve a abordar la cuestión de la ‘escritura’, para investigar la inscripción significativa y su insuficiencia en las afecciones psicosomáticas. Se consideran ciertos desarrollos de Lévi- Strauss sobre la inducción significativa, y la posible lectura de este planteo a partir de los desarrollos de Lacan.

En el apartado sobre ‘*La intervención analítica*’ se ponen en funcionamiento ciertos interrogantes a partir de fragmentos clínicos, así como algunos cuestionamientos sobre los alcances de la interpretación y de la construcción, como intervenciones en un tratamiento posible de los fenómenos psicosomáticos.

El desarrollo de esta tesis deja pendientes ciertas cuestiones interesantes de trabajar en otro momento. Una de esas cuestiones es la relación entre este tipo de fenómenos y el estatuto del fantasma, nexo que, si bien nos hemos aproximado en el desarrollo, no hemos desplegado en profundidad. Uno de los interrogantes pendientes es justamente la articulación o falta de articulación al fantasma de este punto – el fenómeno psicosomático en su manifestación- ‘salido’ del entramado significativo en un sentido operatorio.

Así mismo, en la medida en que fuimos avanzando en las lecturas y en la escritura de esta tesis, el tema del narcisismo y sus diferencias con el autoerotismo, la relación entre el yo y el ello, la constitución del yo y sus avatares, han ido cobrando importancia. Sería para nosotros interesante poder retomar estos temas a partir de los textos de Freud, con los aportes de los avances de Lacan, para indagar su especificidad.



En cuanto a las dificultades en la escritura, tal vez cada capítulo tenga un modo propio, porque dan cuenta de diferentes momentos en los recorridos, en la elaboración y en la propia posición en cuanto a ciertos textos que cobraron importancia para poder iniciar esta tesis. En este sentido, seguramente si iniciáramos ahora la escritura de esta tesis, la posición sería otra. Quizás las operatorias de alienación y separación deban jugar su partida también en la iniciación a escribir un texto académico desde el psicoanálisis.

## BIBLIOGRAFÍA

- AAVV, *Enfermedades psicosomáticas, Actualidad Psicológica*, Año XXIX, N° 324, Buenos Aires, octubre de 2004.
- AAVV, *El caldero de la Escuela*, número 15, EOL, Buenos Aires, 1993.
- AAVV, *Vectores del acontecer analítico. Especial psicosomática*, 4/5, Anáfora Editoras, Biblioteca Internacional de Psicoanálisis, Buenos Aires, noviembre 1988.
- Ackernecht, E, *Breve historia de la psiquiatría*, EUDEBA, Buenos Aires, 1979.
- Amigo, S. *Clínicas del cuerpo. Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2007.
- Amigo, S., *¿Qué es, analíticamente hablando, la gravedad? Afecciones del soma, el cuerpo, el narcisismo*, mimeo.
- Amigo, S., “Pulsión-Urverdrangung-Fantasma”, *De la práctica analítica, escrituras*, Ricardo Vergara Ediciones, Buenos Aires, 1994.
- Amigo, S., *El inconciente en Freud y Lacan, y las paradojas del “inconciente” en las neurociencias*, mimeo.
- Amigo, S., *El psicoanálisis y las ciencias, los científicos, los matemáticos, los lógicos*, mimeo.
- Amigo, S., *Clínica de los fracasos del fantasma*, Ediciones Homo Sapiens, Rosario, 1999.
- Amigo, S., *Paradojas clínicas de la vida y la muerte. Ensayos sobre el concepto de “originario” en psicoanálisis*, Ediciones Homo Sapiens, Rosario, 2003.
- Badiou, A., “Lacan y los presocráticos”, *El ser y el acontecimiento*, Manantial, Buenos Aires, 1999.
- Baños, Liliana, “El nombre propio en la melancolía”, *Argumentos 1*, Ediciones de La Bandera, Rosario, 1986.
- Basualdo, C., *El manantial del simbolismo”, lo que del significante se decía, o lo que el significante nos decía? (Una convergencia entre Lévi-Strauss y Lacan sobre la teoría del simbolismo)*, <http://aejcpp.free.fr/adherentes/basualdo/simbolo.htm.htm>
- Cancina, P., *Coloquio Lacan y los filósofos. Platón y la cuestión de la aletheia*, mimeo.

- Cancina, P., *La investigación en psicoanálisis*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2008.
- Chemama, R. y otros, *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.
- Chiozza, L. *¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo*, Alianza Ed., Buenos Aires, 1997.
- Courel, R., *La cuestión psicosomática*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1996.
- David-Menard, M. Florence, J. Kristeva y otros, *Las identificaciones. Confrontación de la clínica y de la teoría de Freud a Lacan*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.
- Derrida, J., “La différence”, *Márgenes de la filosofía*, Ed. Cátedra, Madrid, 1998.
- Derrida, J., *La diseminación*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1997.
- Dreidemie, V., *El hombre de la casa blanca. Un historial psicoanalítico*, ACME agalma, Buenos Aires, 1997.
- Dreidemie, V., *La tragedia del deseo. Desconocimiento del duelo en la madre y enfermedad y fenómenos psicosomáticos en la hija*, Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, mimeo.
- Dreidemie, V., *Una fotografía muy singular*, Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, mimeo.
- Elizalde, M., *Algunas notas sobre alienación, separación y acto*, Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNR, 2005, mimeo.
- Elizalde, M., *Constitución del sujeto e identificaciones*, Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNR. 2005, mimeo.
- Elizalde, M., *La cuestión de la verdad en psicoanálisis*, Maestría en Psicoanálisis, Facultad de Psicología, UNR, 2005, mimeo.
- Foulkes, E., *Palabra anatómica y orden libidinal*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1998.
- Freud, S., “Análisis fragmentario de una histeria”, *Obras Completas*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Freud, S., “Construcciones en el análisis”, *Obras Completas*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Freud, S., “El yo y el ello”, *Obras Completas*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.

- Freud, S, “Estudios sobre la histeria”, *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Freud, S., “La interpretación de los sueños”, *Obras Completas*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Freud, S., “Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis”, *Obras Completas*, , Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Freud, S, “Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)”, *Obras Completas*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Friedenthal, I. et al., *El decir en las letras. Psicoanálisis con literatura*, Letra Viva, Buenos Aires, 2002.
- Ginestet-Delbreil, S., *La identificación por incorporación*, Traducción de Valeria Decorte, Rosario, 2007, mimeo.
- Giordano, A., “La crítica de la crítica y el recurso al ensayo”, en *Actas del Sexto Congreso Internacional del CELCIRP*, Nueva York, 1998.
- Giordano, A., “Lo ensayístico en la crítica académica”, *La escritura y los críticos*, UNMdP, 2001.
- González, H, “Elogio del ensayo”, en *Babel N ° 18*, 1990.
- Gorali, V. (Comp.), *Estudios sobre psicósomática*, Vol. 1, 2, 3 y 4, Editorial Atuel, Buenos Aires, 1994/1995.
- Guir, J, *Psicósomática y cáncer*, Editorial Catálogos, Buenos Aires, 1984.
- Heidegger, M., *Conferencias y artículos*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994.
- Heidegger, M., *La doctrina de Platón acerca de la verdad*, Traducción de N. Silvetti, Instituto de Filosofía de la UBA, Buenos Aires, 1952 / 1953.
- Julien, P., “El nombre propio y la letra”, en *Litoral n° 5/6*, Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, Editorial La Torre Abolida, pp. 57 – 74. Traducido de *Littoral 7 / 8*, febrero de 1985.
- Kandel, E, *En busca de la memoria. El nacimiento de una nueva ciencia de la mente*, Katz Editores, Madrid, 2008.
- Kaufman, P, *Elementos para una enciclopedia del Psicoanálisis. El aporte freudiano*, versión digital.
- Kuri, C. y Ritvo, J., y *Ensayo de las razones*, Letra Viva, Buenos Aires, 1997.

- Kuri, C., “De la subjetividad del ensayo (problema de género) al sujeto del ensayo (problema de ensayo), *El ensayo como clínica de la subjetividad*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 2001.
- Lacan, J., “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma”, *Intervenciones y textos 2*, Editorial Manantial, Avellaneda, 1993.
- Lacan, J., “L’etourdit”, en *Scilicet* n° 4, Paris, Seuil, 1972. Versión castellana de J.-L. Delmont-Mauri, D. Rabinovich y J. Sucre, ESCANSION 1, Buenos Aires-Barcelona, Paidós.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro I, Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Barcelona, 1986.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro II, El yo en la teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica*, versión digital.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro III, Las psicosis*, versión digital.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro IX, La identificación (1961/1962)*, versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro VI, El deseo y su interpretación*, versión digital.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1991.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro XIV, La lógica del fantasma (1966-1967)*, Traducción de Carlos Ruiz, mimeo.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro XV (1967-1968), El acto psicoanalítico*, Traducción de Silvia García Espil, mimeo.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro XX, Aún (1972/1973)*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro XXIII, (1975/1976)*, versión digital.
- Lacan, J., *Escritos 1*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 1988.
- Lacan, J., *Escritos 2*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.
- Lacan, Jacques, *El Seminario, Libro XIII, El objeto del psicoanálisis*, versión digital.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B., *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.
- Lévi-Strauss, C., “El hechicero y su magia”, *Antropología Estructural*, EUDEBA, Buenos Aires, 1980.

- Lévi-Strauss, C., “La eficacia simbólica”, *Antropología estructural*, EUDEBA, Buenos Aires, 1980.
- Lévi-Strauss, C., “La familia”, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, José R Llovera compilador, Editorial Anagrama, Barcelona, 1984.
- Martínez Pina, A., *Patología psicosomática en la clínica médica y psicológica*, Fascículo 4, Buenos Aires. (no se disponen de otros datos)
- Nasio, J. D., *Los gritos del cuerpo. Psicosomática*, Paidós, Buenos Aires, 1997.
- Paola, D., *Lo incorpóreo*, Ed. Homo Sapiens, Rosario, 2000.
- Pavlov, I., *Reflejos condicionados e inhibiciones*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1986.
- Ritvo, J., “Acto, decisión, alienación”, en *Conjetural* N° 38, Buenos Aires, diciembre de 2002.
- Ritvo, J., *La causa del sujeto, acto y alienación*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 1994.
- Ritvo, Juan B, *Epifanías del nombre del padre y el trauma del nombre propio*, 1988, mimeo.
- Rosa, N., “Hacia una gramática social de los cuerpos”, en *Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, Año 7, N° 13, Caracas, ene-jun, 1999.
- Rosa, N., *El arte del olvido (Sobre la autobiografía)*, Puntosur editores, Buenos Aires, 1990.
- Roudinesco, E. y Plon, M., *Diccionario de Psicoanálisis*, versión digital.
- Sami-Ali, *Cuerpo real, cuerpo imaginario. Para una epistemología psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 1996.
- Sami-Ali, *Pensar lo somático. Imaginario y patología*, Paidós, Buenos Aires, 1991.
- Soler, C., *El cuerpo en la enseñanza de Lacan*, Conferencia dictada en Bruselas el 17/12/83. Traducción al castellano del texto establecido en francés a partir de la grabación de la experiencia por Silvia Bauduni, mimeo.
- Steuding, H., *Mitología griega y romana*, Editorial Labor, Barcelona, 1930.
- Szapiro, L. et al., “Acerca de la clínica de las afecciones psicosomáticas. Un aporte desde la orientación lacaniana. Nominación, síntoma y psicosomática”, *Memorias X Jornadas de Investigación*, UBA, Buenos Aires, 2004.
- Trosman, N., *Verdad, represión y olvido, Lacan con Heidegger*, mimeo.

- Trosman, N., *Interlocutores filosóficos de Lacan*, mimeo.
- Villano, M., *El fenómeno psicosomático y la ectopía significativa*, [www.analiticasm.com.ar](http://www.analiticasm.com.ar), 15/07/09.